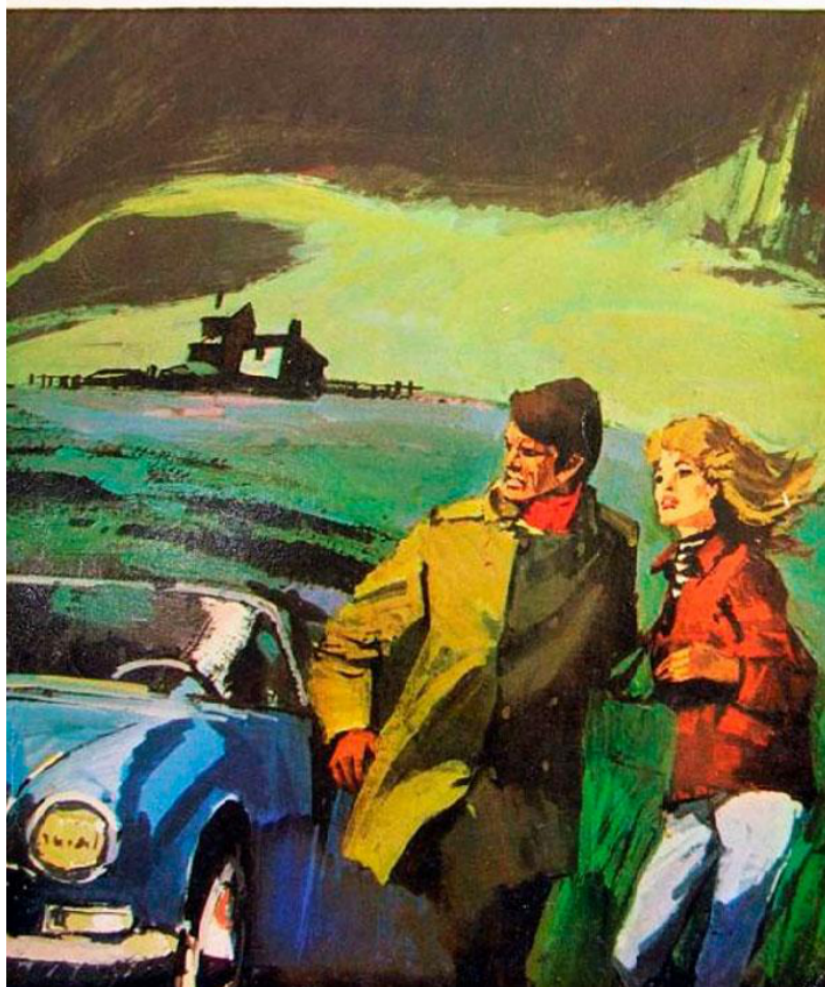




la colina siniestra

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO



VIC LOGAN

LA COLINA SINIESTRA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 359
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 1.933 - 1969

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: marzo, 1969

© VIC LOGAN - 1969
sobre la parte literaria

© DESILO - 1969
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección AMAPOLA:
860. — Impetuosa juventud.
- En Colección ALONDRA.:
314. — Una noche diferente.
- En Colección CAMELIA:
757. — No soy lo que tú crees.
- En Colección MADREPERLA:
1.058. — En un rincón del parque.
- En Colección PIMPINELA:
1.158. — Tu amor no tiene precio.
- En Colección ROSAURA:
979. — La muralla.
- En Colección LEGIONES BLANCAS:
268. — Fuga bajo el sol.
- En Colección KATRINA:
87. — Tu vida es mía.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
968. — Lobos del asfalto.
- En Colección PUNTO ROJO:
346. — El accidente.
- En Colección ASES DEL OESTE:
507. — Olor a pólvora.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
672. — Plomo y dinamita.

PRÓLOGO

El juego era relativamente sencillo y, hasta cierto punto divertido, y la apuesta resultaba muy interesante, sobre todo para Jack.

Si Jack ganaba, cada uno de nosotros le pagaría cincuenta libras. Claro que si perdía, era él quien tendría que satisfacer la misma cantidad a nosotros tres. Pero Jack no había visto en su vida ciento cincuenta libras juntas. Ganaría. Estábamos seguros de perder.

Bueno, Jack era nuestro amigo, uno de los cuatro viejos camaradas de la Universidad. Todos andábamos por los treinta años y por distintas circunstancias permanecíamos solteros.

Empezaré por James, de profesión sus millones. A James —no permitía que le llamásemos Jim— le gustaban todas y por eso jamás consiguió decidirse por ninguna.

Harold, pintor surrealista, había enviado al diablo sus estudios y se ganaba espléndidamente la vida plasmando en los lienzos cosas raras que, según propia confesión, ni él mismo entendía, pero consiguió ser un artista de moda y mientras unos cuantos imbéciles pagaban el oro y el moro para que una de sus mamarrachadas adornaran los *livings rooms* de sus casas, iba viviendo con esplendidez. ¡Ah! Había reñido con varias novias que no supieron comprender que para pintar sus «obras» necesitara de un ejército de modelos, muy despanpanantes por cierto.

Yo voy a ponerme en tercer lugar. Mi nombre es Frank Oswald, nombre con el que firmo mis novelas, con lo que acabo de confesar mi profesión. No me va mal. La gente en nuestra época gusta de la violencia y *sexy* y mis relatos son toda una antología en ambos aspectos. Desde el asesinato más refinado —ríanse de las torturas chinas— hasta las mujeres más descriptivamente sensuales, de todo hay en mi novelas. La gente seria opina que lo mío es literatura decadente. Bueno, muchos opinan que ni siquiera llega a ser

literatura, pero un día que quise escribir algo en serio no hubo editor que lo aceptara. Por eso opté por emplear mi vocación en algo que me diese para vivir bien, y sin llegar a la posición de mis dos amigos antes citados, he visto sobradamente cumplidas mis aspiraciones.

Y ahora hablaré de Jack. De los cuatro es al que la suerte le ha favorecido menos. Es agente comercial, pero no ha encontrado todavía su panacea. Va viviendo, pero más mal que bien. Ello no es óbice para que forme parte de nuestro pequeño y limitado círculo.

Nosotros, James, Harold y yo, nos hacemos el desentendido. Ignoramos la situación de Jack para no herir su susceptibilidad y le dejamos que nos cuente sus negocios en puertas y sus aventuras sentimentales; aun a sabiendas que todo es invención suya para estar a nuestra altura.

De una manera discreta procuramos ayudarle, como en lo de la apuesta, motivo de este relato y que le permitiría embolsarse la nada despreciable suma de ciento cincuenta libras esterlinas.

¡Ah! Es obvio resaltar que el motivo de la soltería de Jack es precisamente su escasez de medios, su inseguridad en ese agitado y turbulento período de vida que nos ha tocado vivir a los de nuestra generación.

En cuanto a mí —no he hablado de mi soltería antes—, aunque soy oficialmente célibe, pronto dejaré de serlo. Tengo novia. Sí, novia formal. Una muchacha decidida, con carácter y, además, una gran admiradora de mis novelas policíacas. Se llama Lorna y a menudo me ha repetido que si hubiese nacido hombre habría sido detective.

Afortunadamente para mí, Lorna es mujer, una mujer que... Bueno, sé que más de uno me envidia cuando vamos del brazo por la calle o entramos a algún restaurante. Pienso casarme con ella a finales de la primavera, o sea, dentro de cuatro meses exactamente. Bueno, pensaba hacerlo porque...

Pero esto ya es otra cuestión. Empecemos por lo que importa; la apuesta y Jack.

Ocurrió que unas semanas antes James Hilton hizo un descubrimiento sensacional, pero menos...

Lo que a James le pareció sensacional, era ni más ni menos que un viejo caserón solitario y abandonado, situado en una suave

colina.

—Podríamos comprarlo, restaurarlo y hacer de él una especie de refugio para descansar. Sería de todos... Frank podría utilizarlo para escribir. Harold podría pintar. Jack meditaría sus negocios en perspectiva y yo... Bueno, a veces hay amistades discretas que uno no sabe dónde citarlas... Ya me comprendéis.

—James, me decepcionas —argüí yo—. Nunca creí que formarás parte del grupo generalizado de individuos que creen en la memez de que un escritor necesita un lugar solitario para inspirarse, y en cuanto a Harold para realizar sus «obras maestras» no creo que necesite de las musas.

Harold me dio la razón.

—A Frank le inspira el ajetreo de las calles, las páginas de sucesos y el ambiente de los clubs nocturnos. —Sin embargo, añadió—: De todos modos, la idea de tener un lugar discreto...

Sonrió con cierta picardía.

Jack no opinó. Carecía de fondos para pronunciarse. Si habíamos de pagar a escote el importe del caserón, tendría que inventar una excusa tal como:

—Actualmente tengo todos mis fondos invertidos en cierto negocio y...

James cortó:

—Antes de pronunciaros venid a ver mi hallazgo.

Y fuimos. Ya he dicho que entre todos existía un probado compañerismo y habría sido un feo no atender a las ilusiones de James. Ahora pienso que ojalá no hubiésemos ido.

El caserón, situado en la costa occidental, aislado por completo, tenía un aspecto fantasmagórico si se me permite lo novelesco de la palabra y a mí particularmente me parecía imposible que en tiempos alguien hubiese podido habitarlo.

Telarañas aparte, amén de la suciedad y el moho acumulado por el largo tiempo que había permanecido inhabitado, era su aspecto exterior lo que sobrecogía. Era algo que en principio, al menos a mí, ya inspiraba una novela de vampiros de la más vieja y caduca escuela.

Dentro, muebles desvencijados, pero contruidos con madera buena, habían resistido los ataques de la carcoma, y una vez limpios y restaurados estarían en perfecto acuerdo con la casa.

La edificación constaba de planta baja y un primer piso rematado por un torreón con escalera de madera crujiente, en la que había que hacer una reparación completa.

—Como capricho no está mal —comenté.

James se mostraba satisfecho.

—Si no queréis colaborar, lo compraré yo solo.

Harold se animó:

—No es tan mala la idea de James. Hay momentos en que uno necesita huir de cuanto le rodea. «Desaparecer». Sólo que...

—... No hay luz —comenté yo—, ni teléfono.

—Ése es precisamente su encanto. Aislados por completo —replicó entusiasmado James. El rubio James.

Entonces se me ocurrió decir:

—Sé de muchos que ni con dinero encima pasarían una noche en este caserón.

Jack dejó oír su voz:

—Nuestro novelista cree en fantasmas...

—He dicho «muchos». Yo nunca me pongo como ejemplo.

—Haced lo que queráis —siguió Jack—. De momento, no puedo distraer ni una sola libra de mis asuntos.

Harold tenía una rara intuición. Siempre que se trataba de ayudar a Jack económicamente, encontraba los sistemas más originales y menos humillantes.

Como existía una gran compenetración entre todos, comprendí inmediatamente cuando disimuladamente me guiñó un ojo y me dijo:

—A lo mejor es Jack el que tiene miedo y por eso da la excusa de que tiene, todo su capital empleado.

—¿Miedo yo? Apuesta lo que quieras a que me acuesto con un fantasma.

James se sumó a la trama de Harold:

—Bravuconadas. Apuesto cincuenta libras a que tienes miedo.

—¿La habéis tomado conmigo? —protestó Jack.

—Yo otras cincuenta —apostilló Harold.

—No voy a ser menos —añadí yo.

—Estáis locos —gruñó Jack mirando en torno suyo las paredes y la techumbre de la vieja mansión.

—Voy a comprar la casa. A nombre de los cuatro —dijo James

—. Sé dónde está la administración que negocia su venta. Hoy mismo será nuestra. Ya me pagaréis... ¿Quieres inaugurarla, Jack?

—¿Inaugurarla? —inquirió nuestro amigo.

—Sí —asentí yo—. Pásate una noche entera solo y encerrado dentro de esas paredes. La apuesta son cincuenta libras. Si ganas cobras cincuenta de cada uno de nosotros; si pierdes, te tocará pagar a ti...

Antes de contestar reflexionó unos momentos. Luego sonrió.

—Me estáis tomando el pelo.

—Por mi va en serio —dijo Harold.

Y todos asentimos.

—Todo esto me parece absurdo —dijo él—. En fin... No sé cómo estoy de trabajo esta noche. Espero a una persona y...

—Estaremos en el club. Si te decides nos llamas —puntualizó James.

Jack salió primero, cuando hubimos recorrido la casa de arriba abajo, torreón incluido.

James, Harold y yo, rezagados, sonreímos.

—Éste no deja escapar las ciento cincuenta libras —murmuró James.

Recuerdo que antes de salir cerramos todas las ventanas que, dicho sea de paso, estaban aseguradas con gruesos barrotes de hierro.

—El dueño de esto —murmuré—, debía temer a los ladrones. Parece una cárcel.

Harold tropezó con un arcón de madera y lanzó una exclamación.

—¿Qué diablos habrá aquí dentro?

—Libros —explicó James, y abrió la tapa, de no más de un metro de largo, medio de ancho y otro medio de profundidad.

Había en realidad libros de todas clases, llenando el viejo arcón.

Ojeé uno.

—*El misterio del arcón vacío* —leí—. Editado en mil novecientos cuatro.

Harold se rió.

—A lo mejor te inspira una novela.

Leí para mí algunos párrafos y no pude por menos que sonreírme.

—Hay que ver lo poco que han cambiado los tiempos. La única diferencia es el estilo. Cualquiera tomo de éstos puesto al día aún impresionaría a un buen sector de público.

—Pues aprovéchate —sonrió James.

—Prefiero discurrir. Lo que nunca haría sería plagiar. Mi trabajo me divierte.

James fijó su atención en unos estantes formados por sendos huecos en la pared que llegaban hasta el techo. Había uno a cada lado de la chimenea hogar. Tenían un metro de anchura y unos cincuenta centímetros de profundidad, lo cual daba idea del grueso de las paredes.

En las primeras repisas o anaqueles había también libros.

—No hay duda que los antiguos habitantes sentían una gran predilección por la literatura —sonrió James.

—Literatura macabra —apostilló Harold—. Ved ese tomo, *La venganza del ahorcado*.

Miré hacia lo alto. Distaba unos cuatro metros desde el suelo. A simple vista no había nada.

—Para llegar hasta allí precisaban de una buena escalera —dije.

Salimos al fin. Jack estaba sentado en el césped enfrascado en profundos pensamientos, pues apenas si reparó en nuestra llegada.

—He pensado lo que me habéis dicho... Esta noche no puedo, pero mañana, si la apuesta sigue en pie, voy a quedarme en la casa —dijo como si lo hubiese estado pensando.

Nos miramos y sonreímos. Era lógico que Jack acabara aceptando.

La cosa en sí no tenía más objeto que favorecer a Jack. Por lo demás, quedarse allí no tenía el menor peligro para él; al menos esto pensábamos cada uno de nosotros.

Pero...

CAPÍTULO PRIMERO

James exhibió el título de propiedad. Era al día siguiente.

Nuestras firmas avalaron la propiedad conjunta. Jack no se decidía.

—Tienes crédito —sonrió James—, firma. Tengo que llevarlo al notario.

Jack acabó estampando su firma. James recogió el documento y puntualizó:

—Si estás de acuerdo, te esperamos para la cena. Luego te llevaremos a Villa Independiente. ¿Te gusta el nombre?

Es así como James había bautizado al vetusto caserón.

—De acuerdo. Yo no me vuelvo atrás. Pasaré la noche en... Villa Independiente. A lo mejor tengo suerte, y la paso en compañía...

A nuestra mirada interrogadora, Jack aclaró sonriendo:

—... de los fantasmas de los antiguos dueños.

Nos despedimos. Cada uno fue a sus quehaceres. Los míos eran reunirme con Lorna.

Lorna vivía en un pequeño apartamento que compartía con una amiga llamada Irenne.

Fue ella la que me abrió la puerta. Lo había hecho otras veces, pero recuerdo esta vez de un modo especial por su vestido..., es decir, su desvestido consistente en una bata transparente color azul celeste. Debajo de la bata estaba «ella».

Pensé enseguida en una orquídea metida dentro de una caja de celofán. El celofán impide tocar la flor, pero no impide verla.

—Perdón —se excusó ella sin demasiado arrepentimiento—, creí que era Lorna.

Y se dirigió a su cuarto para envolver el celofán.

—Por mí no te molestes —bromeé yo.

—Estoy segura de que a Lorna no le gustaría —sonrió ella, desapareciendo tras una puerta y reapareciendo con una bata

demasiado tupida para mi gusto—. Lorna no puede tardar. Ha dicho que la esperaras.

Se sentó, dejó que su bata se abriera y pienso que lo hizo con el propósito de que yo admirara sus piernas.

Siempre me he preguntado por qué a la mayoría de los hombres les gusta más ver las cosas a medias. En la playa, por ejemplo, un bikini pasa más desapercibido que en la calle una mujer con minifalda.

Bueno, en lo tocante a Irenne yo siempre tuve la sensación que de un modo velado trataba de desbancar a Lorna. Lorna, afortunadamente, no era celosa y en cuanto a Irenne, sin dármelas de inteligente, la consideraba una de tantas muchachas, llamémoslas de moral «distraída».

Antes de concluir el *whisky* que yo mismo me había servido llegó mi novia. Nos despedimos de Irenne y fuimos a un cine. La película era de policías y ladrones, una «obra maestra del *suspense*», según se anunciaba. Eran los programas preferidos de Lorna.

¡Psch! No estaba mal, pero pensé que yo había hecho cosas mejores.

Como sea que en ciertas cuestiones no tenía secretos para Lorna, le había explicado lo de la apuesta con Jack. Por eso me preguntó:

—¿Le infundiréis miedo mientras esté solo en la casa?

—No somos tan refinados.

—Por cincuenta libras podríais sacar mejor partido. Un magnetófono oculto, voces siniestras...

—Mi querida Lorna, estoy descubriendo en ti aspectos extremadamente tortuosos.

Ella sonrió.

—Bueno, yo no tendría miedo, tú lo sabes, y además tratándose de una broma...

—Habíamos pensado algo de lo que tú dices, pero James ha tenido una idea mejor.

—¿Cuál?

—Ataremos a Jack y le amordazaremos...

—¡Oh! Esto sí es crueldad refinada. Figúrate que se prenda fuego a la casa, o que entren ladrones, que suceda cualquier cosa... Un maníaco...

—Tranquilízate. Le dejaremos allí alrededor de las nueve y

daremos por terminada la prueba a la medianoche. Ninguno de los tres se moverá de los alrededores. A las doce en punto le libertaremos. Éste es el plan.

—Bueno... Para ganarse ciento cincuenta libras no está mal.

—El que está mal es Jack. Nunca ha tenido suerte.

—Pues parece inteligente. Cuando me lo presentaste aquella vez me pareció un hombre capaz de triunfar.

—Hay mucha gente inteligente que se muere de hambre. Jack ha escogido los negocios y tiene un gran defecto para ello: es demasiado honrado.

—¿No se da cuenta de que le ayudáis?

—Todos esperamos que no. Sería una humillación y sólo gustan de humillar a los pobres de espíritu, a los mil y un don nadies que pueblan la tierra y un día se encuentran con poder... No, ojalá nunca se dé cuenta y un día su inteligencia se vea compensada.

Dejamos de hablar de Jack. El tiempo pasaba y yo había de despedirme de Lorna. Obvio es decir que lo aprovechamos como dos buenos enamorados.

Puedo asegurar que Lorna en mis brazos se olvidó de todo y yo me retrasé en la cena con mis amigos porque, al dejarla en su apartamento y encontrarme con que Irenne no estaba, prolongamos la despedida.

Salí de la casa y llegué al club con el sabor de los besos de Lorna.

Tras la cena, James, Harold, Jack y yo emprendimos la marcha hacia el caserón, situado exactamente a sesenta kilómetros de la ciudad. James conducía. Íbamos en su «Rolls». Y durante el trayecto apenas nadie habló. No sé por qué aquello se me antojó como un funeral o tal vez un extraño presagio bailoteó por mi mente. Repetidas veces me dije a mí mismo:

«Calma, Frankie, piensas siempre como un escritor de novelas de la serie negra».

Pero aquella sensación de clandestinidad me producía un complejo de culpabilidad.

Sí. Todo se me antojaba absurdo, desprovisto de fundamento, aunque el *leit motiv* de la cuestión estribaba sobre todo en favorecer a Jack. ¿No era aquélla una especie de ayuda un tanto

macabra?

«Es —me dije— como esas fiestas que son auténticas orgías y que se amparan en el manto de fines benéficos, en las que se derrocha más de lo que se da».

Mis pensamientos se vieron interrumpidos al llegar al caserón.

Entramos en silencio. Harold llevaba un paquete de velas y James un pequeño transmisor de onda corta.

—Con él puedes transmitir a través de la radio de mi coche y en mi propia casa —dijo.

Tal vez me olvidé consignar que James gustaba de rodearse de modernos aparatos. La radio era una de sus aficiones. En su casa tenía una compleja emisora, entre otras muchas y costosas innovaciones técnicas.

—¿De qué me va a servir —replicó Jack— si me vais a amordazar?

Admití que tenía razón, pero callé. En realidad, no íbamos a movernos de los alrededores.

Harold, portador de una poderosa linterna, alumbró la estancia, que seguía con las mismas telarañas y el polvo de la mañana anterior.

James depositó las velas sobre la mesa. Había media docena.

Yo las encendí, pegándolas a la mesa con la misma cera líquida que dejó desparramar.

—Cuando nos hayamos ido, dejaremos solo una encendida —dijo James—. Si eres capaz de encender las otras es válido, entra perfectamente en las reglas del juego; lo que no entra es, en el caso de que logres deshacer las ataduras, salir de la casa.

—¿Y cómo quieres que salga? —sonrió Jack.

En la semipenumbra creí adivinar un rictus amargo en su rostro, como si se sintiera inferior, humillado. Fue solo un momento. Enseguida amplió su sonrisa.

—No tengo ninguna llave —añadió—. Pero creedme que no me va a hacer falta. Me encontraréis más o menos tal como me dejéis... Ya imagino que la broma no termina ahí. Es posible que hayáis instalado magnetófonos y otros artefactos, pero no conseguiréis asustarme.

Harold consultó el reloj.

—Son las nueve exactamente. Al amanecer estaremos de vuelta.

—De acuerdo. Llevaos las velas y la radio. De nada me servirán. Yo intervine:

—La radio, no. Pienso que lo de la mordaza podemos suprimirlo. James me miró un instante y se encogió de hombros.

Harold sacó la cuerda y Jack limpió cuidadosamente la silla.

—¿Va bien que me siente aquí?

—Esto a tu elección —replicó Jack.

La escena tenía lugar en lo que representaba el salón comedor de la casa, al lado mismo del vestíbulo que no separaba puerta alguna, sino una gran arcada de obra.

James y Harold ataron concienzudamente los pies de Jack entre sí y a la silla. Lo mismo hicieron con su tórax y brazos, que pasaron a través del respaldo.

Es una idiotez, me repetí para mis adentros.

Harold trajo a mi recuerdo gamberradas peores que habíamos cometido en la adolescencia y yo me dije que en cierto modo tenía razón. Al fin y al cabo, el posible suplicio duraría poco menos de tres horas. Me encogí de hombros y seguí la broma.

Eran las nueve y diez minutos exactamente cuándo abandonamos la casa. Las ventanas estaban cerradas, igual que las dos puertas con que contaba el caserón, del que sólo existían dos llaves para cada puerta. Yo guardaba dos, una de cada puerta, y James las otras dos.

Una vez fuera nos dirigimos al coche. La noche era desapacible, borrasca. La oscuridad reinante hacía prácticamente imposible ver la casa una vez alejados de sus aledaños.

Lo último que oímos fueron las carcajadas de Jack.

Sí. Había tomado a bien el juego, quizá pensando en las ciento cincuenta libras que iba a ganar. Una bonita y nada despreciable suma que indudablemente iba a sacarle de muchos apuros.

Nos metimos en el «Rolls» cuyo motor James puso en marcha, dejando, por si acaso, que el motor rugiera para que Jack pudiera pensar que dejábamos aquellos lugares.

James arrancó. Dio un rodeo por las pésimas sendas y se colocó de nuevo poco más o menos al punto de partida. Es decir, a unos trescientos metros del caserón, justo donde empezaba la suave colina.

—No se ve nada —murmuró Harold.

—Habríamos tenido que dejarle una vela encendida y un porticón de la ventana abierto —dije yo.

—¿Para qué? —murmuró James—. Le pasará más deprisa el tiempo a él que a nosotros.

—Habríamos podido observarle —insistí.

—¿Te interesan profesionalmente las reacciones de un hombre solo, maniatado dentro de un viejo caserón?

—No —repliqué—. No es eso.

Harold se rió.

—Frankie siente debilidad por Jack. Le compadece.

—Exacto... Jack vale y no ha tenido suerte.

—Yo no creo en la suerte —replicó James—. Ésta se la hace cada cual.

—Sobre todo tú —sonreí yo—, que el dinero te ha costado tanto de ganar.

Me di cuenta enseguida que había ido demasiado lejos. James acusó el golpe.

—Tus novelas deberían ser de tipo social, amigo mío. Para insultar no te quedas corto.

—Bueno —intervino Harold—, no vamos a discutir ahora por una tontería.

—Parece que Frankie me reprocha el que descienda de una noble familia, de cuyos mayores disfrute mi actual situación y cultura, de lo cual me debe el que le haya introducido en ciertos ambientes.

—No he querido ofenderte, James, y ahora eres tú el que ofende. Yo he tenido que luchar para abrirme camino. Sé que esto no es fácil. Hubiese podido quedarme en la cuneta y ahora sería como Jack y sé que no me resultaría nada agradable. Harold también ha tenido que luchar. Cuando pintaba cuadros con estética y valor artístico no vendía ni una escoba. Ahora produce mamarrachos en serie y vive bien. Ambos tenemos experiencia. No hacemos ningún bien a la Humanidad, ni yo con mis relatos ni él con sus cuadros; somos unos vividores, aunque digamos que ni las leyes ni los gustos los hayamos inventado nosotros, pero de los cuatro Jack es el que vale más.

—Bravo, hombre —sonrió James—. Has hecho toda una apología. Lástima que no te haya oído...

—Yo no doy coba a nadie. Y siento que te hayan sentado mal mis palabras.

—Ya está olvidado, escritor barato, y si quieres vamos a sacar a Jack ahora mismo. En vez de cincuenta le damos quinientas libras o mil y nos sentiremos mucho mejores.

—Jack jamás admitiría una limosna. ¡Bah! Olvidad lo que he dicho —concluí.

Tras un silencio un tanto embarazoso, James abrió el bar del «Rolls»; lo había provisto bien.

Bebimos de su *scotch* especial, la conversación siguió por derroteros triviales. Olvidamos momentáneamente a Jack, recordando viejos tiempos, pasadas conquistas y contando cuentos verdes.

En el exterior el viento soplaba, azotando setos y arbustos. Su silbido tomaba a veces un cariz casi humano.

Con la fuerte ventolera el cielo se limpió de nubes y dejó traslucir la luna en su fase llena. La casona, con la débil y azulada claridad, dibujaba su silueta recortándola contra el azul del cielo y dándole un aspecto más irreal, más de cuento de miedo.

Consulté mi reloj, mientras James contaba su enésimo cuento.

—Son casi las doce —murmuré.

James y Harold consultaron sus respectivos relojes.

—Sí. ¡Cómo ha pasado el tiempo! —exclamó James.

—¡La hora de la libertad para Jack! —apostilló Harold—. ¿Vamos ya?

James estaba pendiente del segundero de su reloj.

—Un momento... ¡Ahora! Son las doce en punto. Vamos.

Salimos del «Rolls».

La temperatura invernal había descendido notablemente. El viento helado azotaba nuestros rostros. Yo levanté el cuello de mi abrigo, mientras el viento frenaba mi ascenso y el de mis compañeros en pos de la suave colina.

—Estaría bueno que se hubiese desatado y durmiera como un tronco —murmuró Harold.

—Las cuerdas estaban demasiado fuertes —replicó James—. Verás lo que nos cuesta desatarle.

A medida que nos acercábamos a la casa, el viento parecía soplar con más fuerza, como si nos impidiera llegar.

No sé por qué sentí nuevamente aquella sensación de verme lejos de allí y acabar de una vez con todo aquello.

Al fin nos hallamos frente a la puerta principal. James sacó la llave de su bolsillo y abrió la puerta, cuyos goznes chirriaron estrepitosamente.

Dentro, la oscuridad y el silencio absoluto.

«Demasiado silencio —me dije—. Demasiado silencio...».

CAPÍTULO II

—No somos fantasmas, Jack —dijo Harold alzando la voz—. Has ganado la apuesta.

Jack no replicó.

Esperaba cualquier cosa menos aquel absoluto silencio.

Cruzamos la arcada guiados por la luz de la linterna de Harold.

—¡Vamos, Jack, alégrate! —exclamé yo.

Harold dirigió la luz hacia la mesa tras la cual dejamos a Jack maniatado en la silla, pero...

Cuando la luz dio de lleno en el lugar... ¡No había nadie!

—Ese tunante..., se habrá desatado —murmuró Harold.

—A menos que se haya largado con silla y todo —observé yo.

—Es verdad. La silla tampoco está —dijo James.

La luz de la linterna recorrió la amplia estancia.

Nada. Silencio.

—¡Vamos, Jack! —exclamé yo—. Nos has dado ciento y raya. ¿Dónde diablos estás?

James encendió unas velas, que alargaron nuestras sombras. El espectáculo debía de ser grotesco.

Me volví precisamente para fijarme en esas sombras.

—Quiere que le busquemos por toda la casa —decía Harold.

Fue entonces cuando me fijé en la cuarta sombra que había tras la mesa. En el suelo.

Harold dirigió la luz hacia donde le indiqué.

Cuando el pequeño reflector iluminó la escena nos miramos los tres estupefactos.

Allí estaba Jack. En el suelo sujeto a la silla con las mismas cuerdas, inmóvil.

—Se habrá movido —murmuró James— y...

Me incliné hacia él.

—Está inconsciente, pero... Acerca la luz, Harold. Parece como

si alguien le hubiese golpeado.

—Habrá intentado librarse y al caer debió darse un golpe.

—Trae agua, James, o mejor *whisky*...

James sacó una petaca de *scotch*.

—Suerte que siempre voy prevenido.

Le di a beber un sorbo. Luego le refrescamos con un poco de agua el rostro y la nuca.

Poco a poco conseguimos reanimarle. Sus ojos se abrieron lentamente. Nos miró a todos entre sorprendido y temeroso.

Le habíamos levantado y James y Harold procedían a desatarle.

—¿Te encuentras bien? —inquirí yo—. ¿Qué ha pasado?

Su respuesta nos llegó en forma de palabras lentas, hirientes, llenas de rencor:

—Nunca creí que fueseis capaces de una canallada semejante... No... No lo hubiese creído jamás... Podéis guardaros el dinero de vuestra maldita apuesta...

—Pero... ¿De qué estás hablando? —pregunté yo.

—Y tú, Frankie..., el buen amigo Frankie... —sonrió con amargura y desprecio—, también te has prestado a ese juego sucio.

—Hablemos con calma, Jack. Nosotros no te hemos hecho nada.

Jack hablaba como obsesionado.

—Queríais aterrarme... Bien, en parte lo habéis conseguido... Unas manos finas rozándome el cuello, simulando que iban a ahogarme... Apretaron, apretaron... Unas manos como las tuyas, James, bien cuidadas.

—¡Jack! Estás delirando —protestó James—. Yo no me moví del coche. Estábamos al pie de la colina, los tres.

—Es verdad, Jack —afirmé yo.

—¡Basta de mentir!

—Te doy mi palabra de honor, Jack —exclamé yo mirando sus ojos extrañados, inquisidores.

—No..., no puedo creerlos... El golpe final, a traición... Quizá por cincuenta libras creísteis tener derecho, pero...

—¡Basta, Jack! —grité yo—. James ha dicho la verdad, estuvimos en el coche. A trescientos metros de la casa. Lo que dices no tiene sentido.

Jack se incorporó. Nos miró uno a uno. Se produjo un inquietante silencio.

—¿Es cierto? ¿Seríais capaces de jurarlo? ¿No os habéis movido para nada del coche?

—Te he dado mi palabra, Jack —insistí yo.

—¡Dios mío! Entonces..., entonces es espantoso —murmuró Jack, y la voz se le quebró.

Sus ojos expresaron un inusitado terror.

—Alguien estaba aquí, le oía respirar cerca, muy cerca, runruneaba como un felino y me tocó, me golpeó... ¡Dios bendito! Yo creí..., creí...

—Serénate, Jack... En la casa no había nadie —dijo Harold.

—Nunca más se os ocurra proponerme una apuesta semejante... Nunca más. Esta casa..., esta casa... ¡Dios mío! Ha sido horrible, horrible...

—Pero ¿qué ha pasado exactamente? —pregunté yo—. Habla, Jack, y espero que no seas tú el que nos esté tomando el pelo.

—¿Yo? ¿Por qué no te quedas una noche tú, Frankie? O tú, Harold, o tú, James... ¡Oh! Nunca creí que estas cosas pudieran suceder de veras... Nunca lo creí... Vámonos, vámonos de aquí y vende esta casa, James. Véndela, por tu propio bien.

Hablaba como un poseso. Nunca hasta entonces había visto a un hombre realmente aterrorizado.

Durante una hora recorrimos palmo a palmo todos los rincones de la casa.

No encontramos a nadie. La puerta trasera estaba cerrada con el pestillo por dentro. Las ventanas, incluidas las del torreón, tenían rejas. Sólo cabía una posibilidad. Una remota posibilidad.

—Alguien pudo entrar por la puerta principal —aduje yo—. Estaba muy oscuro al principio.

James miró alrededor desde el umbral de la puerta. La colina carecía de arbustos, era lisa por completo.

—Estoy seguro que de un modo u otro habríamos notado su presencia —murmuró.

Harold observó:

—Y aun suponiendo que lo que dice Frankie fuera cierto, sólo podía hacerlo alguien que supiera lo que habíamos planeado.

—Esto sólo lo sabíamos nosotros —replicó James—. Al menos por mi parte.

—Y por la mía —aseguró Harold.

Yo no hice ningún comentario. Había hablado de ello: con Lorna, pero pensar que mi novia hubiese podido intervenir en la cuestión me parecía tan absurdo como que de una fuente manase vino.

James cerró la puerta y nos acercamos a Jack, que parecía querer acaparar todo el aire para sus pulmones.

La posibilidad de que alguien hubiese podido entrar la negó rotundamente.

—Esa puerta chirría como una legión de demonios —dijo— y puedo asegurar que no chirrió lo más mínimo, ni entró en la casa el menor soplo de viento. Desde donde estaba lo habría notado enseguida.

—Es absurdo, incomprensible —murmuré yo.

—Las manos que apretaron mi cuello —manifestó Jack— no las he soñado, ni tampoco el golpe... Había alguien en la casa. Lo sé. Había alguien muy cerca de mí.

El viaje de regreso se efectuó en completo silencio. Yo observaba a Jack. Indudablemente, seguía aterrorizado.

CAPÍTULO III

Harold y yo optamos por dirigirnos a nuestros respectivos domicilios. James nos acompañó en el «Rolls». Nos dijo que se llevaría a Jack a su casa. Además de un buen trago necesitaba compañía, era perfectamente comprensible.

Por mi parte, cuando llegué, me tomé un buen *whisky* y me senté unos instantes ante la máquina de escribir, repasando el folio que tenía escrito hasta la mitad, correspondiente a la página setenta de mi última novela.

La historia se basaba en una cadena de crímenes en apariencia perfectos. Leí unos instantes las últimas líneas:

«... Y una vez más todo tenía apariencia de suicidio, pero el capitán llevaba ya tiempo olfateando el crimen. Pero ¿dónde estaba el criminal? En la casa no había entrado ni salido nadie...».

—En la casa no había entrado ni salido nadie —repetí yo y añadí para mis adentros—: ¿Cuándo se convencerá la gente de que siempre es la realidad la que supera la fantasía? Sólo que lo de esta noche supera lo imaginable... ¿Dónde diablos estará la trampa?

Para mí, descifrar aquel misterio se iba convirtiendo en una obsesión. Yo, «el autor de los imposibles», como me llamaba el editor en su propaganda, tenía que demostrar mi prestigio y tenía que demostrármelo a mí mismo...

Aquella noche apenas dormí, pero de algo sirvió, porque a la mañana siguiente ya tenía grabadas en mi mente dos posibles soluciones. Sin embargo, no tuve tiempo de exponerlas; el timbre de la puerta anunció nuevos y extraños acontecimientos.

En el umbral de la puerta aparecieron dos hombres. Uno de ellos me mostró el distintivo del Yard.

—Inspector Williams. Mi ayudante Benson. No le molestaremos mucho rato. Sólo necesitamos unas comprobaciones.

—Pasen, por favor... Si quieren tomar una taza de café... Iba a prepararlo.

—Gracias, pero ya le he dicho que es sólo un momento.

—Ustedes dirán.

Les invité a que se sentaran con un ademán, pero ambos siguieron en pie.

—Supongo que es usted Frank Oswald, escritor.

—Sí, soy yo.

—¿Puede decirme dónde estuvo anoche entre diez y once aproximadamente?

—Pues —sonreí— a unos sesenta kilómetros de Londres, poco más o menos. Dentro de un coche. Pero..., ¿tiene algo que ver esto con lo sucedido en el caserón? ¿Le envían acaso mis amigos?

—¿Qué caserón? —preguntó Williams.

—¡Oh! Si no le han dicho nada, no tiene importancia, y la verdad no comprendo... En fin, estuve con tres amigos, con cuatro para ser más exacto.

—¿Sus nombres?

—¡Oh, sí! James Hilton, Harold Flanagan y Jack Torent.

—¿Y no se movió para nada de su lado? —preguntó el policía.

—Desde las siete hasta poco después de las dos de esta madrugada... Pero, dígame, ¿puedo saber el motivo de sus preguntas?

—¿No ha leído la Prensa de esta mañana?

—No. Acabo de levantarme...

—Sí, se nota. No tiene muy buen aspecto.

—No he pegado un ojo, pero... ¿qué es lo que trae el periódico?

—Anoche hubo un robo en la fábrica de perfumes.

Warners. Se llevaron doce mil libras. El semanal de los empleados.

—Oiga, inspector, no tengo la menor relación con esa casa. Es absurdo pensar que yo... De veras no comprendo...

—Su amigo Jack Torent sí tiene que ver.

Caí en la cuenta. Sí, Jack tenía una pequeña representación, recordaba habérselo oído decir.

—Puede estar seguro que mi amigo Jack Torent no hubiese

podido cometer ese robo, aunque lo hubiera tenido planeado.

—Al menos tiene una buena coartada.

—No se lo puede imaginar —sonreí de nuevo.

—Eso mismo me ha dicho James Hilton y Harold Flanagan. Tres testimonios muy apreciables.

No sé por qué en aquel momento tomó cuerpo una tercera idea con respecto a lo ocurrido la noche anterior que echaba por el suelo mis dos hipótesis anteriores. Desde luego, nada dije al inspector.

—Oiga —murmuré—, si como veo lo que tratan ustedes es de probar la coartada de Jack, es porque de un modo u otro tienen motivos para sospechar de él.

—Nosotros, no, señor Oswald. Investigamos solamente. Y cuando se inicia una investigación, todo el mundo puede ser sospechoso.

—Sí, claro, pero ¿por qué Jack?

El policía dudó un instante. Su expresión se tornó más grave. Al fin me contestó:

—Le hablaré con absoluta franqueza, señor Oswald. Usted debe saber que su amigo anda, digamos, bastante apurado económicamente.

—Sí... Aunque nosotros fingimos no darnos cuenta. Me refiero a mis amigos. Jack no ha tenido suerte.

—Ustedes le aprecian.

—Son muchos años de amistad. El dinero no puede ser una barrera entre nosotros. Además, excepto James lo hemos tenido que ganar a pulso. En fin, hábleme de esas sospechas...

—El gerente de la Warners declaró que hace unos días tuvo una violenta discusión con su amigo, a causa de un anticipo que pidió y le fue negado. El señor Jack Torent lleva cobrados, al parecer, muchos anticipos a cuenta de comisiones, anticipos que no ha podido cancelar.

—Bien, pero esto no justifica que...

—No he terminado, señor Oswald... El citado gerente ha declarado también que Jack Torent pronunció algunas palabras un tanto amenazadoras. Ha presentado testigos que oyeron tales palabras y ello ha motivado que entre los posibles sospechosos figurara su amigo de usted.

—Bueno, inspector, ya sabe que en ciertos momentos se

pronuncian palabras de las que uno después se arrepiente.

—Desde luego, pero hay otro detalle, aparte de que la persona que perpetró el robo sabía perfectamente cómo penetrar en la fábrica: estaba el vigilante nocturno.

—¿Identificó a Jack?

—Desgraciadamente el vigilante no pudo identificar a nadie. Lo asesinaron.

—Es absurdo —dije.

—Al contrario. Perfectamente lógico. El ladrón tenía que ser conocido de él y en consecuencia tenía que matarle para que no pudiera descubrirle. No hay la menor señal de lucha, lo cual prueba también que el asesino era persona de su confianza.

—¿Y cómo mataron a ese vigilante?

—De varios golpes en la cabeza dados con el atizador del fuego. Descubrieron el cadáver esta mañana las mujeres de la limpieza, pero el crimen y subsiguiente robo se produjeron entre las diez y las diez y media. El vigilante marca el reloj cada media hora; la última señal la había hecho a las diez. A las once y media ya no pudo marcar... Existe la posibilidad de que en aquel momento apareciera el ladrón y entre un muy posible previo diálogo y el tiempo que necesitó para abrir la caja y tomar los sobres transcurrieron veinte minutos. Por ello situamos los hechos entre diez y once.

—¿Jack Torent abriendo una caja fuerte? Se equivoca de hombre, inspector. ¡Oh! Y, por supuesto, pensar que Jack haya podido asesinar a nadie es sencillamente absurdo.

—Tendré en cuenta su declaración, señor Oswald, gracias por su amabilidad.

Les acompañé hasta la puerta, en cuyo umbral Williams añadió:

—¡Ah! El hombre que abrió la caja no necesita ser experto. Se abre simplemente con una llave y cuando alguien planea un robo no le es muy difícil hacerse con un duplicado. Basta un molde de plástico... Por cierto, el señor Torent tiene también plástico, de ése con que suelen jugar los niños para hacer figuritas y cosas así. Buenos días, señor Oswald.

—Buenos días, inspector.

—Buenos días —saludó su ayudante, que había permanecido mudo durante todo el tiempo.

Williams se volvió todavía.

—Otra cosa... Tratándose de usted es innecesario, lo sé. Pero... si tiene alguna sospecha, llámeme —y me tendió una tarjeta.

—Jack estuvo con nosotros —repetí.

—Sí, sí, desde luego. Adiós, señor Oswald.

Me quedé pensativo, profundamente pensativo porque en mi teoría, Jack pudo perfectamente cometer el robo...

CAPÍTULO IV

—Sí, ya sé que es buscar tres pies al gato y arreglarme las cosas a mi modo —dije a Harold, a quien saqué materialmente de la cama—, pero mi tesis es perfectamente posible.

—Y me despiertas para esto... Con lo que me ha costado conciliar el sueño. Jack, aterrado, hablando poco menos que de fantasmas y ahora vienes y le acusas como esos policías...

—Me consuela saber que no he sido yo quien te ha despertado.

—Me había vuelto a dormir y no pensaba levantarme hasta mediodía.

—Vamos, Harold, lo de anoche no tuvo sentido y ésta podría ser una explicación lógica.

—Hum. —Harold se rascó la cabeza—. Según tú, Jack se busca un cómplice y por la tarde se dirige a la casa y le introduce dentro, para lo cual necesita una llave.

—Éste no es el problema.

—De acuerdo, ha conseguido un duplicado de la llave.

—Lo cual es perfectamente factible.

—Concedido. Luego, y siempre según tus fantásticas teorías, deja a su cómplice dentro de la casa hasta que regresa acompañado de nosotros. Le atamos y salimos. Inmediatamente su cómplice le desata y Jack, en un coche que le espera en la parte posterior, sale como un rayo hacia la ciudad. Se carga a un vigilante, roba doce mil libras esterlinas y regresa al caserón. Nuevamente el cómplice le ata tal como estaba y le golpea para que luego creamos su historia.

—Exacto —dije gravemente—. Es perfectamente posible y de veras que lo siento, porque nunca creí que Jack fuera capaz...

—Pero ¡qué idiotez!... ¿Es que lo crees de veras?

—No digo que lo crea, digo que es posible. Una coartada así no se presenta todos los días.

—Pero olvidas un detalle, mi querido escritor. ¿Dónde diablos

estaba el cómplice de Jack? Recuerda que recorrimos toda la casa, registramos palmo a palmo.

—Pudo esconderse en algún lugar que ignoramos y aprovechar la ocasión para largarse cuando no podíamos verle.

—¿Y la puerta? ¿Acaso no chirría al abrirla o cerrarla? Claro, que si esto fuera una novela le encontrarías la solución. La cuestión es presentar un buen misterio; luego, si el final es lógico o no, ya es harina de otro costal. Me estás fallando, Frankie, y lo peor es que dudas de Jack, precisamente tú que a veces pareces su abogado defensor.

—Yo no acuso y dudo de nadie, pero lo de anoche debe tener una explicación, porque es obvio que en el caserón había alguien más aparte de Jack.

—Es lo que él dijo, ¿no?

—¿Y no lo crees?

—Pues no sé...

—Luego, le acusas de embustero.

—Oye, si lo que quieres es que me coja el toro...

—Si había alguien tenía que ser o un cómplice o fantasma... Y yo no creo en fantasmas.

Harold guardó Silencio y durante unos segundos nuestras miradas se cruzaron.

No... El tampoco creía en fantasmas.

«Sesenta kilómetros —pensé mientras conducía por la carretera desierta en plena campiña—. Pueden hacerse perfectamente en cuarenta y cinco minutos. Pongamos en cincuenta. Cincuenta para ir y otros tantos para volver, son cien minutos, veinte para abrir la caja y sacar el dinero totalizan ciento veinte, que son dos horas. Añadamos aún otros diez minutos para deshacer las ligaduras y hacerlas de nuevo. Sobra tiempo...».

Sí, ésos eran mis cálculos. Unos cálculos con los que eran perfectamente posible ir a Londres desde el caserón y volver sin que nosotros nos enteráramos.

Claro que —y entiéndase bien— tales cálculos no iban encaminados a demostrar la culpabilidad de Jack. No, Jack seguía siendo un buen amigo, al que, por si puesto, no podía imaginármelo matando ni a una mosca. No, Jack un asesino, decididamente no, pero no podía por menos que aceptar como factible la idea de que

la escapada era perfectamente posible.

Al llegar frente al caserón, detuve el coche y salí para ascender la suave colina.

Había querido ir solo por dos razones.

Primero y, aprovechando la luz del día, examinaría tabiques, paredes y el suelo de la casa para cerciorarme de que no existía ningún escondite.

Y en segundo lugar, una atracción irresistible de hallarme en el lugar de tan fantásticos hechos me empujó hacia allí. Las cosas donde pueden vivirse mejor son en el propio ambiente.

Con mi llave abrí la puerta principal, que chirrió. La cerré despacito con lo que pude comprobar que chirriaba igualmente. Probé a abrirla de un empujón. Chirrió menos, pero chirrió.

Penetré en medio de la oscuridad. Una ráfaga de viento cerró la puerta de golpe. Tuve que encender una cerilla y aún así tropecé con una silla al dirigirme hacia la ventana para abrir los pórticos. No llegué a hacerlo.

Una fracción de segundo me bastó para recordar algo.

¡La silla con que había tropezado!

La noche anterior no la dejamos allí. Eso quería decir que alguien...

Mi pensamiento no pudo concluir. El ruido de una madera al crujir delató la presencia de alguien..., de alguien que venía del piso alto.

Apoyé mi espalda contra la pared y contuve la respiración, tratando de habituar los ojos a la oscuridad.

El silencio más absoluto casi dañaba mis oídos. Dejé escapar un poco de aire y cambié ligeramente de posición, de modo que mi mano rozara el pestillo del pórtico de la ventana.

Quienquiera que fuese el que estaba en la casa debió haber oído el chirriar de la puerta y el último portazo; lógicamente o trataría de esconderse o me buscaría... Si llegaba abajo, abriría de golpe y la luz le delataría.

Aguzando el oído y con los sentidos en tensión, me pareció oír cómo los pasos se acercaban.

«Ha terminado de bajar la escalera», pensé.

Durante unos instantes traté de orientarme.

«Viene hacia aquí... Está tanteando el terreno».

Me pareció incluso oír su agitada respiración. Mi tensión había llegado al máximo.

De pronto...

El ruido de la silla. Sí, había tropezado en el mismo sitio que yo. Ya sabía dónde estaba. Mi mano recorrió lentamente el pestillo. No tardaría ni quince segundos en abrir de golpe la ventana.

Quince segundos pasan en un soplo, pero a veces parecen eternos.

Cerré mi mano derecha, apretando con fuerza el puño y tratando de cargar en él toda la potencia. Con la izquierda me dispuse a dar el tirón para iluminar la estancia. Lo hice.

Al mismo tiempo, una luz me cegó y alguien me llamó por mi nombre:

—¡Frank!

—¡No! —exclamé al reconocer al otro visitante.

—¿Qué diablos haces...? —empezó él.

—Lo mismo podría preguntarte yo, James...

Sí, mi hipotético fantasma era nada menos que mi amigo James.

—Creo que ambos hacemos lo mismo —sonrió él.

—Quizá porque en el fondo pensamos igual —observé yo.

—No acabó de convencerme la historia de Jack —murmuró James—. Anoche me sorprendió y habría creído cualquier cosa, pero ahora, pensado fríamente, me parece absurdo...

—¿Y lo del robo y asesinato en la Warners? —Lancé.

—¡Ah! Supongo que también te han preguntado. ¡Vaya un absurdo! De buena gana me habría reído.

—¿Estaba Jack contigo?

—¡Oh, sí! Tomábamos el desayuno.

—¿Cómo sabían los de la policía que estaba en tu casa?

—Jack telefoneó a la portera, diciéndole que pasaría la noche en mi casa y la portera se lo dijo a los inspectores cuando fueron a su domicilio a primera hora.

—¿Y telefoneó a las dos de la madrugada para decir...? ¡Oh! Jack hace cosas muy extrañas.

—Sé lo que piensas.

—¿De veras?

—Yo no he vacilado en declarar que había estado con Jack todo el tiempo. En realidad estábamos a trescientos metros de él y le

encontramos atado igualmente; pero... —dudó unos instantes.

Me sorprendió que James hubiese podido pensar lo mismo que yo.

—De pronto —dije yo— te pareció menos absurdo que Jack no hubiese tenido tiempo de irse y volver.

—En confianza, Frank, mi imaginación no llega tan lejos... Fue cuando me llamó Harold para ponerme al corriente de la conversación que habéis tenido. Entonces me dio por venir y volver a registrar palmo a palmo la casa.

—¿Y has encontrado algo?

—Acababa de llegar cuando tú viniste.

—¿Y el coche?

—Lo dejé en la parte trasera, tras los setos junto al acantilado. Hay un sendero perfectamente practicable.

—¿Te has fijado si había huellas de coche?

—En el sendero hay gravilla. No se nota nada; quizá a lo mejor tú encuentres algo.

—Voy a ver. Tú sigue buscando, pero abramos todas las ventanas.

—¿Qué piensas encontrar? —inquirió, poco convencido—. ¿Un escondite?

—Hay que palpar las paredes y el suelo. Estas casas antiguas solían tener escondrijos que a veces se tapaban posteriormente.

—Es posible, pero en el plano no están. —Y James sacó el plano de la casa—. Es una copia. Aquí está todo detallado. De todos modos buscaremos.

—Bien —repliqué—, echaré un vistazo a ese sendero. Vuelvo enseguida.

Encontré el «Rolls» de James a unos doscientos metros, en un sendero que arrancaba de tras los setos, único lugar con vegetación de la desnuda colina.

Tal como dijo, el piso era de gravilla y continuaba durante un buen trecho. No era posible distinguir huella alguna. Perdí unos minutos recorriendo el lugar sin saber exactamente lo que buscaba.

De pronto me pareció oír un grito lejano, apagado.

Agucé el oído.

El grito se repitió:

—¡So... corro!

Sí. Alguien estaba pidiendo auxilio y la voz venía de la casa.

Sin dudarle eché a correr en dirección al caserón. Me di perfecta cuenta de que las ventanas seguían cerradas.

Sin embargo, volví a oír aquella voz entrecortada y hasta me pareció que pertenecía a James.

Intenté entrar por la puerta trasera pero estaba cerrada. Corrí hasta la puerta principal, que también estaba cerrada a pesar de que yo la dejé abierta.

Eché mano de la llave y di la vuelta. Fue inútil. Estaba echado el pestillo.

De nuevo di la vuelta para probar por la parte posterior.

A través de la puerta volví a oír aquel grito angustiado.

—¡Socorro!

Di la vuelta a la llave. ¡El pestillo también estaba echado!

Cargué contra la puerta después de tomar impulso, pero fue inútil. Recibí un fuerte golpe en el hombro sin conseguir mover la gruesa hoja de madera.

—¡James! ¿Estás ahí? —grité.

No obtuve la menor respuesta y volví a la parte delantera. Entonces me fijé en que los postigos de una de las ventanas estaba medio abierto. La oscuridad interior y el reflejo del cristal de las ventanas me impedía ver con claridad lo que estaba ocurriendo dentro. Aun así me pareció distinguir unas sombras.

¡Dos! Dos sombras. ¡James no estaba solo!

—¡James! ¡James! —grité.

Me pegué a las rejas... ¡Oh, si no hubiesen existido aquellas rejas! Intenté ver lo que ocurría y lo conseguí. Lo conseguí a medias, pero lo que vi me dejó aterrado.

Era el rostro de James, con los ojos a punto de salirse de sus cuencas, y unas manos, unas manos gruesas, enguantadas, aferrándose a su cuello.

Eran como unas manos sin cuerpo. No había nadie detrás de James, al menos no conseguí verlo, sólo aquellas manos que aferraban su garganta.

James trataba de gritar; luego se iba encogiendo, como si imposibilitado de tenerse en pie fuera cayendo poco a poco.

Todo aquello estaba sucediendo en escasos segundos, segundos en que me sentí paralizado. Reaccioné, sin embargo, y me dirigí

hacia la puerta —la puerta principal junto a la que me hallaba— y tomé un nuevo impulso. Tenía que derribarla como fuera.

Procuré que todo el peso de mi cuerpo se acumulara en mi hombro. Tomé carrera y empujé.

Fue inútil. El grueso pestillo no cedía. Lo intenté de nuevo con igual resultado.

Si allí hubiese habido un teléfono, si el lugar no hubiera sido solitario no habría vacilado ni un segundo en pedir ayuda, pero esto era imposible. Si me iba perdía la oportunidad de desenmascarar al culpable, de desvelar el misterio, de salvar a James si aún era posible.

Volví a cargar una y otra vez contra la puerta.

Al fin en el último intento la puerta cedió, pero no fue mi fuerza lo que abrió la pesada hoja, no...

¡Alguien había quitado el pestillo!

Mi terrible impulso al no encontrar obstáculo que se le opusiera me hizo rodar contra el suelo. Tropecé con una silla y durante unos instantes me vi volando por los aires hasta que caí de bruces.

Sentí dolor en diversas partes de mi cuerpo y tuve que tomar aliento para incorporarme.

La única luz del interior emanaba de la puerta y de la ventana. No era mucha, pero sí para darme cuenta del revuelo que existía en las dos estancias contiguas. Las huellas de lucha se reflejaban en la disposición de algunos muebles que estaban derribados.

Lentamente me dirigí a la ventana, donde había visto un tanto confusamente parte de la escena.

Esperaba encontrar a James, pero no había nadie.

¿Y el propietario de aquellas grandes manazas enguantadas?

Quizá estaría al acecho. Me previne. Lamenté no tener un arma de fuego. Me habría sentido más seguro.

Traté de serenarme, de buscar a James y a su agresor, pero el caserón daba una extraña sensación de vacío, de un vacío imposible y aterrador a la vez...

CAPÍTULO V

Nadie. La casa estaba vacía y aquella vez me cercioré. Y no había escondrijo posible, ni paredes dobles, ni subterráneos. Casi dos horas perdí en las comprobaciones que juzgué exactas. Cada ventana coincidía con un lugar determinado del exterior. Las paredes más gruesas eran macizas por completo. No había lugar donde pudiera meterse un hombre.

Había mirado, naturalmente, los vacíos armarios, incluso el cofre de los libros, lo cual era absurdo dadas sus reducidas dimensiones. Todo estaba a la vista, sin embargo... No había nadie...

La puerta trasera tenía el pestillo echado por dentro.

¿Dónde estaba, pues, James? ¿Y su agresor?

Salí de la casa y cerré con llave. La posibilidad de que todo se tratara de una broma de pésimo gusto la rechacé de plano y, sin embargo, a menos que hubiese sido víctima de una alucinación, allí «había ocurrido algo». Algo inexplicable.

Porque la idea de que un loco hubiese podido asesinar a James la admitía, pero la evidencia de una desaparición incomprensible estaba no ya fuera de toda lógica sino que entraba en el terreno de lo extra natural...

Instintivamente me dirigí a la parte posterior para ir a dónde James había dejado su «Rolls».

Cuando estuve en el lugar mis ojos debieron adquirir el tamaño de dos naranjas porque el «Rolls»... había desaparecido.

—Lo siento —dije a Lorna a través del teléfono portátil que un camarero del club conectó en la mesa del club donde nos habíamos reunido Harold, Jack y yo—, no podré verte hoy. No... No es por el trabajo, ya te lo contaré. De veras que lo siento, Lorna, discúlpame.

Colgué. En aquellos instantes conseguir el esclarecimiento de los

hechos era más fuerte que mi deseo de reunirme con mi novia.

Harold fue tajante.

—James nos ha querido gastar una broma a todos.

—¿Y cómo consiguió salir? La puerta trasera estaba cerrada con el pestillo por dentro y en el caserón había dos personas. Aquellas manos...

—Cuando aparezca —continuó Harold— él mismo nos explicará su agudeza. Quizá ha querido darte una prueba de ingenio.

Jack adujo:

—Esto explicaría la presencia de la persona que estuvo anoche en la casa mientras yo permanecí maniatado.

Harold y yo cambiamos una mirada. Jack siguió:

—Supongamos que James lo hubiese planeado todo. Primero yo, luego él mismo para dar más veracidad al misterio.

—¿Y todo esto para gastamos una broma? —inquirí a mi vez, dubitativo.

—James siempre ha sido un bromista. De los cuatro era el maestro en la materia. No tiene otra cosa que hacer, su único problema es no saber en como matar el tiempo.

Jack hablaba en tono más bien despectivo.

—Si no aparece entre hoy o mañana, siempre queda el recurso de avisar a la policía y explicar lo ocurrido —dijo Harold.

—Si se trata de una broma a la policía no le sentaría muy bien —sonrió Jack.

Y yo, sumido en absurdos y contradictorios pensamientos, aduje casi sin darme cuenta:

—Y pondría en evidencia el hecho de que alguien puede entrar y salir de la casa sin ser visto, lo cual podría perjudicar a Jack.

—¿Eh? —inquirió el aludido.

—¡Oh, perdón!... No quise...

—Ya comprendo —cortó Jack—. Has llegado a pensar que anoche salí de la casa para cometer el robo en la fábrica de Warners... Uno nunca llega a conocer a las personas a las que llama amigos.

—No, Jack —insistí—. Jamás sospeché de ti, pero tampoco negué la posibilidad de que el hecho fuera realizable.

—Que viene a ser lo mismo.

—Jack, Jack..., no compliques las cosas. Si alguien te acusara

abiertamente tendría que vérselas conmigo. Debes creerme... Pero debes también admitir la evidencia de que si James y el «otro» han podido desaparecer ante mis propias narices, es que hay posibilidad de salir.

—Podemos hacer excavaciones en torno al caserón —sonrió Harold en tono sarcástico— y conseguiremos que el regocijo de James sea todavía mayor.

—Bien... —dije al cabo de un silencio—, si creéis que se trata de una broma, tomemos un buen *whisky* y esperemos.

—Tú no lo crees, ¿verdad? —inquirió Jack.

—A nuestro amigo escritor le gusta ver tinta invisible en todas partes. Es su oficio —adujo Harold sarcástico.

—Tú no estuviste allí esta mañana —adujo yo.

—No. Pero no olvides que el primero que vio la casa fue James. El la descubrió. De él partió la idea de comprarla. Ten por seguro que sabe más del caserón que todos nosotros.

—¿Y qué hacía esta mañana allí? ¿Acaso sabía que yo iba a aparecer?

—Puede que lo intuyera. Le hablé de tus sospechas y conociéndote pudo pensar que irías a investigar por tu cuenta. Si no aceptas esta posibilidad, atribúyelo a simple casualidad. Os encontrasteis y aprovechó la ocasión para representar la farsa.

—Está bien. Si la mayoría está dispuesta a esperar su reaparición, yo me adhiero. No se hable más. ¡Camarero!

Pedí otros tres «scotch», pagué las consumiciones y solicité el teléfono para llamar a Lorna. Quizá me convenía pasar la tarde sin pensar en todo aquello. Por una vez podía estar equivocado, gracias a Dios no soy infalible en mis suposiciones y después de todo mejor que fuese una broma, pero mi subconsciente me decía que había algo más... Bastante más.

—¿Por qué no me dejas ir al caserón? —me preguntó Lorna, a la que había explicado con pelos y señales todo lo acaecido.

—No, cariño —repliqué—. No quiero que seas juguete de cierta clase de bromas.

—¿A quién pretendes engañar?

—¿Eh?

—Tú no crees que se trate de una broma —murmuró ella.

—No importa lo que crea, Lorna. Esperaré.

—A menudo —replicó ella tenaz— has dicho que el tiempo suele ser un factor importante que trabaja siempre en favor de alguien.

—Has leído demasiadas novelas mías.

Ella sonrió.

—Y recuerda que una vez te ayudé salir del atolladero en que habías metido a tus personajes.

—¡Oh, sí! También tienes intuición...

—Complicaste las cosas de tal modo que luego no sabías cómo desenredar la madeja. Me acuerdo perfectamente. La víctima había sido envenenada y te empeñaste en probar que los posibles culpables tuvieran su coartada.

Sonreí recordando la novela que aludía Lorna.

—Y tú me sugeriste lo más claro. Que el culpable fuese la propia víctima que trataba de acusar a su propia esposa para obtener la separación, pero cargó demasiado la dosis y se mató a sí mismo... Sí, fue una novela de mucho éxito... porque a menudo tenemos la solución ante nuestras propias narices y no sabemos dar con ella.

—Y éste es el caso que está ocurriendo ahora, ¿verdad?

—Sólo que no existen envenenamientos, sino una desaparición misteriosa.

—¿Por qué no me dejas ir? —insistió Lorna.

—No, querida. Antes has dicho que no veo claro la posibilidad de una broma y tienes razón. Nada está claro; por eso quiero que te abstengas de tomar parte en un juego que podría ser demasiado peligroso.

—¿Piensas esperar entonces?

—No lo sé. De veras que no lo sé. Pero... Tal vez... —De repente se me había ocurrido una idea—. Voy a acompañarte a tu casa.

—¿Tan pronto?

—El tiempo siempre juega a favor de alguien, ¿recuerdas?

—¿No puedes decirme qué se te ha ocurrido?

—Lo más sencillo. Ir a casa de James...

—¿No has ido antes?

—Sólo llamé por teléfono. Su criado me dijo que no estaba, puede ser un ardid o puede que no estuviera entonces. Algo averiguaré.

Salimos del café donde había tenido lugar nuestra charla y

subimos a mi coche. Fui directamente al apartamento de Lorna en cuya puerta de la calle la dejé.

Del portal acababa de salir un hombre. Aunque mi atención estaba fija en Lorna no dejé de reconocerle.

—Es Jack...

Salí del auto.

—¡Eh, Jack!

Se volvió. Quedóse un momento como indeciso pero enseguida avanzó hacia mí como si se alegrara de verme.

—¡Frankie! Te he estado buscando... —Lorna se acercó y mi amigo se inclinó cortésmente—. ¿Qué tal, señorita? Su..., su compañera me ha dicho que habían salido.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Cuando tú te has marchado, Harold se ha ido al poco rato, yo me quedé un momento en el club y... me han llamado por teléfono. Pedían por uno de nosotros tres.

—¿Quién era?

—No lo sé. No lo ha dicho. Era una voz extraña, disimulada. Dijo que uno de nosotros, sólo uno, fuera esta noche al caserón. Traté de localizar a Harold, pero no había ido a su estudio. Luego te busqué a ti... Ahora ya no sé qué pensar de todo esto. Es necesario que nos reunamos y decidamos cuál va a ir.

—¿No podía ser la voz de James?

—No... A menos que fingiera muy bien.

—Es fácil fingir una voz por teléfono —dije para comprobar su reacción.

—Sí, quizá... Por eso quiero que seamos los tres los que decidamos si tenemos que ir o no.

—Bien. Espérame en el club. Yo tengo que hacer un par de cosas. Dentro de una hora estaré allí. Intenta localizar a Harold.

—Probaré de nuevo. Adiós, Frankie.

Le vimos alejarse a pie por la calle. Era el iónico de nosotros que no tenía coche.

—Parece que esa llamada le ha impresionado —murmuró Lorna.

—Sí. Y es extraño porque antes acabó admitiendo que podía tratarse de una broma... Vamos a subir, voy a hacer una llamada por teléfono.

Lorna abrió la puerta de su apartamento. Irenne salió con uno de

sus ya clásicos deshabillés.

—¡Oh! Venís muy temprano. ¿Has visto a Jack, Frankie?

—Sí. Le hemos visto.

—Bien te habrá dicho...

—Sí, que vino en mi busca.

—Bueno..., no quiero estorbar. Voy a vestirme. Esta noche tengo trabajo.

Desapareció con una de sus provocativas sonrisas Lorna no pareció darle importancia.

—Oye... ¿No me dijiste que era modelo publicitaria? —pregunté en voz baja mientras me dirigía al teléfono y empezaba a marcar un número.

—Sí.

—¿Y trabaja de noche?

—A veces. Alguna foto urgente para revistas o cosas por el estilo. Es más divertido que mi trabajo.

—Oh, no puedes quejarte. También eres modelo.

—Pero siempre lo mismo, desfilas para esas mujeres gordas que siempre se enamoran de lo que les está peor. «Veamos, vuélvase —imitó la voz de una cliente imaginaria—. Quiero ver otra vez el conjunto rosa». ¡Oh! Lo que hay que aguantar... Y luego una no pasa del anonimato... Irenne en cambio es popular y puede llegar a ser famosa.

—Hum. ¿De veras te gustaría ser famosa?

—Bueno ahora pienso que con uno en la familia... —sonrió ella sentándose sobre las rodillas.

Al otro lado del hilo contestó una voz varonil.

—Soy Frankie. ¿Es Peters? —Y, bajando la voz, dije a Lorna—: Es el criado de James.

La voz de Peters respondió:

—Sí, señor.

—¿Ha regresado, James?

—No, no señor.

—¿Ni le ha llamado?

—Tampoco ha llamado, señor Oswald.

—Gracias, Peters.

Colgué.

—¿No dijiste que querías ir? —preguntó Lorna.

—Y voy a hacerlo, pero sin que nadie lo sepa, excepto tú.
¿Quieres ayudarme?

—Si lo estoy deseando.

—Pues escúchame bien. En la casa sólo hay un criado. Ese Peters. Iremos juntos, sólo que tú te dirigirás a la puerta principal. Llamas y esperas que te abran. Procura entretenerlo, el tiempo justo que yo tarde entrando por la puerta de servicio.

—¡Oh! Déjame de mi cuenta. Diré que... Bueno no importa, improvisando, me sale mejor, pero te aseguro que te daré tiempo suficiente. ¿Me cambio de ropa o estoy bien así?

—Tú siempre estás bien. —La abracé.

Irenne salió en aquel instante. Vestida y a punto de marcha.

—¡Oh! Nunca salgo en el momento oportuno.

Nos besamos sin hacer caso de la modelo. Se fue con un escueto:

—Que lo paséis bien.

Nos reímos cuando oímos que cerraba la puerta.

—Debías tener un apartamento para ti sola —le dije.

—Demasiado caro, cariño, además Irenne molesta poco.

—Anda, vámonos. Ardo en deseos de echar un vistazo a la casa de James.

CAPÍTULO VI

No importa aquí la excusa que buscó Lorna para entretener a Peters, pero dio excelente resultado y yo pude colarme en el interior de la casa.

Me dirigí cautelosamente a la biblioteca, que a la vez era estudio y cuarto de estar particular de mi amigo. Allí tenía la emisora de radio, magnetófonos y otros aparatos que no hace al caso describir. Un cuartito contiguo le servía para revelar fotos y por uno de los estantes repletos de libros, que se abría —sin secretos ni misterios— como una puerta que conducía a una escalera interior por la que podía subirse directamente a su dormitorio.

Conocía bien la casa, igual que el estudio de Harold o el más modesto apartamento de Jack. Ellos también conocían perfectamente mi vivienda.

Era obvio que en la biblioteca-estudio no había nadie.

Bueno. En el cenicero humeaba un «habano» a medio consumir. Lo examiné unos instantes.

Lo mismo podía fumarlo James que Peters. No hay criado que no pruebe los cigarros de su señor. El humeante puro no probaba nada en principio.

Empujé el estante y subí la escalera hasta la habitación de James.

Abrí con sigilo. La habitación estaba a oscuras, sólo la débil luz exterior sumía la estancia en una semipenumbra. Avancé hacia la ventana y cerré las cortinas, luego di el conmutador. Al inundarse el dormitorio con la luz de los apliques comprobé que todo estaba en orden... ¿Todo?

Me dirigí a la pieza contigua. Allí James tenía un pequeño despacho. Tampoco había nadie. Lo comprobé después de realizar la misma operación de cerrar las cortinas y encender la lámpara de sobremesa.

James solía ser bastante ordenado en sus cosas. ¿Era un contrasentido que sobre su mesa hubiera varios papeles y algún dossier sin recoger?

Inmiscuirme en las vidas privadas ajenas es cosa que nunca he aprobado. Pero estaba allí para averiguar algo. Algo que yo mismo ignoraba. Eché una ojeada a los papeles.

Eran facturas, un memorándum de los gastos del mes anterior y cosas por el estilo. Había también una postal, formaba parte del correo recibido aquel día. James no lo había abierto. Eso sí que probaba que no había estado allí en todo el día, o al menos desde que llegó el correo que debió ser después que él saliera en dirección al caserón.

Sí. El correo sin abrir podía ser una prueba de que Peters no mentía.

Tomé la postal entre mis manos. Era una vista de Cornwall. Miré detrás.

No podía ser más escueta:

«Saludos. Burton».

¿Burton? ¿Cornwall?

Sabía que James de vez en cuando solía ir a Cornwall, algo así como una vez por mes poco más o menos. También a veces solía ir a otros sitios. Conociendo su afición a las faldas, ni yo ni nadie hacía preguntas al respecto. Dábamos por desconocido que tras sus viajes se escondía alguna dama.

¿Burton?

Podía ser un nombre o una contraseña.

—Quizá..., quizá debería buscarle en una de las villas de aquella famosa zona costera. Sí, podía ser éste el secreto de su desaparición, pero... ¿Fue realmente a Cornwall? Si la postal significaba una contraseña para ir allí, ¿cómo podía saberlo él si el correo llegó después y estaba intacto?

No. El asunto seguía sin estar demasiado claro.

El ruido de la puerta principal al cerrarse me avisó de que Lorna había agotado sus recursos para entretener a Peters, por tanto tenía que largarme de la casa. Bueno, no es que temiera las iras del criado. Peters sabía que los amigos de James tenían vía libre, pero yo quizá me había excedido y por otra parte tenía que guardar el

anonimato de aquella furtiva visita.

Apagué las luces, descorrí las cortinas y escuché tras la puerta.

Peters se dirigió a la biblioteca. La luz que se filtraba por el pequeño resquicio bajo el panel practicable confirmó mis sospechas de que era Peters quién se estaba fumando el habano.

Cerré cuidadosamente la puerta y me dirigí a la ventana. Apoyado en el alféizar cerré los cristales, dejándolos como estaban, o sea, ligeramente entreabiertos.

La altura no era mucho y yo lo suficiente ágil como para saltar sobre el blanco césped.

Salté, pues, flexionando las rodillas y salí del breve jardín que daba acceso a la casa, vecina de otras edificaciones señoriales de parecido estilo.

Corrí hacia el coche en cuyo interior me esperaba Lorna.

—¿Tuviste tiempo? —me preguntó.

—Sí. Pero no estaba y creo que no estuvo desde que salió en dirección al caserón...

—Entonces...

—Puede estar escondido en alguna otra parte o puede..., puede no estarlo, ésta es la cuestión. Pero si lo que vi esta mañana no era una comedia, será cuestión de empezar a temer de veras por la suerte de James —dije.

Conduje en silencio. Lorna a mi lado parecía estar sumida en hondas meditaciones. Sin duda trataba de adivinar mis pensamientos.

—¿Irás esta noche al caserón? —preguntó, rompiendo el silencio.

Le contesté lo que estaba pensando.

—¿Sabes por qué preferí que fueras tú y no Jack el que entretuviera a Peters mientras yo entraba en la casa de James?

Me miró un poco sorprendida.

—Anoche —aclaré—, antes de conocer el robo en la fábrica Warners y deducir la posibilidad de que Jack pudo —en complicidad con un desconocido— salir sin ser visto por nosotros, había pensado en otro par de hipotéticas soluciones.

—¿Qué habías pensado, Frankie?

—Pues... que uno de los otros tres podía estar de acuerdo con otro, por ejemplo Jack y James.

—Entonces —razonó la inefable Lorna— no existiría ningún quinto personaje.

—O sí. Y, en consecuencia, Jack se limitó a representar una farsa que hoy pudo ratificar James, por ello y partiendo de la base que yo nada tengo que ver con la trama, no puedo fiarme de ninguno.

—Bien, pero Harold queda descartado.

—Tal vez no. Harold no ha estado nunca solo en la casa. Los únicos han sido James y Jack. Vamos a suponer que Jack no estuviera de acuerdo con James, sino con Harold. Harold se entera de que esta mañana James piensa ir a la casa y se pone en contacto con Jack que moviliza a esa quinta persona para aterrorizar a James.

—La broma seguiría siendo pesada. Pero..., ¿cómo sacaron a James sin que tú lo vieras y dónde está ahora?

—El cómo lo ignoro, el dónde también, pero donde quiera que esté puede encontrarse en calidad de secuestrado.

—Esto ya es más que una broma.

—James nos ha gastado bromas a todos. Según se mire ésta no sería de peor gusto que las suyas, sin embargo...

—¡Un momento! —interrumpió Lorna—. Olvidas un detalle.

—¿Un detalle?

—Sí. Si se tratara de un secuestro tendrían que ser más de dos personas.

—¿Por qué?

—Está claro como el agua, Frankie. Sólo pudieron sacarlo por la puerta trasera y tenía echado el pestillo por dentro.

—Eso no se me olvida.

—Entonces la persona que lo echó tuvo que quedarse dentro... ¿No lo comprendes? Tuvo que quedarse forzosamente en la casa.

—Imposible, Lorna. Registré palmo a palmo.

—Existirá otra salida —insistió Lorna.

—Todo esto que tú dices ya lo he pensado. Es la clave del misterio. Pero una clave falsa porque repito que si en la casa quedó alguien sólo podía ser... una persona invisible.

—¡Oh! —exclamó ella decepcionada.

Llegamos frente a su casa, tras un largo silencio.

—Si tuviera la certeza de que todo es una broma, les mandaría a paseo, pero desde que empezó el juego presiento algo macabro.

—Bueno, sube un momento. No pienses ahora en ello. Es más: No vayas al club. Llama y da una excusa.

—¿Creí que también estabas intrigada?

—Y lo estoy, cariño, pero temo por ti.

—Tú nunca has tenido miedo.

—Y es cierto, Frankie, pero no sé..., creo que también presiento algo extraño.

—Anda, sube. Me mantendré a la expectativa.

—Si vas a ir, llámame antes y cuando regreses. Estaré intranquila... —Me conocía bien, sabía que yo no abandonaría aquel asunto. Ella habría hecho lo mismo.

La besé y me fui para dirigirme al club. Ella agitó la mano desde el portal de la calle. Yo torcí a la derecha.

Hasta bastante después no supe lo que ocurrió en el apartamento de Lorna, pero cuando me enteré ya era demasiado tarde para evitarlo...

Ocurrió que...

Pero vayamos por partes.

En el club encontré reunidos a Harold y a Jack. Me estaban esperando.

CAPÍTULO VII

Habían decidido sin mí. Se esperaba que yo diese mi conformidad.

—Seguiremos la broma de James —dijo Harold—. Puesto que Jack fue el primero en entrar y el propio James el segundo, sólo quedamos tú y yo... Iré yo.

—¡Te acompañaremos! —exclamé decidido.

—No. Iré solo.

—Es absurdo.

—Lo absurdo es que fuésemos los tres. El que llamó por teléfono dijo que fuera «sólo uno». Está bien claro Si vamos todos no ocurrirá nada y quiero saber por mí mismo lo que pasa allí dentro. Y os aseguro que no tengo el menor temor.

Dudé, pero acabé hablando, llanamente:

—¿Has pensado en tomar alguna precaución?

—¡Oh, sí! —Y sacó una pistola, de modelo japonés—. Un viejo recuerdo de mi tío. Lo consiguió en Birmania durante la guerra. Está cargada... Ideal para asustar fantasmas... Yo no he empezado el juego, pero me está hartando y James merece una lección... ¡Oh, no temáis! No pienso cometer ningún asesinato, pero os aseguro que con un arma en la mano cualquier fantasma entra en profundas reflexiones.

—¿Y si no encontraras a James? ¿Si en la casa hubiera otra persona?

—Sigo llevando esto —y mostró la pistola.

—¡Cuidado, Harold! Este juego se está convirtiendo en demasiado macabro.

—Repito que yo no lo he empezado, pero puede que lo termine... Y ¿sabes por qué, Frankie? Esta tarde tenía una cita. Estuve ausente de casa durante tres horas. ¿Sabes lo que encontré al regresar? Media docena de telas terminadas y a punto para la venta

cortadas, hechas trizas... Ciertamente que no me cuesta demasiado hacer mis cuadros, pero algunos de ellos tienen sentido. Éstos los tenían, representaban el trabajo de varias semanas que se habrían convertido en un puñado de libras. Para eso trabajamos, ¿no? Y yo digo: Esto ya no es un juego, es la obra de un loco...

—Pero nada tiene que ver... —empezó Jack.

—No, aparentemente nada tiene que ver entre sí, pero desde anoche están sucediendo cosas muy raras. Se comete un robo con asesinato en la fábrica de perfumes en la que Jack tiene representación. Tú, con tu sagacidad de novelista, atisbas la posibilidad de que Jack tuviera tiempo de salir y entrar de la casa... Y esto también se le ocurriría pensarlo a la policía si le contáramos lo de la apuesta. Pero todos coincidimos en decir lo mismo: que no nos habíamos separado de él. Nadie habló de que estuvo en la casa, pero si insisten en averiguar nos veremos obligados a decirlo todo y no dudes que Jack quedará en posición difícil. Esto como primera parte. Luego, entro yo. Un loco me destroza las telas. ¿Y qué hago? ¿Aviso a la policía? No... Me reservo veinticuatro horas, o menos, hasta dar con James... Ha ido demasiado lejos en su broma. Éste es el motivo por el que quiero ir yo.

—Acusas abiertamente a James...

—¿Por qué no? ¿O prefieres que te acuse a ti o a Jack? De momento es él quien empezó.

—Pero anoche estuvo con nosotros cuando se cometió el atraco.

—Desde que este mediodía has hablado de la posibilidad de un cómplice dentro del caserón también he pensado bastante y mis pensamientos se han intensificado al regresar y ver el estropicio que habían hecho en mi estudio. Bien. Acepto el cómplice, pero no de Jack, sino de James... Un cómplice que puede atracar tranquilamente una fábrica y precisamente la Warners.

—Te pasas de la raya, Harold —protesté—. Es absurdo. Se ha cometido un asesinato por doce mil cochinas esterlinas.

Harold se mesó los cabellos. Había hablado sin cesar. Sus palabras surgieron de su boca como una metralleta. Estaba verdaderamente ofuscado, nervioso.

—No sé... —murmuró tras un esfuerzo por serenarse, por volver a recobrar su habitual actitud tranquila, escéptica. Lo que no recobró fue su ironía, su sarcasmo.

—Ahora hasta se mata y se roba por experimentar una sensación nueva. Por el placer de conseguir un delito perfecto, por desacreditar a la policía. No... No es posible que James haya sido capaz. No es posible... En fin —miró la pistola—. Esto no puede hacer daño a nadie. Son cartuchos sin bala, fogueo. Me ha costado encontrarlos para esa clase de arma. Me basta con que haga ruido.

Cambié una mirada con Jack.

—Te acompañaremos. Seguiremos tu coche y saldremos por la parte de atrás —dije.

—Ya he dicho a Jack que es mejor hacerlo de otro modo. Me llevo dos linternas potentes y el transmisor de radio. Lo recogí anoche de la casa y me lo llevé sin darme cuenta. Ahora podrá ser útil.

—¿Cómo? —pregunté.

—Puedes ir a casa de James y pedir a Peters que te deje utilizar la radio. No creo que ponga ningún inconveniente.

Estuve a punto de decir que había estado poco antes en la casa de James, pero me mordí la lengua, quería seguir guardando el secreto.

Dejé pues que Harold continuara.

—Estaré en contacto permanente contigo, dejaré abierto el receptor y podrás oír todo lo que sucede.

—Buena idea, pero..., —de pronto recordé algo—. ¿Por qué no lo utilizaste anoche, Jack? Cuando sentías rondar a alguien por tu lado.

—¿Eh? ¡Oh! Ya dije que pensaba que erais vosotros. No quería que os rieseis de mí.

—Fue una lástima —murmuré.

—¿De acuerdo entonces, Frank? —dijo Harold.

—De acuerdo, sí —respondí.

—¿Y qué misión me reservas a mí? —preguntó Jack.

—Ninguna. A no ser que quieras acompañar a Frank. Tú ya tuviste lo tuyo anoche.

Harold se levantó.

—Iré a mi casa para recoger las linternas y el transmisor. Tenía una cita con una modelo, cuestión de trabajo —sonrió—, lo dejaré para otro día. No obstante, quizá me retrase un poco. De cualquier modo, a las once pienso estar allí. Y ahora os dejo.

Agitó la mano a modo de despedida.

Al quedarnos solos Jack murmuró:

—No sé si estamos sacando las cosas de quicio o si de veras existe motivo para inquietarse, pero... opino que no deberíamos dejar a Harold fuera solo.

—Yo pensaba exactamente lo mismo —repliqué—. Mejor será que tú vayas a casa de James y cuides de ponerte a la escucha. Yo me adelantaré a Harold.

Jack negó.

—No. Lo haremos al revés. Tú entiendes más de cuestiones de radio, además ese Peters... No sé, a mí siempre me ha mirado como a una especie de pariente pobre.

—No digas tonterías.

—Desengañémonos, Frankie, soy yo el que está en peor situación. A vuestro lado desentono. ¿Crees que no me doy cuenta?

Iba a decir algo pero Jack siguió:

—Sé que la apuesta de anoche no fue otra cosa que un motivo para regalarme ciento cincuenta libras. Otra vez me vendisteis un boleto premiado, fingiendo no saberlo... Es una limosna menos humillante, pero limosna al fin. Hace tiempo que debí separarme de vuestro grupo, pero... quizá me faltó voluntad, a mí también me gusta vivir a lo grande.

—Jack..., te tomas las cosas por lo trágico.

—Te aprecio mucho, Frankie. Más de lo que crees, y sin embargo tú has llegado a dudar, has llegado a pensar que yo tenía que ver con el robo a Warners.

—Olvida esto, ¿quieres?

—Ya está olvidado, amigo mío, está olvidado, pero a ti te consta que de James no hubieses dudado ni un solo instante por el hecho de que él tiene dinero y yo no.

—Confundes las cosas. Yo admití unas posibilidades pensando en escritor. ¡Oh, Jack! Si fueras para mí un sospechoso..., no sé, no sé lo que haría.

—Entregarme a la policía.

—No. En todo caso convencerte para que lo hicieras, para que volvieras al camino recto. Creo que no podría ser el delator de un amigo.

Jack concluyó musitando:

—Iré yo, Frankie. Me adelantaré. Nadie me verá. Tomaré un taxi. No ocurrirá nada, pero por si acaso...

El camarero se acercó para decirle que le llamaban por teléfono.

—¿Quiere el supletorio? —preguntó.

—Sí, tráigalo.

Enchufaron el aparato, que quedó sobre la mesa. Jack lo tomó.

—¿Diga? ¿Ah, eres tú?

—... Sí... Sí. Comprendo.

—...

—No. Lo siento. Esta noche no puedo.

—...

—Sí, he comprendido perfectamente.

—...

—No puedo, tengo que hacer. Gracias por llamarme. Ya nos veremos.

Colgó. Sonrió como excusándose.

—Uno también tiene sus..., sus amistades, pero primero es el deber. De alguna forma he de corresponder. En fin, Frankie, hasta mañana, o hasta cuando sea.

Me quedé sentado a la mesa como un idiota.

Todo aquello parecía habernos disgregado, por lo menos había desnudado un poco nuestras almas. Era como si la amistad de tantos años, repentinamente, se hubiese convertido en mutua desconfianza.

«¡Maldito juego!», pensé.

Consulté el reloj. ¡Cómo había pasado el tiempo! Eran las diez.

Pensé en Lorna. Había quedado con ella que le telefonaría. Sí, seguramente, me dije, estaría más tranquila en que me quedara en la city.

Me dirigí a una de las cabinas y marqué su número. Tuve que esperar un buen rato.

Al fin me contestó Irenne:

—¡Oh! Eres tú, Frankie. Hasta su voz sonaba picaresca. No sé por qué me la imaginé en una de sus poses y, por supuesto, en deshabillé. —El trabajo se ha suspendido, ¿sabes?; por esto regresé a casa...

Fue entonces cuando me enteré de lo que había ocurrido en el apartamento. Irene me lo contó.

—... Enseguida que llegó le noté que estaba preocupada. Yo ya había regresado. Me contó todo este apasionante misterio. Le dije que rió se lo tomara en serio, pero...

—Gracias por tus buenos oficios, Irenne —la corte—, pero ¿quieres decirle que se ponga ella?

—Es lo que estoy tratando de decirte, Frank. No está.

—¿Que no está?

—No. Se fue. Hace cosa de veinte minutos.

—Pero ¿adónde ha ido? —pregunté, ya un poco inquieto.

—Dijo que temía por ti y temía que no la llamaras.

—Oye... ¿Te habló del caserón de la costa?

—Sí, habló de esto. Creo que es allí adonde ha ido.

Pero... ¡Dios mío! ¿Cómo había podido ocurrírsele?

—Gracias, Irenne. —Colgué.

Consideré imprescindible de todo punto dar con ella. No podía dejarla sola en un lugar como aquél. No. Ahora sí tenía miedo de verdad. Miedo por ella.

CAPÍTULO VIII

Había saltado sobre mi coche y pisaba a fondo el acelerador para llegar cuanto antes. Confiaba cuando menos encontrarla en algún cruce porque Lorna sabía más o menos el emplazamiento de aquella maldita casa por las indicaciones que le había hecho, pero no podía saber el lugar exacto. Esto era lo único que tenía a mi favor y daba gracias al cielo por ella.

Me la imaginaba conduciendo su pequeño utilitario, con la idea fija de estar presente a los posibles acontecimientos. Sí. A Lorna cuando se le metía algo en la cabeza no había quién se lo arrancara.

Traté de serenarme. Llevaba una buena marcha e indudablemente llegaría al pie del montículo antes de Harold y hasta probablemente alcanzaría el taxi de Jack.

Llevaba recorridos cincuenta kilómetros y había empleado sólo treinta y cinco minutos. Si había salido del club a las diez y diez minutos, y las manecillas luminosas de mi reloj señalaban las diez y cuarenta y cinco. El cruce o desviación que debía tomar estaba a mi izquierda. El camino sin asfaltar me obligó a reducir la marcha. A unos cuatro kilómetros arrancaba el otro camino que en apariencia parecía no conducir a ninguna parte, pero que en realidad llevaba a la parte lateral, posterior.

Reducí más la marcha a medida que me acercaba al cruce. ¿Qué camino debía tomar?

Me extrañaba no haber divisado el coche de Lorna. A pesar del cuarto de hora de ventaja, mi coche corría más. Claro que quince minutos son quince minutos...

De pronto tuve una idea. Dejé los faros encendidos y tomé, además, una linterna de mano y me apeé.

Examiné la tierra en busca de huellas.

No. No las encontré. El viento había borrado posiblemente el dibujo de los neumáticos, de mis propios neumáticos, que dejé por

la mañana. Sólo se percibían las rodadas pero bastante difuminadas. No existían huellas recientes. También resultaba extraño. Sí, porque Jack me había precedido... A menos que... a menos que algo le hubiese entretenido y viniera detrás de mí.

Examiné la senda, digamos, secundaria. Tampoco había en ella la menor señal reciente.

Dudé sobre la conveniencia de seguir adelante o esperar en el cruce.

Opté por lo primero.

Seguí por el camino de la derecha. El que conducía al pie de la colina.

Me detuve al amparo de unos setos antes de llegar al descubierto. Era obvio que allí no había coche alguno.

«Seguiré hasta arriba», me dije, y corrí entre los arbustos. La colina pelada con la silueta difuminada del caserón quedaba bastante lejos, a mi derecha.

Al llegar a la parte alta vi perfectamente el coche. Era el auto de Harold. Había llegado antes de lo previsto. El vehículo estaba vacío. Pensé que debía estar en la casa. Era obvio que Jack no había llegado todavía, pues de haber hecho el viaje en taxi me habría cruzado con él. Pero la que más me preocupaba era Lorna.

«Lo más probable, dije para tranquilizarme, es que se haya equivocado de camino».

Fue entonces cuando vi avanzar el coche, iba con los faros apagados. No podía verlo bien.

El auto avanzó con el mismo sigilo hasta situarse detrás del otro, o sea del de Harold.

La puerta se abrió. Di un suspiro al verla a ella. Sí, era Lorna.

Se sobresaltó al verme.

—¿Cómo se te ha ocurrido...? —empecé.

—No pude resistir la tentación, Frank... ¿Has llamado a casa?

—Sí. Y cuando Irenne me lo dijo no sé lo que sentí... Tenía miedo por ti, Lorna.

—No hables fuerte. Hay otro coche a unos... doscientos metros.

—¿Un taxi?

—No he podido ver bien. Iba delante de mí. De pronto le perdí la pista, pero lo volví a encontrar. Está escondido entré unos setos. Yo creo que se escondió para que no le viera. Cuando pasé fingí no

verle, pero está allí. Y no creo que sea un taxi. Es más bien pequeño.

—Jack no tiene coche. Pero... James tenía uno pequeño. Últimamente no lo utilizaba, creo que ni siquiera lo tenía en el garaje.

De pronto me interrumpí. Se me había ocurrido otra cosa que preguntar a Lorna.

—¿Cómo se te ha ocurrido pasar por ese camino? No es fácil encontrarle.

—¡Ya lo creo que es fácil! Lo que ocurre es que hay que encontrar exactamente el sitio adecuado, como en un laberinto. Yo he tenido que dar varias vueltas y tenía miedo a que se me pinchara alguna rueda; aquel campo parece un vertedero de basuras y chatarra.

—¿Qué campo?

—Por donde pasé.

—No comprendo. Yo sólo conocía dos caminos.

—Pues el coche que iba delante de mí también tomó el mismo porque por aquella parte no hay otro.

Aquello me extrañó todavía más, un camino desconocido para mí. Un coche distinto...

—¿No piensas entrar? —me preguntó Lorna interrumpiendo mis pensamientos.

—No. Quizá sea más interesante ver ese coche y a su propietario.

—Juraría que estaba dentro y se acurrucó para que no le viera cuando pasé.

—Entonces vamos.

La tomé por el brazo y seguí por el sendero de gravilla. Anduvimos unos cien metros; entonces el terreno entraba en una depresión y el camino se desviaba a la izquierda para unirse al otro.

Lorna me indicó que continuara por arriba.

—¿Por aquí? —indagué.

—Sí. Por aquí vine.

Era sólo terreno yermo bordeando el acantilado. Un poco más allá comenzaban los arbustos hacia la parte izquierda, dejando un sendero muy justo y peligroso, piedras puntiagudas sobresalían de la tierra con evidente peligro para los neumáticos.

Lorna me indicó el lugar donde había visto el coche.

—Ahí, entre esos setos.

Nos agazapamos.

Sin perder aquella exquisita femineidad que tanto apreciaba en Lorna, se me antojó que se comportaba como un comando. Se pegó materialmente al suelo.

—Si el tipo del coche hubiese salido le habríamos visto —me susurró al oído.

—Quédate aquí. Avanzaré solo.

—Vas a tropezarte con él. Sólo hay diez metros de setos; lo demás es terreno yermo, despejado.

Avanzó a mi lado, apartando los hierbajos.

—No comprendo —musitó—. Debía de estar aquí.

—Pues aquí no hay nada. Es evidente.

Saqué una pequeña linterna en forma de lapicero que llevaba siempre en el bolsillo. La luz, pese a la pequeñez del artefacto, era bastante intensa. La dirigí hacia el pequeño claro formado por la misma vegetación.

No había ni rastro del coche mencionado por Lorna.

—Es inaudito —exclamó ella—. Le vi con mis propios ojos.

—Quizá su ocupante no deseaba ser visto o descubierto —murmuré.

Me fijé bien en el sitio y con la pequeña linterna pude ver que en efecto allí existían huellas recientes de un coche.

—Creo que será mejor que nos vayamos.

—¿Sin entrar en la casa?

—Lo haré. Pero con una condición: tú te quedas fuera. Dentro del coche. De mi coche. En la parte de abajo. Si ves algo anormal, toca el claxon.

—¡Oh! Déjame entrar contigo, Frankie.

—No —repliqué tajante—. Ya ves que están sucediendo demasiadas cosas extrañas.

—¿Y mi coche?

—Lo llevaremos a la parte de abajo. Al regresar cada cual lo hará con el suyo.

—Está bien —replicó ella de mal talante.

Admiraba su sangre fría. Habría entrado en el caserón tan campante, mientras a un noventa y nueve por ciento de mujeres su

sola presencia en la noche les habría infundido un serio terror pánico. O acaso la curiosidad femenina es más fuerte que el mismo miedo. No sé, quizá no conozco demasiado a fondo la psicología femenina.

Descendimos la colina con el pequeño utilitario de Lorna, que colocó junto al mío.

—Ten cuidado, Frankie —me dijo cuando yo me disponía a marchar hacia el caserón.

—No te preocupes. De momento me limitaré a cumplir la misión que habría hecho Jack... Lo extraño es que no haya venido. En fin...

Avancé hacia la casona. Todo parecía en orden.

Di un rodeo, comprobando que las ventanas estaban cerradas. Por ningún resquicio salía luz.

Esperé varios minutos en la parte lateral izquierda. Si alguien salía por alguna de las dos puertas tenía que verle.

Ya sé que Harold había insistido en quedarse solo, pero aquella espera me parecía absurda. Decidí acabar de una vez. Saqué las llaves de mi bolsillo y me dirigí a la parte delantera.

Intenté abrir. La llave giró sobre la cerradura. Me encontré con lo mismo de la mañana. El pestillo estaba echado por dentro.

¿Se estaba repitiendo la historia?

—Harold. Soy Frank. Contesta —grité.

Nadie respondió. Exactamente igual que por la mañana, pero sin el espectáculo a través de los cristales.

Intentar cargar contra la puerta era completamente inútil. Lo sabía por experiencia.

Grité de nuevo.

—¡Harold! ¡James! ¡Vamos, James, se acabó la comedia! —pensé que si James estaba dentro y, me suponía al corriente de la hipotética broma, quizá se decidiera a abrir.

Fue inútil.

Golpeé con los puños la puerta sin resultado.

Probé fortuna en la parte trasera, pero nada. La casa estaba cerrada por dentro; por tanto, forzosamente tenía que haber alguien.

Se me ocurrió que... Bajé corriendo hasta el coche.

—Escucha, Lorna... Quienquiera que esté en la casa teme salir

para no ser descubierto.

—Pero si es Harold...

—Harold no contesta y esto me extraña, así que voy a quedarme aquí hasta que sea necesario, pero tengo algo que tú puedes hacer.

—De mil amores.

—Hay un caserío a unos quince kilómetros, queda en la parte alta. No sé cómo se llama exactamente, pero creo recordar que hay una cabina telefónica.

—Sí. La he visto...

—Bien... Llama al número que te daré. Es la casa de James. Se pondrá Peters, dile que conecte la radio, el botón de la izquierda, y que ponga una frecuencia de onda de... Espera, te lo daré por escrito para que no se te olvide.

Anoté el número y todo lo que Peters debía hacer.

—Dile —añadí— que pregunte si está Harold o James o Jack, que insista. Dentro de la casa hay un receptor. Lo llevaba Harold. Insiste en que es muy urgente. ¡Ah! Y lo más importante: que repita que yo espero noticias.

—¿Y tú te quedarás?

—Sí. Alguien tiene que salir.

—¿Qué hago después?

—Ven si quieres, pero no te garantizo el rato que tendrás que esperar.

—No me pierdo esto —sonrió ella.

—Llévate mi coche. Es más rápido. ¿Tienes dinero suelto?

—Sí, creo que sí.

—Está bien... —dudé un momento—. Supongo que no ocurrirá nada. De todos modos, si en algún momento tuvieras la sospecha de que alguien te sigue, pisa a fondo y no pares hasta llegar a tu casa.

No, sinceramente no podía suponer que corriera ningún peligro, por eso la mandé.

Una vez fuera subí nuevamente pero esta vez por el lado de los setos.

Al llegar a lo alto me esperaba una increíble sorpresa. El coche de Harold había desaparecido.

CAPÍTULO IX

Lo primero que se me ocurrió fue volver a la casa e intentar entrar. Pero seguía cerrada por dentro.

«Esto es increíble, me dije a mi mismo...».

Que no oyera el ruido del coche tenía una explicación. Con la suave pendiente bastaba con desfrenarlo para que tomara velocidad y poner la marcha lo suficientemente lejos como para no oír el ronquido del motor, lo que por otra parte facilitaba la dirección del viento, pero que la casa permaneciera cerrada por dentro...

Entonces sí que comencé a temer de veras por Lorna. ¿Y si ella lo descubría por el camino? ¿Si intentaba adelantarle en caso de ir delante, o lo viera por el retrovisor si iba detrás...? ¿Cómo reaccionaría el conductor? Por descontado que si fugazmente había pasado por mi mente la idea de que aquello fuese una broma, ahora descartaba toda posibilidad. No... Aquello era algo más que una broma aunque no acertara a comprender el significado real de tan absurdos sucesos.

¿O era acaso mi mente de novelista la que veía más allá de la realidad?

Por si acaso abandoné el lugar. La seguridad de Lorna volvía a ser la más importante para mí.

No estaba.

En la cabina telefónica no había el menor rastro de ella, ni en la carretera se veía su coche.

«Demasiado tarde», pensé.

Miré en torno, Todo desierto. Arriba, en el promontorio la aldea con las luces apagadas.

A la derecha había el desvío que conducía hacia el caserío.

De repente una luz cegó mis ojos. Eran los faros de un coche que salía de aquel punto.

Me aparté a un lado protegiéndome los ojos con el antebrazo.

Los focos se apagaron.

—¡Oh! —Lancé un suspiro.

Era ella. Lorna.

—¿De dónde sales? Buen susto me has dado.

—Detrás de mí venía un coche. Ignoro si me seguía. Hice lo que tú me dijiste, pero en vez de irme a casa tomé el desvío y esperé.

—Menos mal.

—Me fijé en el coche, Frank... Aunque pasó veloz juraría que era el de Harold. El mismo que vimos cerca de la casa.

—Y no te equivocas. Por eso he venido. Temía por ti.

—Entonces... ha..., ¿ha salido alguien?

—Yo no le he visto, Lorna. Quizá cuando llegamos, ese «alguien» ya estaba en el coche. Pero lo curioso y desconcertante es que la casa sigue cerrada por dentro.

—Vamos a llamar a Peters... No me ha dado tiempo.

—Lo supongo, pero creo que ya no importa. Iré personalmente y mañana, según vayan las cosas, quiere poner en claro esto de una vez.

Me extrañó que Peters me abriera sin hacerme esperar. Le suponía durmiendo y sin embargo me abrió en mangas de camisa.

—Celebro que haya venido, señor Oswald, no sabía si llamar a la policía. No es por el señor; a veces suele ausentarse uno o dos días, aunque esta vez no me haya avisado.

—¿De veras, Peters, usted no sabe nada? —pregunté pasando al vestíbulo.

—¿Nada de qué, señor Oswald?

—A nosotros tampoco nos dijo que se ausentaría... Suponemos que se trata de una broma, sin embargo... En fin, ¿qué era lo que ibas a decirme?

—Verá, señor Oswald... Me gusta leer y al señor no le importa que coja sus libros.

—De acuerdo, de acuerdo...

—Estaba en la biblioteca con un buen libro cuando, hace cosa de dos horas —consultó su reloj—, sí, eran las diez y cuarenta minutos, recuerdo que lo miré... Bien, pues oí la señal de la radio del señor.

—¿Estaba abierta?

—El señor solía dejar la onda receptora abierta siempre; me

tenía dicho que si alguna vez captaba alguna señal y él no estaba tomase nota del mensaje y que se lo comunicara si se trataba de algo urgente... Una vez pidieron un medicamento urgente y el señor...

—Sí, sí, sé algo de esto, pero continúa con lo de hoy.

—Pues bien..., al oír la señal comprobé que la llama —ida era directa.

—¿Entiendes de radio, Peters?

—Algo. Me lo ha enseñado el señor.

—Ya. ¿Y de dónde procedía la señal?

—No lo sé, señor, pero una voz le llamaba a usted insistentemente.

—¿Conoce usted a Harold, el pintor?

—Claro que sí.

—¿Era su voz?

—Ahora que lo dice... Pues, tal vez... No podría asegurarlo, sin embargo...

—¿Y me llamaba a mí?

—Eso pensé. Primero dijo: Frank... Frankie... —Yo diría que hablaba muy quedamente. Luego gritó. Pronunció su nombre y su apellido. Oí unos ruidos y me pareció como si quisiera decir: asesino... No lo dijo claramente. Se interrumpió enseguida la conexión. Intenté establecer contacto, pero fue inútil.

—Dices que ocurrió a las diez y cuarenta minutos.

—De esto estoy seguro, señor Oswald. Llamé al club y luego busqué en el listín el número de su apartamento, pero en ningún caso obtuve respuesta.

—Diez cuarenta. Yo llegué, aproximadamente, diez minutos más tarde, pero entre subir y todo pongamos de quince a veinte minutos...

—¿Subir a dónde, señor? ¿Acaso esperaba esa llamada?

—Estoy haciendo unos cálculos, Peters... Ahora pienso que ha sido una verdadera lástima que no estuviera aquí. Déjame usar el teléfono.

Sin esperar su consentimiento me dirigí al aparato de la mesita del salón y marqué el número de Harold.

Como esperaba no hallé respuesta.

Marqué el del apartamento de Jack.

Dejé sonar el timbre sin que nadie contestara.

—¿Es algo grave, señor? —inquirió el criado.

—Me temo que sí.

—Cree que hay que avisar a la policía.

—¿A la policía? Quizá convenga esperar hasta mañana. Quisiera hablar primero con Jack. El no estaba allí.

—¿No estaba dónde, señor?

—No le habló el señor Hilton que había adquirido un viejo caserón.

—Sí. Algo me dijo y estaba entusiasmado. Creo que nunca le había visto tan optimista.

—James era muy optimista, Peters.

—Sí, señor, pero en estos últimos tiempos, si me permite, y sin que ello sea interpretado como una crítica había cambiado, se diría que estaba preocupado por algo.

—Pues con nosotros no lo demostró.

—Sabía sobreponerse. Era una cualidad que siempre admiré en él...

—Peters, ¿desde cuándo está usted a su servicio?

—Pues, prácticamente, le —vi nacer. Cuando yo entré al servicio del padre de mi señor, él era un niño, contaba dos años. El señor Hilton padre murió joven y la señora no tardó en seguirle. Fueron malos tiempos.

—Sí. Fue entonces cuando nos conocimos en la Universidad.

—El señor supo reponerse de la desgracia.

—Y debió cogerle una gran confianza.

—En efecto, señor... Cuando regresó de su viaje por Europa...

—Sí, recuerdo que estuvo unos años ausente.

—... me dijo que indemnizara al resto de la servidumbre, que no necesitábamos tanto personal. Éramos cuatro, la cocinera, dos doncellas...

—Sí, también lo sé, pero dígame... el motivo de esa preocupación de los últimos tiempos. ¿No le explicó nada?

—No, señor, fue lo único que no me contó.

—¿Le contaba también sus aventuras amorosas?

—¡Oh, señor! Ése era, en cierto aspecto, su lado negativo, pero siendo soltero ya se sabe...

—Ha dicho usted «era». ¿Por qué en «pasado»? Las mujeres

siguen gustándole.

—Últimamente había cambiado su ajetreada vida en este sentido.

—¿Y qué me dice usted de Cornwall?

—¿Cornwall?

—Sí. ¿No recibe con frecuencia postales de Cornwall?

—Pues... que yo sepa, no, señor. Espere. Creo que hoy... Es decir ayer por la mañana recibió una. ¿Cómo sabe usted...?

—Casualidad, Peters —repliqué quitándole importancia—. Lo dije simplemente porque creí que en Cornwall pudiera tener alguna aventurilla. ¡Oh! No es que me importe, pero esta ausencia repentina y usted mismo dice que a veces suele ausentarse.

—Sí, pero me avisa.

—Y suele ausentarse una vez por mes.

—Más o menos —admitió Peters—. Aunque no creo que sus viajes respondan a una cita amorosa; precisa mente antes y después de su marcha es cuando más abatido le encuentro.

—Es curioso. No creí que tuviera problemas.

—Ignoro si los tiene, señor, aunque es natural que todos tengamos los nuestros.

—Graves han de ser si usted lo ha notado. Económicos no serán...

—Lo ignoro, pero... en cierta ocasión le vi... Bueno, no sé si debo...

—Peters, yo soy uno de los mejores amigos del señor Hilton y trato de ayudarle porque esa desaparición ya empieza a preocuparme.

—Bueno. Sé que algunas veces ha tenido entrevistas con banqueros y algo veladamente me dijo que había vendido ciertas tierras del norte. Nunca pensé que se tratase de aprietos económicos, pues el patrimonio del señor es realmente notable.

—¿Y cuándo empezó a notar, digamos, esa depresión, esa falta de optimismo que tan bien sabía disimular en público?

Hacía las preguntas por pura intuición, sin saber exactamente lo que buscaba, ni adónde me conducirían las respuestas de Peters, pero tenía la íntima convicción de que algunos datos cogidos al azar podrían ayudarme. En principio ese estado de preocupación que mostraba en privado era algo nuevo para mí.

Peters pareció hacer memoria.

—Creo que hace cosa de un año. Sí... Y fue a raíz de un viaje.

Recordaba una de mis novelas en las que había utilizado un viejo truco... El envío de postales, servían para poner en contacto a dos personas. Formulé la pregunta sin titubear:

—¿Ha reparado usted si esos viajes mensuales se producen inmediatamente después del recibo de una postal?

—Pues... sí. Es posible. Me tengo por buen observador y ese detalle se me pasó por alto. Por favor, me intriga usted, señor Oswald... ¿Sospecha alguna cosa que pueda perjudicar al señor?

Peters, el mayordomo de la vieja escuela estaba tan intrigado como yo.

—Ojalá supiera algo, pero de momento sólo cabe la hipótesis de que alguien poco grato para él le citaba a través de esas postales.

—¿Un chantaje?

Le miré a los ojos. El mantuvo mi mirada.

—También cabe en lo posible.

—Es increíble para mí. El señor no tiene nada que ocultar.

—Algún lío de faldas.

Peters se mordió los labios.

—Ha conseguido inquietarme —murmuró tras un silencio.

—Quizá estemos haciendo un castillo de un grano de arena.

—Pero ese grano es el que me preocupa, señor Oswald. Que a mi señor algo le preocupaba era evidente. Es más... Hace unos tres meses escribí una carta. La tiene en su caja fuerte. Va dirigida a sus amigos, a usted, al señor Harold Flanagan y al señor Jack Torent. Me dijo que si algún día le sucediera algo la entregara a cualquiera de ustedes.

—Entonces temía que le sucediese algo...

—No me dio ninguna otra explicación, pero me honró con su confianza una vez más al facilitarme la combinación de su caja fuerte.

—Esperemos que no tenga que abrirla por ahora, Peters...

Hice intención de dirigirme hacia la puerta. El criado me rogó:

—Por favor, si cree que yo puedo hacer algo...

—Esperar hasta mañana. Si no tenemos noticia del señor Hilton quizá habrá llegado el momento de avisar a la policía.

—¿Y la llamada de esta noche...?

—También, Peters, también puede que tengamos que llamar por Harold Flanagan.

Me despedí y regresé al coche. Una sospecha iba tomando cuerpo en mi mente. Aquellas postales, aquellos viajes...

Sí, a James Hilton alguien le estaba haciendo víctima de un chantaje.

Pero..., ¿qué relación podía tener esto con los extraños sucesos del viejo caserón?

¿Por qué James demostró tanto contento cuando descubrió aquel caserón que se empeñó en comprar a toda costa y hacernos a la vez copropietarios?

¿Qué es lo que se proponía James Hilton?

CAPÍTULO X

James Hilton no se proponía absolutamente nada. No podía hacerlo. La razón venía en todos los periódicos.

Su «Rolls-Royce» había sido encontrado despeñado, cerca de la costa de Cornwall. El cuerpo de James, carbonizado, estaba en su interior.

Según el periódico sólo pudo ser identificado por lo que quedaba de sus efectos personales, el reloj, un solitario de oro con brillante y su chamuscada documentación.

Pero la noticia no terminaba ahí.

En el coche había otro cadáver, cuya identificación resultó más difícil todavía, pero por lo que quedaba de sus papeles, por su complexión física y por una nota que milagrosamente no fue afectada por el fuego se supo quién era.

Yo examiné la letra. Era una especie de borrador de un pedido de herramientas.

—Sí —dije al superintendente—, no hay duda de que se trata de Jack Torent.

Examiné a sí mismo lo que quedaba de sus documentos.

—Sí, tampoco hay duda. Vivía en Old Brigde, 16, en el permiso de conducir quedan las últimas letras y el número y parte del apellido. Además... —Una cadena que siempre llevaba colgada al cuello—. Esto también le pertenecía, colgaba de ella un amuleto, no le sirvió de mucho.

—¿Qué amuleto?

—Era una figurita de madera, de china creo, debió consumirse con el fuego.

El superintendente se sentó tras su mesa y se arrellanó en la butaca giratoria.

—Bien, señor Oswald, ahora explíqueme todo lo que sepa...

Llevaba dos horas en el departamento, primero para identificar

los cadáveres. No fue nada agradable por cierto y luego había empezado a contar la historia que había empezado dos días antes con la toma de posesión del caserón.

Así, pues, desde que leí la noticia en la Prensa matutina, ya me dirigí al Yard dispuesto a referirlo todo.

Aclaré todas las dudas que el superintendente iba teniendo de acuerdo con mi relato.

—Ahora hablemos de su, amigo el pintor.

—Seguramente no tardaremos en tener noticia de algún otro accidente.

—Según usted —me dijo— no parece creer en que haya sido verdaderamente un accidente la muerte de sus dos amigos.

—No sé qué pensar, pero si hay una cosa cierta es que el misterio, el hilo de la trama parte de ese maldito caserón.

—Quedamos que el primero en desaparecer fue James Hilton, tras esa especie de pantomima que usted mismo vio a través de los cristales.

—En efecto. Pero no sé por qué no creí que fuese una comedia.

—¿Quién podía querer hacer daño a Hilton?

—Lo ignoro. —Ale callé lo de mis suposiciones de chantaje. Si algo malo tenía que ocultar James, no era después de muerto el momento de echarle más tierra encima.

—Bien... Después de James Hilton, fue el pintor.

—Sí, señor, ya le he dicho que ocurrió, más o menos, lo mismo, sólo que no pude ver el interior.

—A pesar de ello y tras las dos fantásticas desapariciones, los cadáveres son encontrados en Cornwall y en vez de pertenecer a los supuestos desaparecidos, uno es el de Jack Toront, sospechoso de robo, pero con una perfecta coartada facilitada por ustedes, que anoche, siempre según sus manifestaciones, no estaba en las inmediaciones del caserón.

—Eso es lo que me extraña. Jack tenía que ir y vigilar desde fuera... Pero no estaba.

—En cambio estaba usted con su prometida.

Me pareció que el tono del superintendente era un tanto mordaz con una sutil ironía que no trataba de disimular.

No se lo reproché. Aquella historia era demasiado fantástica, todo estaba rodeado de un hálito novelesco propio de épocas

pretéritas.

—Soy yo el primero en considerar los hechos como una cadena de absurdos, algo tramado por la fantasía de un loco.

—He oído muchas historias increíbles en mi vida, señor Oswald. Algunas más fantásticas que sus novelas... He leído alguna, tiene usted realmente imaginación, pero en la realidad hemos asistido a casos que superan a su fantasía de novelista, pero siempre ha habido un motivo más o menos claro. Sin embargo en el asunto presente nada tiene lógica, y no se hacen las cosas sin un fin premeditado.

—He pasado muchas horas buscando ese posible fin —aduje.

—¿Por qué no avisó antes a la policía? —Me preguntó de pronto y yo ya esperaba que lo hiciese.

—Surgieron algunas dudas... de que todo se tratase de una broma.

—Sí. Eso le disculpa en parte, pero usted ha dicho que jamás creyó seriamente que fuese una broma.

—Tenía un presentimiento.

—¿Tenía motivos para presentir que algo no marchaba bien?

—No. Confieso que no. Y le dije que al principio no fue una broma sino una apuesta para favorecer a Jack Torent.

—Sí, sí, pero ya hemos visto que de poco le ha servido.

—No acabo de comprenderlo... ¿Por qué Jack?

—¿Y por qué James?

—Sí, claro.

—Y ese pintor...

—Confieso que he perdido el hilo.

—No es su oficio, señor Oswald...

—Sin embargo —dije sumido en mis recuerdos—, cuando Jack al salir aquella noche habló de que alguien había rondado a su alrededor e incluso le golpearon le creí, a pesar de que al registrar la casa no encontramos a nadie, pero luego, al día siguiente, cuando vi aquellas manos, el rostro descompuesto de James y la puerta cerrada por dentro...

—Ahí está el quid de la cuestión, señor Oswald. Cuando una casa está cerrada por dentro es que hay alguien. De eso no le quepa la menor duda.

—Me gustaría ir con sus hombres, señor. No estorbaré, pero

desearía ver qué es lo que encuentran que a mí pudiera escapárseme.

—Irá conmigo... A propósito. ¿Tiene idea de a quién irá a parar el dinero de James Hilton? Quiero decir a quién beneficia su herencia.

—No lo sé. No hablamos nunca de ello, pero que yo sepa no tiene familia.

—Pero tendrá testamento...

—Eso me recuerda que Peters su criado tenía una carta para nosotros para el caso de que le ocurriera algo.

—¡Ah! Luego, temía...

—No lo sé...

El teléfono interrumpió brevemente nuestra conversación. Cuando el superintendente terminó de hablar me comunicó:

—Peters está aquí. Quiere identificar el cadáver de James Hilton. ¿Quiere venir conmigo?

—Sí, señor.

—Venga, Williams —ordenó al inspector, al que ya había conocido.

Mientras caminábamos por el largo pasillo tras el superintendente, pregunté al inspector:

—¿Consiguió averiguar algo del robo en la Warners?

—Por ahora no.

—¿Todos los sospechosos tienen coartada? —pregunté.

—Así parece, pero seguimos investigando...

—Oiga —insistí—, dijo algo el gerente de la fábrica cuando supo que su sospechoso número uno no pudo haber sido.

—Señor Oswald, aunque comprendo su natural curiosidad no puedo revelar secretos de la investigación, aunque sí he de decirle que después de la historia que nos ha contado, su amigo de vivir seguiría siendo sospechoso, porque pudo perfectamente salir de la casa y volver a ella. ¿O es que no lo había pensado?

Preferí guardar silencio. Creo que Williams había adivinado mi pequeño secreto.

La sorpresa, sin embargo, nos aguardaba en el «frigorífico». Bueno, donde estaban los cadáveres de James y de Jack.

Fue realmente una casualidad, pero las casualidades forman parte de la vida cotidiana de todo ser humano y a menudo una

casualidad, un hecho fortuito, ha servido para desentrañar grandes misterios.

Me explicaré.

Peters recibió una fuerte impresión ante la visión de un cadáver cuyo rostro estaba carbonizado.

Recuerdo su expresión de horror. Su exclamación queda:

—¡Dios mío!...

Se volvió hacia donde estaba yo, junto a los pies del cadáver.

El encargado iba a retirarlo pero el lienzo que lo cubría se enganchó con algo y quedó ligeramente colgando dejando al descubierto parte de las piernas de James.

Los ojos de Peters se agrandaron.

—Un..., un momento —tartamudeó.

—¿Ocurre algo? —preguntó el superintendente.

Peters se acercó a nosotros. Su mirada estaba fija en una de las pantorrillas de James. La derecha exactamente.

—No. No es posible —murmuró.

Las piernas —la parte de las pantorrillas sobre todo— era la única parte que se había librado del fuego o por lo menos presentaba únicamente leves chamuscones.

—¿Qué es lo que ha visto usted? —insistió el jefe.

—Es extraño, pero juraría que ese hombre no es el señor... No...

—¿Por qué?

—Quizá esté equivocado, pero... el último día que le vi..., cuando vino aquella mañana... Hace dos días exactamente —puntualizó—, subió al desván en busca de no sé qué cosa. Al salir oí un ruido y me apresuré a ver lo que ocurría. Y vi que se había caído. La escalera está un poco vieja.

—¿Se hizo alguna herida?

—Un hematoma. Se le hinchó bastante. Fue ahí..., en la espinilla. ¿Cree que en dos días no se notaría?

Todos nos volvimos hacia el superintendente.

—¿Dos días? No. Supongo que quedaría alguna señal. Comprobaremos esto, Peters y puede que nos haya hecho un gran servicio porque esto demostraría que este hombre no es el que suponíamos.

—¡Harold! —exclamé yo—. Tiene que ser Harold Flanagan.

—Entonces —replicó el superintendente—, quien le puso las

ropas de Hilton, sus joyas y su documentación quiso que le confundiéramos con Hilton, en cuyo caso ya no existe duda de que se trata de un asesinato...

CAPÍTULO XI

Íbamos camino del caserón. Aparte del chófer y del inspector Williams que ocupaban la delantera del vehículo, estamos el superintendente y yo en los asientos traseros. Nos precedía otro coche, con otros cuatro agentes del Yard.

«Sólo uno mismo puede tener motivos para que le crean muerto», murmuré. Era lógico y pensé en el posible chantaje de que era objeto James. Admitiendo que fuera cierto que alguien le sacaba dinero era una magnífica razón para querer «desaparecer».

Ello habría justificado la comedia previa, pero no los crímenes... Admitir que James fuese un asesino me costaba. No, nadie admite que alguien a quien durante años ha llamado amigo pueda cometer un crimen premeditado, a sangre fría... ¿O tal vez no tuvo más remedio?

¡Oh, no! El podía confiar en nosotros. Si su plan era hacerse pasar por muerto y Jack y Harold lo descubrieron no tenía por qué asesinarlos. No... No podía caberme en la cabeza.

—No se atormente —dijo el superintendente como si pudiera leer mis pensamientos—. Cuando sepamos los datos habremos dado un paso de gigante. Mientras nosotros averiguamos los posibles misterios del no menos misterioso caserón, en el laboratorio trabajan intensamente.

Le interrogué con los ojos.

—Tenemos métodos muy modernos, señor Oswald. Usted debe saberlo. Para escribir sobre una materia es necesario documentarse.

—Procuró estar al corriente de todas las innovaciones en materia de criminología —respondí.

—Entonces sabrá usted que existen métodos prácticamente infalibles para identificar un cadáver. No tardaremos en saber si Peters tenía razón al dudar de que el cadáver perteneciera a Hilton. Por otra parte y, vistas sus declaraciones, el juez habrá firmado una

orden para entrar en el apartamento de Harold Flanagan. Por cierto para ahorrarnos trabajo. ¿Sabe usted el nombre de su médico y de su dentista?

—Dentista no sé qué lo haya necesitado nunca, pero el médico era un tal doctor... Espere... Steinberg... Eso es, Stemberg; lo que no recuerdo bien es su domicilio.

—Quizá le haya hecho alguna radiografía, algún análisis, en último caso tendrá un historial clínico.

—Es posible... A Harold le molestaba el hígado con cierta frecuencia.

—Un dato excelente y fácil de comprobar en la autopsia.

—¿Y qué me dice de Jack?

—Tampoco sé que hubiese ido al dentista e ignoro si tenía médico fijo. Bueno, Jack era un poco reacio en estas cuestiones. No tenía muy buena opinión de los médicos.

—¿Estaba completamente sano?

—Que yo sepa, sí. Igual que James.

—Bien, según parece hemos llegado —replicó el superintendente.

—Sí, aquí es —dije al comprobar que efectivamente habíamos llegado a aquel lugar de auténtica pesadilla.

—Dos agentes uniformados pertenecientes a la policía del condado acudieron a saludar al superintendente.

Luego ascendimos la breve colina, cuya casa estaba escoltada por otros dos agentes. Era todo un pequeño despliegue de fuerzas.

Saqué mis llaves del bolsillo y elegí la que abría la puerta principal. A una señal de Williams dos agentes fueron a la parte posterior.

La puerta cedió una vez abierto el cerrojo.

—¿No dijo usted que estaba cerrada con pestillo?

—Anoche lo estaba —insistí—. Las dos.

Entramos en la casa. Más o menos orienté a los hombres. Eran verdaderos expertos. En un momento las ventanas estuvieron abiertas. La luz inundó casi todos los rincones.

—¿Qué hay en ese pequeño baúl? —preguntó el superintendente señalando el arcón con la punta de su paraguas.

—Libros viejos.

—¿Quiere abrirlo?

Lo hice.

El policía se inclinó para curiosear algunos de los libros. Luego los volvió a echar dentro. Ordenó seguidamente que lo apartaran.

—Ya lo hice yo —advertí—. La posibilidad de que bajo el arcón existiera la entrada a un sótano pasó por mi mente.

—Piensa en todo, ¿eh? —sonrió sin dejar su tono irónico.

—Comprobé todo palmo a palmo.

—Algo debió pasarle por alto, a menos que sus declaraciones no fueran exactas.

—No le he ocultado nada.

—Sí ha ocultado... Por ejemplo, la posibilidad de que Jack Toront saliera para cometer el robo...

Sonreí.

—Ahora estaba hablando del caserón...

—Bien. Dijo que cuando cargó contra la puerta que antes estaba cerrada con el pestillo, cedió. Cedió porque alguien había descorrido el pestillo. Pero el de la puerta trasera seguía puesto.

—Y es verdad.

—Luego, alguien estaba en la casa. La persona que descorrió el pestillo. No pudo huir por ninguna parte.

—Por eso busqué una posible salida secreta.

—Y no la encontré.

—Ni ningún escondite donde pudiera permanecer oculta una persona sin ser vista.

El paraguas del superintendente señaló uno de los estantes de la parte alta formados por el hueco de la pared.

—¿Qué profundidad tiene?

—Sesenta centímetros.

—¿Lo midió?

—Sí, señor. No cabe ningún hombre. Si fuera más profundo sí y sería difícil de ser visto desde el suelo, pues el techo está muy alto.

Williams regresó del piso alto.

Negó con la cabeza. Interiormente sentí una íntima satisfacción. La policía no había sido más afortunada que yo.

El misterio del quinto personaje e hipotético habitante de la casa seguía en pie.

El resto de los hombres confirmaron que en principio no habían encontrado nada anormal.

Sin embargo, antes de salir, el superintendente señaló un papel tirado al suelo en un rincón.

Un agente lo recogió.

Eran dos hojas de block arrugadas y escritas. Las leyó y me las pasó a mí.

—Creo que conoce usted esa letra, ¿verdad? —sonrió.

Su lectura me sorprendió... De veras que me sorprendió.

CAPÍTULO XII

Era letra de Jack y constituía un resumen de lo que hizo la noche anterior.

«No sé cómo acabará esto. Empiezo a dudar que se trate de una broma, aunque sea James el que lleve el tinglado. Ignoro adónde quiere ir a parar. La primera noche quiso asustarme a mí, hoy le tocará el turno a Harold; luego será Frank... En realidad creo que no sacaré nada en limpio yendo al caserón esta noche. Lo hago por descubrir a James para demostrarle que no soy ningún idiota. Aunque temo que él sospeche que yo sé “algo”, en cuyo caso esto sería algo más que un simple juego, sería una trampa hábilmente preparada y la víctima yo. Esto me impulsa a escribir esta nota.

»Son las diez y cinco minutos de la noche del día 20 de enero y escribo esta nota en el garaje mientras Slim llena el tanque de gasolina del viejo «Ford» que suele prestarme cuando se lo pido. Dije a Frank que tomaría un taxi, pero el dinero apenas me alcanza. No es agradable la vida sin dinero...

»Voy a salir en este momento. Son las diez y diez minutos. Por si acaso intentaré llegar por otro sendero; creo que lo hay, pero no estoy muy seguro».

Las líneas que seguían a continuación eran menos firmes, como si hubieran sido escritas sin apoyarse en algo. Al seguir leyendo se comprendía el motivo.

»He encontrado el sendero, pero he tenido que refugiarme entre unos setos porque tras de mí viene un

coche. Creo que me siguen, pero no he conseguido saber quién era.

»El coche ha pasado de largo. Va directamente hacia la colina por la parte alta, ha utilizado el mismo camino que yo.

»No sé si me han descubierto, pero por si acaso he empujado el coche para evitar que el motor con su ruido me delatara. Poco después he vuelto a subir tomando el camino de la parte baja. Dejo el coche entre los arbustos para seguir a pie».

Se notaba otra pausa, que proseguía con una letra más firme, escrita indudablemente sin prisa y en lugar más seguro.

«Al acercarme al pie del montículo he visto dos coches. Uno de ellos era el que creí que me había seguido y el otro juraría que era el de Frank. Escondido lo he visto pasar como una exhalación como si huyera de algo. He esperado cinco minutos. Son ahora las once y cinco minutos y el coche pequeño se aleja también. La oscuridad me impide ver quién lo conduce, pero es evidente que no hay nadie más. He salido para cerciorarme y compruebo que el coche de Harold tampoco está y esto sí que me extraña, por lo que voy a decidirme a entrar en la casa, si es que puedo.

»Quizá mi nota termine aquí. Si algo me ocurre procuraré echarla a algún sitio para que si alguien la encuentra avise a la policía. No quiero acusar a nadie, pero si algún enemigo tengo, habría que buscarlo entre mis escasos amigos...».

La nota concluía con trazos parecidos a los del comienzo como si hubiese sido escrita sobre una mesa. Y era lógico en razón de lo que decía:

«Estoy dentro de la casa. La puerta estaba abierta. No hay ni rastro de Harold, ni de nadie. Escribo con la luz de un par de velas. Todo está tranquilo. De todos modos, no me gusta estar aquí.

»No estoy seguro pero creo que la puerta ha chirriado. Sí, alguien acaba de entrar. No le distingo bien. Ahora sí, creo que sí. Es...».

Aquí terminaba la nota.

Después de leerla por segunda vez la dejé sobre la mesa del superintendente.

—Todo concuerda —dije—. Es el coche que mi novia vio. Si evidentemente Jack temía algo, sus precauciones eran lógicas... El no conocía el coche de Lorna, ni podía saber que decidiese ir al caserón... Sí. Todo lo que está escrito aquí es cierto y confirma mis palabras... Ahora me explico la muerte de Jack.

—¿Se la explica? —me preguntó el policía extrañado.

—Quiero decir que concuerda el que le hayan matado. Yo pensé que no había ido y esto es como una confesión de sus últimos minutos.

—Fue una lástima que no tuviera tiempo de escribir el nombre de la persona que vio entrar.

—Sí. Pero no pudo ser ninguno de los amigos, como da a entender en esa nota. Todos han muerto.

—Excepto usted...

—¿Eh?

—No se alarme, pero si entre cuatro amigos alguien planea una venganza quedará únicamente uno con vida: el que la ha planeado. Y de momento tenemos dos víctimas seguras y una tercera probable.

Iba a decir algo, pero la entrada de uno de sus ayudantes con unos papeles que el policía leyó cuidadosamente me interrumpió.

—Bien —dijo tras la lectura—, ya tenemos un par de cosas seguras. Uno de los cadáveres pertenece a Harold Flanagan. No cabe duda. El informe, como puede ver, es bastante extenso, indicios de pintura de laca propia de un pintor surrealista han sido encontrados en los intersticios de las uñas, pese a las quemaduras, luego su estado clínico facilitado por su médico concuerda perfectamente, hay otros datos que tampoco admiten dudas...

—¿El otro es Jack? —inquirí.

—Según parece tampoco cabe duda. Recibió un golpe dos días antes y aparece uno más reciente que pudo propinarle la persona que le sorprendió ayer cuyo nombre no consiguió escribir.

—Posiblemente en aquellos instantes al verse en peligro prefirió que se salvara la nota y tuvo tiempo de arrugarla y tirarla lejos.

—No digo que esa nota pueda servirnos de mucho, pero menos es nada.

—¿Qué piensa hacer? —pregunté.

—Dar órdenes a mi gente y preguntarle más cosas a usted que parece saber muchas.

—Ya he dicho todo lo que sabía.

—¿De su amigo James también? De momento su cadáver no ha aparecido y esa nota de Jack parece acusarle de una manera velada al decir que «Sospecha que yo sé algo».

Dudé unos instantes, al fin aclaré:

—Supongo que acabaría por descubrirlo... Se lo diré. Por lo que me dijo Peters parece que alguien le hacía chantaje.

—¿A James Hilton?

—Sí, es sólo una suposición.

—¿Tiene idea del porqué de ese chantaje?

—En absoluto.

—Bien, abriremos una información. Usted puede irse, pero no abandone Londres sin consultarme. Puede que le necesite. ¡Ah! Y puede pedir al criado de Hilton que le dé esa carta. Asimismo convendrá advertir al notario para que abra el testamento. ¿Me entiende usted? Oficialmente, James Hilton está muerto.

—Eso quiere decir que usted sospecha...

—Lo que yo sospecho o deje de sospechar de momento ha de tenerle sin cuidado. Haga lo que le he dicho.

—Sí, señor.

—Otra cosa, puesto que ahora lógicamente ha quedado dueño absoluto del caserón si va por allí no le extrañe ver algún que otro individuo rondando la casa. Por el momento he dado órdenes para mantenerlo vigilado. Pura rutina. Usted puede ir. No existen pruebas tangibles de que allí se haya cometido ningún crimen por lo que no veo razón para hacer que sellen las puertas.

Estoy deseando que se aclare todo para no volver a oír hablar de esa casa maldita. Adiós, señor.

Ya en la calle hice un análisis frío del caso. Dos muertos seguros. Uno hipotético. Total ¿para qué? Ahí estaba el quid...

El misterio, pues, seguía latente.

CAPÍTULO XIII

La carta que Peters sacó de la pequeña caja fuerte estaba escrita de puño y letra de James.

«Mis buenos amigos Frank, Harold y Jack (el orden de nombres no indica preferencias, así me ha salido al escribir y así queda):

»Queridos amigos, pues; si llegáis a leer estas líneas será porque yo ya habré muerto. Por el notario Hampden os enteraréis de mi testamento, o quizá estéis enterados ya al leer esta carta. Espero haber hecho las cosas bien. Sabéis que no tengo familia ni soy amigo de instituciones. No nací para filántropo, pero me gusta reparar en lo posible el poco o mucho mal que inconscientemente haya hecho. No os extrañen mis decisiones, todo tiene su razón de ser y está perfectamente justificado. Sé que ningún título os da derecho para impugnar mi última voluntad, pero si la fuerza de la amistad puede constituirse en ese derecho y por los lazos que nos han unido en vida os creéis en el deber de velar por unos intereses que ya habrán dejado de ser míos, pensad que mi última voluntad la escribo sin coacción y deseo que se cumpla. Sé que vosotros la respetaréis y si hay alguien que intente oponerse, entonces sí que podéis usar de ese derecho que si no poseéis por vínculos de sangre os habéis ganado por amistad. Así lo hago constar también en mi testamento, pero no quiero privarme de escribiros estas líneas que siempre os parecerán menos frías que el protocolo de un notario.

»Vuestro amigo que, seguro, esté donde esté, os echará de menos.

»*James Colbert Hilton*».

A la lectura del testamento asistimos dos únicas personas: Peters y yo.

Había un legado para el fiel criado. Al notario le autorizaba a vender la casa y el producto de dicha venta pasaría a engrosar el total de bienes.

En el reparto figuraba Jack en primer lugar con dos mil libras. A mí me dejaba sus libros, sus aparatos electrónicos, su radio. A Harold unos cuadros firmados por Van Gog, Gainsboro y un Picasso.

El legado a Peters le permitía vivir el resto de sus días sin estrecheces.

El resto, todo en efectivo y valores negociables, debía ser entregado a una mujer llamada Margareth Trevor.

Había que escribirla a unas señas de París, si bien era inglesa a todos los efectos.

Más tarde Peters, todavía emocionado, confesaba:

—No sé quién puede ser esa mujer.

—Eso no importa. Es su voluntad.

—Se ha portado muy bien conmigo. ¡Pobre señor! Todavía no comprendo...

—Peters... Usted nunca hubiese creído a James Hilton capaz de cometer un acto despreciable...

—Desde luego que no.

—Ni, por supuesto, un crimen.

—Por favor, señor Oswald...

—Peters, quiero que sepa algo, pero tiene que darme su palabra de honor de que no revelará el secreto.

—Nunca he revelado lo que me ha sido confiado como secreto, señor Oswald.

—La policía ha dado oficialmente por muerto a Harold Flanagan.

—¿Qué quiere decir?

—Aunque el superintendente no le haya dicho nada, voy a hacerlo yo. Usted tenía razón. El cadáver, uno de los cadáveres, que

se identificó en principio como el Je James Hilton, era el de Harold Flanagan. Usted tenía razón, Peters.

—¿Eeeeh? Entonces...

—No existe cadáver de Hilton. ¿Va comprendiendo?

—Luego... ¿Vive?

—El superintendente cree que sí. No me lo ha dicho, pero sé que lo piensa y cree además que fue el propio Hilton quien lo planeó todo para que todos creyeran fue realmente había muerto.

—¿Por qué?

—Tal vez para escapar de unos chantajistas.

—No, no; es absurdo.

—No importa ahora lo que parezca, sino lo que piensa la policía, lo que pensarían todos... James mató a dos personas y ahora se halla escondido. Quizá esa Margareth es cómplice suya. No me extrañaría que el superintendente quisiera conocer el testamento para seguir la posible pista de James. De momento esa misteriosa Margareth puede ser el cebo para cazar a James.

—Usted no puede creer que el señor Hilton fuera un asesino.

—Precisamente porque no lo creo, Peters, es por lo que necesito su ayuda y su discreción.

—¿Y en qué puedo ayudarle?

—Hay una cosa cierta o que al menos podemos darla por cierta y es que James proyectaba desaparecer.

—¿Cree eso?

—Esa carta dirigida a nosotros tres es un buen ejemplo. No está escrita pensando en el futuro. Todo el mundo cree que morirá de viejo, pero esa carta está escrita a nosotros tres... Bueno, aunque sólo quede yo, ara para Jack y para Harold y para la época que vivimos. El no podía saber si nuestra amistad seguiría. No podía saber si al cabo de treinta, de cuarenta o más años, continuaríamos viéndonos o alguno ya estuviera muerto... ¿No se da cuenta, Peters? De haber pensado en el futuro nos habría escrito por separado... Pero no lo ha hecho porque suponía íbamos a leerla los tres no demasiado tiempo después de ser escrita. Cuando la redactó tenía algo planeado. Sabía que iba a «desaparecer», pero estoy seguro de que en sus planes no entraba el asesinato.

Peters quedó dubitativo.

—Puede que esté usted en lo cierto. No sé qué pensar, pero

debió confiar en mí. Siempre lo hacía...

—Hay cosas que a veces uno no se las confiaría a sí mismo, cosas que se desean olvidar.

—Pero si estaba en peligro...

—Peligro de arruinarse, tal vez. En fin, los hechos se han consumado. El porqué Jack y Harold han muerto lo ignoro, pero esos crímenes se los harán pagar a él a menos que encontremos una solución. Por eso necesito que se sincere conmigo. Que haga memoria, que me cuente todo lo que sepa. Tendré que trabajar deprisa y tener cuidado con la policía, pero si logro llegar hasta el fin me dará por satisfecho.

—¿Y el señor? Si usted supone que vive...

—Una vez desenmascarados los culpables, no le quepa duda de que aparecerá. Saldrá de su escondrijo. Quién sabe si con un rostro nuevo gracias a la cirugía plástica, pero aun así para él será como volver a la vida porque no tendrá que esconderse, pero si no consigo desentrañar el misterio, tarde o temprano el superintendente le cazaré y entonces para demostrar su inocencia tendremos que luchar contra reloj.

—Yo no sé qué puedo decirle... Pregunte, trataré de contestar a todo, si es que lo sé.

—Vamos a la casa, Peters. Allí hablaremos con calma.

—¿Dónde piensas encontrar al culpable? —preguntó Lorna.

—Ojalá lo supiera.

—¿Crees que es esa quinta persona?

—Tampoco puedo contestar a eso, querida.

—¿Que te ha dicho Peters?

—Poca cosa. De momento la única pista medio probable es el nombre de Burton, que aparecía en la postal de la que te hablé.

—¿Y Peters sabe quién es?

—Recuerda que una vez vino un tipo de mediana estatura pero corpulento. Preguntó por James, pero no estaba; entonces el tipo dejó recado a Peters para que le dijera que había estado Burton y que permanecería un par de días en Londres.

—¿Y no volvió ninguna otra vez?

—Al parecer, no. Sin embargo, otra vez llamó por teléfono y Peters dice que James palideció al oír el nombre de Burton... Como ves, aunque Burton sea un chantajista, ¿qué sabemos de él? ¿Dónde

vive?

—¿Y crees que puede ser la clave del misterio?

—Por lo menos es la clave de la desaparición de James.

—Pero un chantajista no hace desaparecer a su gallina de los huevos de oro.

—Vamos por partes. A Burton no le interesa la muerte de James, pero a James sí le interesa que Burton le crea muerto.

—Entonces crees firmemente que James Hilton está vivo.

—Es probable, y estoy seguro de que si consiguiera llegar hasta él encontraría la clave de todo.

—¿Y crees que Burton puede llevarte hasta James? —Lorna hizo un gesto negativo, añadiendo—: ¡Oh, no! Si Burton cree que James está muerto, no volverá a aparecer.

—Hay un medio —repliqué—. Sé que al superintendente no va a gustarle, pero voy a llevarlo a la práctica a pesar de todo. Sí, un medio infalible.

CAPÍTULO XIV

Los titulares de la sección de sucesos del *World* anunciaban una noticia en exclusiva:

James Hilton, a quien se supuso muerto en ACCIDENTE,
SIGUE VIVO

A continuación seguía la reseña, dándose el nombre del verdadero muerto, es decir, de Harold Flanagan.

Cuando llamaron al timbre solté el periódico y sonreí. Habría apostado doble contra sencillo sobre quién era mi visitante.

Por eso, al abrir, dije con mi más amplia sonrisa:

—Adelante, superintendente... Bienvenido, Williams.

El más serio era el inspector. Su jefe, sin haber perdido por completo su inefable calma, me pareció más excitado que de costumbre.

Arrojó sobre la mesa el periódico que llevaba en las manos abierto precisamente por la página de sucesos.

—Podría arrestarle por eso, Oswald —fueron sus palabras.

—El *World* parece un periódico bien informado —repliqué.

—Entorpecer la labor de la policía es un delito.

—Informar a la gente de la verdad es un deber de la Prensa, ¿no cree?

—Creí que podía confiar en usted.

—Usted no confía en mí, inspector. Si no creyera que James Hilton vive y es el responsable de esas muertes, posiblemente yo sería su sospechoso número uno.

—Es posible, Oswald. Es posible.

—Bien, señor —adopté una actitud modesta—. No he pretendido hacerles la competencia. Es cierto. Informé a un amigo mío, redactor del *World*, para que publicara la noticia. Y tengo para ello

las mismas razones que usted.

—¿Qué?

—Llegar al fondo de la cuestión. Desenvolver el misterio.

—Éste no es asunto suyo.

—Jurídicamente tal vez no lo sea, pero no olvide que por lo menos dos íntimos amigos míos han muerto y un tercero, por el momento desaparecido, parece ser considerado como culpable de esas muertes. Se lo repito, señor. Los tres son amigos míos, y la nuestra no era una amistad vulgar...

—Es admirable su concepto de la amistad, Oswald. No se lo reprocho, pero tengo que repetirle que este caso pertenece a mi jurisdicción. Para eso estamos los policías, para esto pagan ustedes sus impuestos. Dedíquese a sus novelas, Oswald, y no vuelva a meterse en camisa de once varas.

—Me he limitado a decir la verdad. Sé por dónde voy...

—Es usted un aficionado, Oswald. ¿Qué cree haber descubierto?

—Nada.

—Exactamente, nada —ratificó el policía—. Porque no ha dicho ninguna verdad.

—Usted y yo sospechamos que James Hilton vive.

—Eso lo creará usted.

—¿Qué?

El superintendente, a pesar de todo, esbozó una media sonrisa.

—¿Quiere venir al depósito de cadáveres, Oswald?

—¿Para qué?

—Para identificar a un amigo suyo.

—Oiga...

—¿Quiere venir o no?

—¿A quién tengo que identificar ahora?

—A su amigo, James Hilton...

Seguramente, durante unos instantes, me había quedado boquiabierto.

Seguí al superintendente y me senté a su lado en el coche que nos condujo directamente al fúnebre de pósito.

El nuevo cadáver, cubierto con un lienzo, me fue mostrado.

—Es él... James —murmuré.

—Esto ya lo sabía —replicó el policía—. Tenemos las fotografías y el testimonio de Peters, quien lo identificó antes que usted.

—¿Dónde..., dónde lo encontraron? —balbucí.

Estaba realmente confusa No, de veras no esperaba aquello.

El superintendente aclaró mis dudas.

—Anoche lo encontraron en el Támesis. Lo habían arrojado con lastre, pero su cuerpo quedó entre unos cables y una lancha lo arrastró, rompiendo el lastre.

—¿Cuándo..., cuándo calculan que ocurrió su muerte? —pregunté.

—Aproximadamente, unos tres días.

—¡Tres días! Entonces lo que vi a través de los cristales era verdad. Le estrangularon...

—Sí, Oswald, lo estrangularon.

—En mi presencia...

—Lo dudo. Porque antes de estrangularle le golpearon la cabeza, igual que sus otros dos amigos, Jack Torent y Harold Flanagan.

Entonces sí que quedé de veras perplejo.

¿Quién podía ser el autor de aquellos tres crímenes? Porque ya no existía duda alguna que mis tres amigos habían sido asesinados.

CAPÍTULO XV

—El asesino no puede ser un extraño a nosotros —dije convencido.

—Ese quinto personaje, ése que cierra y abre las puertas —replicó Lorna.

—Pero ¿quién es, Lorna? Se mata por algún motivo... Harold dijo que había quien lo hacía por *snob*, por sentir sensaciones nuevas... Pero tres crímenes, y todo empezó a partir de que apareciera ese maldito caserón.

—¿Está vigilado todavía?

—Creo que sí...

—¿Y no han encontrado ningún indicio?

—No, pero apostarí a cualquier cosa a que el hilo suelto debe estar allí.

—¿Y el misterioso Burton?

—Quizá aparezca. El superintendente me ha rogado que esta vez no de ninguna información a la Prensa y seguiré su consejo.

—Frank... —murmuró Lorna tras un breve silencio durante el cual estaba pendiente de mi café doble, del que no había tomado ni un sorbo—. La herencia favorece a esa mujer que reside en Francia...

—Margareth Trevor.

—Sí —replicó ella suspicazmente.

—No sabemos quién es.

—Pero James debió tener algún motivo para dejárselo todo a ella...

—Quizá fue una de sus primeras conquistas... Puede que esto forme parte del tiempo que residió en el continente.

Quedamos pensativos, allí en la mesa de la pequeña cocina del apartamento de Lorna.

El ruido de la puerta nos dio a entender que Irenne, la

compañera de Lorna, acababa de llegar.

—Hola, parejita. ¿Desentrañando misterios?

La saludé con un ademán. Lorna seguía pensativa.

—¡Hum!... La cosa debe ser seria —siguió Irenne con un cierto tono burlón.

—No eres muy oportuna, Irenne —reprendió Lorna—. Frank acaba de perder a sus tres mejores amigos.

—Creí que uno de ellos vivía —sonrió Irenne.

Lorna hizo un gesto desolado. Sin querer había metido la pata. No la sacamos del error o, mejor dicho, la dejamos en la duda.

—Por favor, déjanos solos —añadió Lorna.

—Comprendo enseguida cuándo me largan una indirecta —replicó la muchacha, y desapareció mientras comenzaba a descorrerse la cremallera de su vestido que remarcaban sus formas ondulantes.

Reapareció enseguida.

—Lo siento, Frankie —dijo—. Una está acostumbrada a leer sucesos. Cada día desaparecen personas, hay asesinatos... Siento lo que ha ocurrido a tus amigos y me alegro que tú estés vivo.

—Gracias —musité.

—¿No habéis pensado que esto pueda ser una venganza? —preguntó en un tono enigmático desusado en ella.

Lorna y yo volvimos nuestras miradas hacia ella.

—Sí, una venganza. Erais cuatro amigos... Leí algo parecido en una novela. Sólo que en ella morían los cuatro.

Esta vez Lorna volvió los ojos hacia mí, mientras Irenne desaparecía.

—¡Frank! —exclamó—. Es cierto... Una venganza...

—¿De quién?

—Algún enemigo.

—Todos tenemos enemigos, pero los míos no los conozco.

—Frankie, ten cuidado. Tú..., tú podrías ser la cuarta víctima.

Tras un silencio murmuré:

—Lo sé, querida... Ya lo había pensado.

El superintendente estaba ocupado, sin embargo me recibió. Le expuse el motivo de mi visita.

—Usted debe de estar loco, Oswald... —dijo tranquilamente.

—Ésta no es una respuesta a mi plan —repliqué.

—Acepto que usted pueda estar en la lista del asesino, pero lo que propone es propio de una de sus novelas.

—Las hay peores, señor, modestia aparte.

—Veamos. Según usted el asesino, que anda suelto, tiene su escondite en el caserón, lo cual es tildar a los agentes que están de guardia en los alrededores de un grado imbécil elevado al cubo.

—Sus agentes no son imbéciles, pero tampoco lo es el asesino. Mientras ellos rondan por ahí no ocurrirá nada. Retírelos y deje que yo vaya a la casa.

—Solo y de noche.

—Exactamente.

—Suponiendo que sus tres amigos fueran asesinados en esa condenada casa, de lo cual no existen pruebas... ¿Qué le hace pensar que usted saldría mejor librado que ellos?

—No lo sé. Pero si se trata de una venganza, de un modo u otro el asesino está al acecho, buscará la ocasión más propicia. Lo que yo me propongo es facilitarle esa ocasión.

—En una palabra, que quiere hacerse el héroe.

—Quiero terminar de una vez con la incertidumbre. El riesgo voy a correrlo yo solo.

—Creí que de momento le interesaba más saber los posibles motivos que tenía su amigo James para desaparecer oficialmente.

—Sí. Me interesaban..., cuando creí que James vivía...

—¿Fue usted quien me habló de un tal Burton?

—¿Burton?

—Sí. Burton. Ése es el nombre que dio a Peters... Esta mañana ha estado en casa de su difunto amigo, quería verle a toda costa.

—¡Burton! —exclamé casi para mí.

—¿Era eso lo que se proponía cuando dio la noticia le que James Hilton estaba vivo?

—Algo así —murmuré.

—¿Qué sabe de este Burton?

—Menos que usted.

—Dos hombres vigilan la casa de Hilton con discreción. Simple rutina. Burton se ha presentado esta mañana y ha hablado con Peters, luego se ha ido. Uno de mis hombres le ha seguido. Se hospeda en un hotel discreto, el Colonial. Peters, a requerimiento del otro agente, ha confesado simplemente que el tal Burton

deseaba ver a Hilton.

—¿Y Peters no le ha dicho...?

—Le hemos rogado, al igual que a usted, que mantenga la boca cerrada.

—¿Han interrogado a ese Burton?

—Todavía no. Según dijo a Peters, permanecería dos días en la ciudad...

—Igual que la otra vez dije yo.

—Entonces, ¿hubo otra vez?

Asentí.

—Usted siempre habla a medias, Oswald. ¿Trata de proteger el buen nombre de su amigo?

—¿Es lícito, no?

—Sí... Cuanto más lodo hay en un barrizal mayores son las salpicaduras... Mantendremos la discreción hasta donde sea posible, pero usted debe colaborar o retirarse, Oswald.

—Es lo que estoy tratando de hacer.

—Pues de momento quédese en su casa, no se mueva de la ciudad y no se meta a detective privado.

—Déjeme hablar con ese Burton.

—¿Para qué?

—Para decirle que James no puede asistir y ofrecerle dinero. Es un chantajista...

—Eso ya lo sabemos, amigo mío, y aproximadamente sabemos también lo que nos puede decir.

—Me deja usted asombrado.

—¿Cree que estoy aquí simplemente para calentar un sillón? Tengo un informe de la policía francesa.

—Daría la mitad de mis ingresos para saberlo.

—Lo sabrá gratis..., a su tiempo.

—No haga *suspense*, señor —sonreí.

—Los informes se refieren a ciertos hechos que ocurrieron hace algún tiempo en París, justo en el tiempo en que su amigo James Hilton rondaba por la ciudad de la torre Eiffel. Y no me pregunte más.

«París —pensé—. Margareth Trevor, la heredera universal de los bienes de James reside en París...».

Aquello me dio una idea.

Un escritor de mi estilo debe tener amigos en todas partes, necesita consultar, recabar documentación. Algunas veces esos amigos surgen espontáneos, otros hay que comprarlos.

El que yo tenía en el aeropuerto de Heathrow, era un buen muchacho. Otras veces le había consultado algunas dudas con respecto al tránsito de viajeros y a los asuntos de contrabando.

Mi amigo era lo que se llama vista de Aduana.

—¿Margareth Trevor? —inquirió pensativo.

—Sí. Una mujer de ese nombre es esperada procedente de París. Viene a tomar posesión de una herencia.

—Pasa tanta gente diariamente... ¿Podrías describírmela? Aunque dudo que ni aun así... ¿Dices que es inglesa, no?

—Sí...

—Podemos consultar en las últimas listas de vuelos.

—Gracias. Me interesa muchísimo.

Media hora más tarde tenía la información deseada.

Margareth Trevor había llegado en un vuelo regular aquella misma mañana. Pensé que el superintendente debía estar enterado, pero en nuestra última entrevista lo guardó para sí.

Subí a mi coche y fui directamente a casa del notario.

—No hay nadie en la oficina, señor —me respondió la doncella que abrió la puerta.

—Lo mío no es un asunto oficial.

—Veré si el señor puede recibirle.

—Dígale que es muy urgente.

El hombre no se hizo esperar. Tampoco mostró demasiada extrañeza por mi visita.

—¿En qué puedo servirle?

—Sé que la heredera de James Hilton ha llegado.

—En efecto.

—Bien... No le extrañe que desee conocerla. James era mi amigo y... En fin, supongo que no habrá regresado a París. Eso de las herencias requieren ciertos trámites y...

—Dadas las circunstancias —me interrumpió mi interlocutor—, el superintendente Carlton me rogó que dejara en suspenso momentáneamente todo este asunto. Al parecer han surgido dudas con respecto a la muerte de mi cliente el señor Hilton.

Seguí pensando que el superintendente aprovechaba la ventaja

de la noticia que yo facilité a la Prensa. En cierto modo, pues, le había hecho un favor.

—Comprendo... Pero sabrá dónde se hospeda esa señora.

—Desde luego. Dejó sus señas hasta tanto que el asunto no quede claro.

—¿Y podría dármelas?

El notario vaciló un instante. Al fin accedió. Tomó nota en un papel y anotó la dirección.

Quedé pasmado.

Hotel Colonial.

¡El mismo hotel donde se hospedaba Burton!

¿Era simple coincidencia?

CAPÍTULO XVI

Que el hotel Colonial estaría estrechamente vigilado por los hombres de Carlton era cosa que daba por descontada, por eso decidí requerir los servicios de Lorna. A ella le encantaba colaborar en esta clase de asuntos. Por eso, con su coche utilitario, que dejó aparcado una manzana antes del hotel, se dirigió a dicho establecimiento.

Le advertí de antemano.

—Ten la seguridad que así que preguntes por Margareth Trevor alguien informará a la policía.

Lorna tuvo la misma idea que yo, coger una maleta y simular ser una cliente.

Se dirigió, pues, al hotel. Teniendo en cuenta que la Trevor se había instalado en él aquel mismo día, su firma en el registro sería fácil de encontrar.

Lorna la encontró. Estaba en la misma página del libro, de registro. Sólo faltaba saber el número de la habitación que ocupaba.

La conversación que sostuvo con el encargado de recepción puedo transcribirla por los datos que Lorna me facilitó a *posteriori*.

—Me han dicho que es un hotel tranquilo.

—Desde luego, señorita. ¿Va a permanecer muchos días?

—No sé. Me han prometido un apartamento. En cuanto lo tenga me iré.

—Procuraremos que su estancia sea grata.

—¿Hay... muchos clientes?

—En esta época del año más bien pocos.

—¿A qué hora sirven la cena?

—Dentro de veinte minutos se abre el comedor.

—Gracias.

La hora de la cena era la más indicada para conocer a todos los clientes. El tacto estaba en adivinar cuál de ellos sería Margareth

Trevor. Pero eso era fácil. Muy fácil.

Habíamos convenido que a una hora determinada yo llamaría por teléfono —desde una cabina pública por supuesto— pidiendo por Margareth Trevor. Lorna sólo tenía que prestar atención.

Llamé a la hora indicada y la camarera avisó a la señorita Trevor que la llamaban por teléfono.

Comprendo que Lorna quedara sorprendida al comprobar «quién era la tal señorita Margareth Trevor».

Yo también me sorprendí después.

Para sacarla de allí también había un medio relativamente fácil.

—No tenía ningún daño —le había dicho Lorna tras la cena y en la propia habitación de la heredera—. Alguien quiere hablar con usted. Alguien muy amigo de James. Es posible que nos sigan. ¿Tiene usted miedo?

—De Burton puede esperarse todo —replicó la Trevor desde el cuarto de baño donde se estaba poniendo el abrigo.

—¿Burton? —inquirió Lorna.

—Usted quizá no sepa quién es Burton... Si llego a saber que estaba aquí elijo otro hotel.

—¿Usted no sabía que estaba Burton?

—¿Cómo iba a saberlo? Fue el notario quien me dio esas señas. Dijo que todo estaba arreglado...

—Bien... No perdamos tiempo, haga lo que le he dicho.

Lorna salió del hotel precediendo a Margareth. En la calle ambas tomaron direcciones opuestas. Lorna vio perfectamente que un hombre, disimuladamente, comenzaba a seguir a la heredera.

Mi novia se dirigió hacia el coche aparcado en la esquina del callejón y dejó el motor en marcha.

Margareth, a paso lento, dio la vuelta a la manzana. El policía la seguía a prudente distancia.

Al llegar cerca del coche, Margareth, con asombrosa agilidad, echó a correr, se metió en el coche y Lorna arrancó veloz, mientras su compañera cerraba la puerta.

Cuando el policía alcanzó su coche, mi novia ya se había perdido entre el tráfico ciudadano.

Poco después nos hallábamos los tres en el lugar que previamente había convenido con mi prometida. Era el viejo almacén del tío Clinton, un viejo amigo mío que no hizo ninguna

clase de preguntas.

Yo mismo abrí las puertas de madera y cerré una vez el auto estuvo dentro.

Cuando Lorna me presentó a Margareth, me quedé asombrado y no pude disimularlo.

—¿De veras es usted amigo de James? —me dijo con voz normal.

—Sí, señora...

—Señorita —rectificó—. Y no se asombre usted si Dios quiso que mi estatura no fuera normal.

Margareth Trevor era una mujer enana.

Después de que Lorna me pusiera al corriente de la conversación previa que habían sostenido las dos, mi pregunta fue:

—¿De veras fue el notario quien le recomendó ese hotel?

—Puede preguntárselo a él.

—Supongo que será cosa del superintendente...

—¿El superintendente?

—Está usted estrechamente vigilada, igual que Burton.

Pareció asustarse.

—¿La policía?

—Debe confiar en nosotros, Margareth.

De repente la ira tiñó de rojo su rostro.

—Si con alguien debe meterse la policía es con él..., con ese maldito Burton... Cuando me crucé con él en el hotel comprendí que algo no marchaba bien...

—Oiga, Margareth... Sabemos que a James le hacían chantaje. Puesto que usted es la heredera de sus bienes, no voy a hacerle preguntas sobre el porqué mi amigo tomó esa decisión, pero sí me gustaría que me contara qué pinta Burton en todo esto. El superintendente tiene ciertos datos sobre algo que ocurrió hace algunos años. No ha querido ponerme al corriente, pero yo tengo mi propia opinión...

—Si James, que era su amigo, no le contó nada, ¿por qué tengo que hacerlo yo?

—Escuche, Margareth; en este asunto han habido ya tres muertes y yo puedo ser el cuarto, ¿comprende?

—No sé de qué me habla.

—Le hablaré con toda franqueza, Margareth. A la conclusión que

he llegado yo, llegará también la policía. Créame, no son tontos, usted también puede verse envuelta en el asunto, incluso su vida puede peligrar. No le diría esto si no fuera la heredera de los bienes de mi amigo... La deuda que debía tener con usted debía ser grande.

La enana bajó los ojos, como si quisiera impedir que yo leyera en sus pensamientos.

Proseguí:

—He dicho que le hablaría con franqueza y voy a hacerlo... Usted dirá si me equivoco.

Ella tragó saliva y se mantuvo impasible, erguida en el cajón que utilizaba como asiento en la pequeña estancia, único lugar cubierto del almacén.

—A James le hacían víctima de chantaje por algo que usted debe de saber. James quiso sacudirse ese yugo y para ello ideó un plan. Ese plan consistía en desaparecer. En hacer que todos le creyeran muerto. Una carta que nos dejó es el indicio más claro... La dejaba a usted todo lo que poseía, y ello suponía quedarse sin un penique... Usted debía conocer ese plan, Margareth, ¿verdad? Luego se reunirían los dos en cualquier parte.

La enana seguía silenciosa, con la mirada perdida en un punto indeterminado.

—Pero ocurrió algo imprevisto —seguí—. Alguien se aprovechó de ese plan para llevar a cabo alguna oculta venganza y mató a Harold, a Jack y al propio James... ¿Lo oye usted bien? James ha muerto de verdad... Ya no podrá reunirse con usted.

Margareth reaccionó con un infantil sollozo.

—Dios mío —murmuró—. No sé si debo confiar en usted, pero... ¡Oh! Esto no podía salir bien. Lo dije desde el primer momento... No podía salir bien.

—Entonces..., ¿está dispuesta a hablar? —pregunté.

Tras una breve pausa asintió lentamente con la cabeza.

CAPÍTULO XVII

—Fue hace cuatro años —empezó la enana—. James iba detrás de una muchacha. Se llamaba Georgette... No sé si estaba enamorado o no. Georgette era coqueta y le gustaba el dinero. James lo tenía y la obsequiaba...

—¿Dónde trabajaba Georgette?

—Con nosotros, en un circo. Ella era la ayudante de Karl el prestidigitador, era alemán y muy celoso. James se burlaba de todo y pagaba bien a Hank para que entretuviera a Karl, o les avisara de su llegada cuando estaban juntos.

—¿Quién es Hank?

—Mi hermano... También trabajaba en el circo.

—Bien, siga...

—Una noche Karl llegó antes de la hora acostumbrada. Se había enterado por alguien de lo que estaba ocurriendo y golpeó a Hank hasta hacerle sangrar. Abusó de su superioridad... Creí que le mataba.

Hizo una pausa para añadir:

—Luego apareció James y, al darse cuenta de lo que ocurría, defendió a mi hermano. Ambos se enzarzaron en una terrible lucha. James derribó a Karl. Su cabeza dio contra el borde de una piedra y se mató.

—Fue un homicidio involuntario.

—Sí, pero Burton lo había visto todo... El era quien había avisado a Karl... En realidad no pretendía otra cosa que enfrentar a los dos hombres...

—¿Por Georgette?

—Sí... Era una redomada coqueta. No sé cómo James pudo fijarse en ella...

—¿Cómo terminó la cosa?

—James, ante la amenaza, arremetió contra Burton y le dejó

inconsciente. Luego nos ofreció dinero para que declaráramos en su favor y huyó... No sabíamos prácticamente nada de él, pero le habíamos tomado afecto. Era bueno. ¡Tan diferente de Karl! Odiaba a los enanos, se creía superior. En cambio, James nos ayudó..., porque no le he dicho que teníamos otro hermano enfermo... Cayó una vez de un trapecio durante un número... Al saberlo, nos ayudó antes de que ocurriera todo esto.

—¿Y qué sucedió después?

—Hank, mi hermano, se declaró culpable. Como conservaba todavía las señales de lucha, le creyeron.

—Un rasgo muy digno.

—Salió bastante bien librado.

—¿Y Burton?

—No dijo nada, esperó su oportunidad. Semanas después dejó el circo y se fue con Georgette.

—¿Qué ocupación tenía en el circo?

—Empleado, acomodador en las funciones. En fin, un ayudante.

—¿Y James supo que su hermano...?

—Sí. Y nos mandaba dinero, hasta que un día se presentó en París. Y nos expuso su plan. Dijo que Burton le había descubierto y le sacaba dinero.

—Pero James no tenía nada que temer. Era un caso resuelto y en último término estaba el testimonio de ustedes.

—El chantaje no era por lo nuestro.

—¿Por qué entonces?

—Según nos contó..., un día James vio a Georgette en Londres; seguía tan coqueta. Se vieron un par de veces en bares y cafeterías, hasta que ella le invitó a su casa. Era una trampa de acuerdo con Burton.

—¿Qué clase de trampa?

—De aquellas entrevistas Burton había sacado fotos, igual que de sus entrevistas en cierto hotel, hasta que una noche en el lugar de la cita apareció un hombre asesinado. Fueron muchos los que atestiguaron que aquel hombre era el novio de Georgette. Alguien vio a James salir del lugar del crimen, pero no consiguieron identificarle.

—Y Burton empezó a sacar provecho de las fotos —deduje—. Comprendo. Su historial en cuestión de faldas es demasiado

dilatado. Si Burton hubiese enviado las fotos a la policía...

—El escándalo y la cárcel —dijo la enana.

—Y el descrédito de su apellido. Estaba orgulloso de él... Si hubiese tenido confianza en nosotros quizá ahora viviría. No sé..., pero formábamos un buen cuarteto.

—Esto es todo —concluyó Margareth.

Quedé pensativo.

—¿Está segura?

—Sí.

—¿Cómo pensaba hacerse pasar por muerto, James? ¿Se lo dijo?

—Dijo que despeñaría su «Rolls» en algún acantilado y dejaría pruebas para que creyeran que se había caído al mar.

—No está mal... En determinados sitios de la costa existen remolinos y se hace difícil encontrar un cadáver: sin embargo...

Seguí pensativo. Sí... Creo que tenía parte de lo que estaba buscando.

—¿Su hermano Hank vino a Londres con él?

—No.

—¿No vino?

—Con él, no... Lo hizo más tarde.

—Y vino a instancias de James..., para representar una comedia en cierto caserón, ¿verdad?

—Sí, algo así...

De nuevo quedé sumido en profundas dudas.

—No concuerda demasiado. Si pensaba fingir un accidente..., ¿por qué utilizar el caserón y representar una comedia? No..., no concuerda.

Lorna, que había permanecido en silencio, lo rompió para dar su opinión:

—Yo no conocía tan bien a James como tú, claro está, pero si le gustaban las bromas quizá quiso gastar la última.

—Pase que lo hiciera por Jack... Pero ¿por qué delante de mí fingir que alguien le ahogaba? —se hizo un silencio, como si todos esperaran que diese con la solución más lógica, pero no la obtuve—. Cuando me creo más cerca de la verdad, siempre surge algo que lo oscurece más.

Lorna volvió a intervenir:

—¿Dónde está su hermano ahora?

—No lo sé. Debería estar con James, fuera de Inglaterra.

—Bien, gracias por todo, Margareth. Si la policía le hace preguntas, dígales la verdad. James está muerto y nada cambiará las cosas. Ahora Lorna le acompañará hasta el hotel.

La enana se levantó en silencio. Lorna se colocó a su lado para salir.

Cuando estuvieron en el coche lancé una última y casi innecesaria pregunta:

—Su hermano Hank..., ¿qué estatura mide?

—Aproximadamente como yo. Noventa centímetros. —Gracias, Margareth.

CAPÍTULO XVIII

Una parte del asunto había quedado clara, pero la mitad restante seguía tan oscura como antes, si no más.

Noventa centímetros de estatura. Eso es lo que medía Hank, y todos buscábamos a una persona de estatura más o menos normal...

Sí. Esto estaba claro, aunque no tanto el paradero de Hank.

De todos modos hice uso del permiso que en principio me dio el superintendente de poder visitar el caserón.

Así que aquella misma noche me dirigí allí.

Al llegar no vi a los agentes que vigilaban el lugar. Pensé que estarían dentro. La puerta estaba cerrada y abrí.

Empujé y cedió. Dentro estaba oscuro.

—¿Hay alguien ahí? —pregunté alzando la voz.

Nadie respondió.

El viento soplaba como aquella primera noche que encerramos a Jack. Las ventanas estaban cerradas.

Con la linterna enfoqué los diversos rincones, hasta que me decidí a por lo que iba.

El haz de luz enfocó el arcón de libros. Un metro de largo. Lo sabía bien porque lo había medido.

Levanté la tapa. Los libros seguían igual. Comencé a sacarlos. Iba dejándolos sobre un estante. Puse la linterna entre lo alto del respaldo de la silla y la pared, para que me alumbrara.

Seguí sacando libros.

De pronto sentí una fuerte ráfaga y un tremendo golpe. La puerta de entrada se había cerrado de golpe. La linterna cayó al sucio, rompiéndose la bombilla. Me quedé a oscuras por completo.

Busqué en el bolsillo mi lapicero linterna. A oscuras no podía continuar mi labor.

Cuando tuve la diminuta pila en mis manos no llegué a encenderla. La sensación de que alguien andaba por la casa no sé

por qué me heló la sangre.

«¿Quién anda por ahí?». No... No llegué a preguntarlo. Sin duda mi llegada había sido observada. Pero ¿por quién? ¿Por los agentes?

No. No era lógico. Habrían salido enseguida a mi encuentro.

¿Volvíamos a las andadas?

Pero ¿dónde diablos estaban los agentes?

Los pasos se hicieron más audibles. Yo traté de dominarme. No..., no sentía miedo, pero... habían ocurrido demasiadas cosas en aquel maldito caserón.

«Tal vez —me dije— estás a punto de descubrir la verdad».

Y los pasos seguían, seguían...

Pedía oír el jadear de una persona por lo menos, o de dos..., o más...

Sí. El ruido procedía de todas partes, como si trataran de rodearme.

Sentía como si el cerco se fuera cerrando, cerrando...

¡Cerrando!

¡Estaban allí!

Cuatro chorros de luz, dirigidos a mi rostro, me deslumbraron.

Luego oí la voz:

—¿Qué busca, Oswald?

Lancé un suspiro. Era el superintendente...

—¡Oh! Es usted... Hubiera podido decirlo antes.

—¿Le he preguntado qué buscaba? ¿Un enano tal vez?

—¡Vaya! Se le ocurrió la misma idea después de ver a Margareth.

—Le dije que no se metiera a detective.

—Me dijo también que podía venir cuando quisiera.

—No me refiero a esto, sino a llevarse a Margareth.

—Lo siento —repliqué humildemente—. Pero si la necesita ya está otra vez en el hotel.

—¿Usted cree?

—¿Qué quiere decir...?

—Ya lo sabrá... Vayamos por partes. El enano que usted busca no está aquí.

—Lo suponía, pero no resistí la tentación de venir —sonreí—. Ése era su refugio. El abría y cerraba los pestillos, luego se metía en el arcón y se cubría con los libros. Me pregunto dónde estará ahora.

—Yo satisfaré su curiosidad, Oswald. Hank Trevor, hermano de Margareth Trevor, murió hace cinco días.

—¿Eeeh?

—Le sorprende, ¿eh? No es extraño. Usted no está en el departamento, por eso ignora muchas cosas.

—Entonces... No pudo ser él.

—Evidentemente, no. Murió antes de empezar esa comedia macabra.

—¿Cómo?

—Su cuerpo fue encontrado en uno de los muelles. Se supone que había caído desde el muro y al darse de cabeza murió.

—Pero fue un asesinato, ¿verdad?

—Esa pregunta quizá pudiera contestarla el autor de esas muertes, pero mientras no demos con él hemos de utilizar los medios a nuestro alcance. Y usted acaba de hacernos perder una buena pista.

—¿Yo?

—La hermana de Hank...

—Pero si le dije que había regresado al hotel... ¿Qué es lo que trató de decirme antes?

—Un coche se interpuso en su camino. Un hombre les obligó a bajar. A Margareth y a la chica que la acompañaba. Llevaba una pistola y el rostro cubierto con algo. Eso fue lo que dijo un testigo que lo vio todo desde una ventana y nos llamó inmediatamente.

—¡Dios mío! Lorna era la que iba con Margareth. Mi prometida...

CAPÍTULO XIX

Eran las cuatro de la madrugada y seguíamos sin noticias.

El coche había sido encontrado en las afueras de la ciudad, en un descampado, pero no existía rastro de las dos mujeres.

—Váyase a su casa, Oswald —me dijo el superintendente—. Descanse.

—¿Cree que podría? Es mi prometida la que está en peligro.

—La culpa es sólo suya, Oswald.

—¡En plena ciudad! ¿Cree que hubiera utilizado a Lorna si hubiese presentido algún peligro? Solamente quería saber la verdad con respecto a James y con esa verdad podía ponerme a salvo. Usted lo sabe, Carlton. Alguien aprovechó el plan de James en su propio beneficio para vengarse de algo que ignoro, pero ahí están las pruebas. Tres muertos y el enano. Una prueba más de que el asesino gozaba de la confianza de James... Yo puedo ser la cuarta víctima y ahora Lorna... No me culpe a mí, Carlton. Tiene razón, no soy policía y no sé tomarme las cosas con parsimonia.

—Está excitado, amigo mío.

—Usted me culpa... Ese tipo que secuestró a la enana y a mi novia lo habría hecho igualmente.

—Quizá sólo le interese Margareth.

—De ser así, ¿por qué no dejó a Lorna?

—Quizá por temor a que pudiera reconocerle.

—¿No iba enmascarado? —pregunté casi gritando.

—Eso es lo que dijo el denunciante —contestó en igual tono que yo. Luego bajó la voz y continuó—: Un coche negro, matrícula 237 – 15, se cruzó a la salida de una calle. Salió un hombre y pistola en mano hizo salir del coche de su novia a las dos mujeres para hacerlas entrar en el suyo..., que luego abandonó. Naturalmente, debía ser robado. Y en cuanto a la identidad de las secuestradas no cabía la menor duda. Un enano es inconfundible y no se encuentran

como los hongos.

—¿Y qué medidas ha tomado? Hasta ahora sólo esperar.

—¿Cree que me gusta pasar la noche en blanco? Quisiera estar en una buena cama, como todo el mundo, pero en un momento dado puede llegar la información que necesitamos.

—¿Y si no llega?

—Llegará, Oswald, esté seguro que llegará.

—No puedo tener tanta calma —dije levantándome de la confortable butaca— y sigo sin comprender... Lorna es sagaz. Se habría dado cuenta si alguien la seguía. Además, cuando salió del almacén no había ningún coche cerca... ¿Cómo podían saber...?

Callé de golpe. Yo mismo, al formularme la pregunta, había dado en el clavo.

—¡Carlton!

Me miró entornando los ojos.

—¿Otra de sus ideas?

—Alguien sabía lo que nos proponíamos Lorna y yo.

—Aparte de ustedes, ¿lo sabía alguien más?

—Sólo una persona podía saberlo. Una sola persona... ¿Cómo no se me había ocurrido?

El automóvil del superintendente Carlton se detuvo ante el portal de la casa en uno de cuyos apartamentos vivía Lorna.

—Irenne —repetí—. Ella oía nuestras conversaciones.

—¿Y cuándo planearon lo del hotel Colonial estaba ella delante?

—No. Pero fui a su apartamento para exponerle el asunto. Irenne se encerró en su habitación, pero eso no le impidió escuchar..., porque aparte de ella nadie más podía estar enterado.

—Bien. Vamos allá.

En compañía del policía subimos al piso.

Tuvimos que llamar varias veces a la puerta. De buena gana la habría derribado.

—Cálmese. No tenemos ningún mandato judicial ni ninguna prueba concreta. Y a estas horas esa chica estará en lo mejor del sueño.

—O se habrá largado.

Me equivoqué. Apareció en el umbral bostezando y con ojos propios de quien acaba de despertar. Noté algo extraño, desusado, sin saber exactamente qué era. Quizá estaba demasiado ofuscado y

la miraba como si estuviera delante de una asesina.

—¡Oh, Frankie! ¿Qué ocurre? ¿Y Lorna? ¿Quién es ese amigo tuyo? ¡¡Oh!! Son las cuatro y media de la madrugada. En fin, pasad.

—¡Frankie! —exclamó vivamente extrañada—. ¿Cómo has podido pensar que yo...?

Pensé que fingía a las mil maravillas o que me había equivocado por completo.

—¡Oh, Frankie...! Ahora pienso en la pobre Lorna. ¡Es horrible! —Siguió—. Y que tú me acuses... Sí, salí con ella. Me dejó en el York. Dijo que le pillaba de paso. No me moví de allí. Estuve con compañeras y compañeros del estudio, hasta las once; podéis preguntar.

—Una llamada telefónica para avisar a una cómplice, basta —observé.

—Tú y tus novelas policíacas... Y has traído a la policía a esta casa...

—Discúlpelo, señorita —intervino el policía—, está nervioso.

—Sí, claro, sólo por eso trataré de comprender tu actitud... Pero ya no podré conciliar el sueño pensando en Lorna.

—Espero que aparezca, y que aparezca sana y salva —repliqué mirándola a los ojos.

Ella sostuvo mi mirada e hizo un gesto de comprensión.

—Yo también lo deseo, Frankie, y te aseguro que me alegraré por ella, pero me iré de aquí... Me iré así que Lorna aparezca.

Carlton me hizo una seña, indicándome que nos fuéramos.

Sí. Nada podíamos hacer allí.

—Creo que debió apretarla más, Carlton —dije de regreso.

—Ya vio cómo se puso. ¿Qué quería que hiciese? No tenemos pruebas.

—¿Por qué no hace que la vigilen?

—No me dé sugerencias, por favor. Sé cuál es mi obligación.

—Sí, claro, pero insisto en que sólo ella...

—Oswald..., tengo vigilado a medio Londres... No llevo cuatro días en el cargo. Esto se aclarará. El asesino no ha cumplido su objetivo todavía.

—Usted sabe más cosas que yo.

—O las presiento... Usted mismo dijo que podía ser la cuarta

víctima. ¿No es verdad?

—Sí, pero Lorna no figuraba en mis cálculos.

—Dejemos ahora lo de Lorna y ciñámonos a usted. Puede que esté en lo cierto.

—Ya le pedí que me dejara ir solo al caserón después de quitar de allí a sus hombres, y se negó.

—Por una razón bien sencilla, amigo mío; ahora el asesino se sabe acosado, pero al mismo tiempo nos supone desconcertados. Ésa es su ventaja y puede ser su error al mismo tiempo. En cualquier caso, debe ser él quien ponga las reglas del juego. Si usted es su inmediato objetivo, no dude de que en su momento preparará la escena.

—¿Y por qué yo el último?

—Por azar, tal vez. Si aquella noche, en vez de Harold Flanagan hubiese ido usted... Quizá no. Quizá lo tenía planeado así desde el principio. Descuide que lo sabremos.

—¿Y Lorna también figuraba en el plan?

—¿Lorna? —Y vi cómo se quedaba dubitativo—. Estoy pensando...

—¿Qué?

—¿Hace tiempo que la conoce, Oswald?

—¿A Lorna? Cerca de un año. ¿Por qué?

—¿Por qué no se ha casado con ella? Bueno..., si la pregunta le parece indiscreta, no la conteste.

—Es sencillo. Mi nombre se ha ido cotizando cada vez más como escritor, esto ha aumentado considerablemente mi trabajo... Quería apretar de firme para luego tomarme unas buenas vacaciones y casarme.

Carlton quedó pensativo.

—¿Puedo saber por qué me ha preguntado todo esto?

—Por nada —sonrió—, simple curiosidad.

Pero yo sospechaba que no era simple curiosidad... ¿Por qué lo había preguntado?

CAPÍTULO XX

Llevaba escasamente una hora en mi apartamento cuando sonó el teléfono. Me precipité sobre él.

—¿Hay noticias? —inquirí al oír la voz de Carlton—. Tranquilo. De momento, hemos recuperado a Margareth.

—¿Margareth?

—Sí, el tipo enmascarado las llevó a un *cottage* de la zona norte. Una de esas pequeñas ciudades residenciales veraniegas que en invierno están desiertas.

—Bien. ¿Y Lorna?

—El tipo enmascarado las encerró en una habitación de la planta baja que tenía rejas en las ventanas, pero no contó con la delgadez de Margareth y pudo escaparse a través de las rejas.

—Pero ¿y Lorna? —insistí.

—Se quedó en la casa. Mis hombres han ido a echar un vistazo, pero como era de suponer no hay nadie. Cuando el raptor se dio cuenta de la desaparición de Margareth supuso que avisaría a la policía y se largó.

—Llevándose a Lorna.

—Desgraciadamente, sí —dijo la voz del superintendente.

—¿Y la enana no ha dado más detalles? ¿Cómo era el hombre? ¿O si Lorna le había reconocido?

—No. Está muerta de miedo. Dice que si no quieren entregarle la herencia regresará a París... Bueno, lo único que dijo es que el tipo hablaba de forma extraña, como si apretara los dientes o tuviera una lengüeta en la boca, o mordiera un pañuelo. Eso es lo que ha dicho. Y que no las había maltratado.

—Gracias, Carlton. Gracias por haber llamado... Si pudiera saber qué se propone ese tipo...

Colgué. Tenía que resignarme a esperar y aquella inactividad me exasperaba.

Me tomé una buena ducha y salí a la calle. Anduve unos metros y sentí la sensación de que alguien me seguía.

Era un tipo de mediana estatura pero más bien corpulento. No sé por qué pensé en Burton. ¡Burton! Ya lo había olvidado... Claro que Carlton tampoco parecía darle demasiada importancia y sin embargo Burton era además de un chantajista un asesino; sí, porque aquel crimen que pretendió imputar a James, según la versión de Margareth, sólo había podido cometerlo él o acaso la propia Georgette... Por cierto, ¿qué se había hecho de Georgette?

A través de los cristales de un escaparate comprobé que, en efecto, el tipo me seguía. Se había detenido fingiendo leer un periódico.

Aceleré el paso. Crucé un par de calles y torcí por un callejón corto. Eché a correr para pegarme inmediatamente a la pared de la salida. Aquello era como una especie de patio. Contuve la respiración.

Oí los pasos del tipo que también venía detrás de mí.

Esperé a que asomara y...

Primero le puse la zancadilla. Cayó cuan largo era. No le dejé levantar. Me arrojé sobre él como una fiera hambrienta. Alguien tenía que pagar...

—¡Cálmese, Oswald! —exclamó el hombre—. Sólo trato de protegerle.

—¿Eh?

—Policía. Órdenes del superintendente.

Dejó que se levantara.

—Lo siento.

—Carlton no quiere que le ocurra nada.

—Muy amable por su parte.

—¿Adónde iba usted?

—A ningún sitio.

—Bueno, si quiere ir a un lugar determinado, avísame, por favor. Ahora ya lo sabe. Es por su bien.

—Sí, sí... ¿Quiere tomar algo?

—Bueno... Se supone que usted y yo no nos conocemos. Si alguien le estuviera vigilando...

—No es por mí por quien temo. Ande, vamos a mi club... Necesito hacer algo, pensar...

—Carlton piensa por usted.

—Pero no es su novia a la que han secuestrado.

—El asunto está en buenas manos, créame.

Fuimos al club. Mi guardaespaldas tomó café, yo *whisky*.

Apenas llevábamos media hora cuando el camarero me trajo el teléfono.

—Piden por usted.

—Nadie sabe que estoy aquí, pero póngame.

Tomé el auricular y oí la extraña voz al otro lado del hilo... Recordé las palabras de Carlton: «Margareth dijo que el enmascarado hablaba como si tuviera una lengüeta en la boca o mordiera un pañuelo».

La voz que sonaba al otro lado del hilo era exactamente igual.

—¿Con quién hablo?

—Si quieres recuperar a Lorna, recibirás instrucciones. Ni una sola palabra a la policía, ni una sola, Frank Oswald. Vuelve a tu casa y espera.

Colgó. Me quedé como una estatua. El policía debió darse cuenta.

—¿Algo mal?

—No, no —musité como un idiota—. Tengo que volver a casa.

Quizá era aquello lo que esperaba el superintendente. ¡La llamada del asesino!

Sí... Ahora comprendía el rapto de Lorna.

Ella era el cebo.

CAPÍTULO XXI

Puse al corriente a Carlton.

—¡Bravo, Oswald! Esto marcha.

—Pero esta vez tendrá que atenerse a lo que yo le diga, Carlton. No quiero que la vida de Lorna corra ningún peligro.

—De acuerdo, de acuerdo, pero téngame al corriente.

—¡Ah! Oiga, Carlton... ¿Qué hay de Burton?

—Oh, sí... Burton... Tengo noticias para usted. Le veré, más tarde. Usted no se mueva de su casa.

No creo que existiera calmante capaz de apaciguar mis nervios. Esperar, esperar...

Así hasta las cuatro de la tarde.

Era el superintendente.

—Tenemos controlado su teléfono. Esto se está acabando, Oswald... Tendrá tema para una magnífica novela.

Parecía muy satisfecho. Muy seguro.

—¿Qué tenía que decirme de Burton?

—¡Oh, sí! Trató de despistarnos esta mañana al salir del hotel y a fe que lo consiguió.

—¿Ha escapado?

—Del hotel, sí, pero del apartamento de su prometida, no.

—¿Del apartamento...? No comprendo.

—Seguí su sugerencia. Hice que vigilaran a Irenne. Lo habría hecho de todos modos. Así que esta mañana he colocado a un par de hombres y he hecho controlar las llamadas telefónicas. Cuando ella se ha ido, el teléfono a sonado un par de veces y, naturalmente, nadie lo ha tomado. Luego ha aparecido Burton y así hemos vuelto a reencontrarle. Sabemos que ha ido a su piso y, claro, tampoco ha encontrado a nadie. A partir de entonces le hemos seguido. A mediodía desde un bar ha llamado por teléfono. Irenne ya estaba de vuelta.

—¿Dijeron algo interesante?

—Burton le pidió una entrevista. Ella dijo que no. El insistió y la chica se limitó a decir que tomara precauciones.

—¿Y fue?

—Sí. Y al parecer tuvieron una discusión un tanto violenta.

—¿Tenía micrófonos instalados?

—No... Eso me pareció demasiado y después lo lamenté. En fin..., el agente que escuchó tras la puerta oyó algunas palabras dichas en tono elevado. Algo así como: «Tú has llevado tu parte, ahora déjame a mí». Esto lo dijo ella. Burton la amenazó con palabras malsonantes, la llamó furcia y cosas por el estilo. Ella acabó llamándole cerdo y que le convenía más pactar con «el otro». ¿Le dice algo todo esto?

Negué con la cabeza.

—A propósito, Oswald... ¿De qué color tiene los ojos Irenne?

—¿Los ojos? Pues, azul, más bien oscuro, sí, creo que sí.

—Sí... Es lo que comenté con mis hombres, pero anoche... Es decir, de madrugada, cuando fuimos, ¿eran realmente azules?

—¡Es verdad! Eso es lo que no acertaba a comprender. ¡Eran verdes!

—¿Usa peluca?

—No lo sé..., muchas chicas la usan. ¡Carlton! Esa chica, esa Irenne... Puede ser Georgette. Está perfectamente claro y además concuerda. Es coqueta, desenfadada, la descripción que de ella hizo Margareth.

—A propósito de Margareth... Ha insistido en regresar a París. Sobre todo después de conocer la muerte de su hermano... Estaba horrorizada. Dice que renuncia a la herencia. Bueno, cuando esto termine la mandaremos llamar.

—Sigamos con Irenne, inspector.

—*Sir* Oswald. Lo que dice es muy probable, pero debemos esperar.

Iba a contestar cuando sonó el teléfono. Era la voz que antes me había hablado en el club.

—Tienes demasiados policías a tu alrededor, Frank —me dijo—. ¿Ya no confías en tu ingenio?

—Oiga, oiga... Quiero saber si Lorna está bien.

—Perfectamente, Frank. Pero dejará de estarlo *cuando* llegue el

momento no sigues al pie de la letra mis instrucciones. Esta noche, a las doce, volveré a llamarte.

Y colgó.

—Déjeme el teléfono —pidió el superintendente—. Sabremos de dónde ha llamado.

Marcó un número y dio unas órdenes. Cuando colgó estaba vivamente impresionado. Era la primera vez que algo le hacía perder su habitual pose.

—¡Inaudito! Ha llamado desde el apartamento de Irenne. ¿Qué le ha dicho?

—¡No llamará hasta las doce! —repliqué—. Vamos...

CAPÍTULO XXII

Entre mi apartamento y el de Lorna normalmente, contando con el tráfico, los semáforos y la distancia, había unos quince minutos. Realizamos el trayecto en la mitad del tiempo.

Los agentes de la calle informaron:

—No, señor. Nadie ha entrado y salido de la casa.

—¡Vamos arriba! —exclamó Carlton.

Subí tomando la delantera. Al llegar al piso aporreé la puerta. Nadie contestó.

—Echémosla abajo —dije.

—¡Calma! Nadie puede salir de aquí sin ser visto.

—Por la azotea, Carlton. Hay una escalera de incendios.

Tomé otra vez la delantera. Carlton y un par de agentes del Yard, de paisano, iban detrás de mí.

Alcancé la escalera y llegué al piso. Penetramos por el balconcillo.

Carlton nos hizo una señal de «no precipitarse».

Lentamente nos acercamos al salón. En apariencia todo estaba en orden, hasta que...

—¡Carlton! —exclamé.

En el suelo yacía el cadáver de Irenne.

¡Había sido estrangulada con una media!

—Burton intentaba escapar. Le hemos detenido, pero, desde luego, no es él el asesino —dijo el superintendente Carlton un par de horas más tarde en su despacho—. Tiene la mejor coartada. Era seguido por mis hombres.

—Pero habrá dicho algo.

—Pues, sí. Irenne era Georgette...

Para evitar una larga explicación conectó el magnetófono en el que había sido grabado el interrogatorio para su posterior estudio.

La voz de Burton sonó a través de la cinta magnética:

—... Sé que estaba unida a otro hombre y que planeaban algo.

—¿Contra quién? —Era la voz de Williams.

—No lo sé.

—Pero usted hacía chantaje a James Hilton.

—No...

—No mienta. Lo sabemos todo. Desde lo ocurrido en París...

—Yo...

—Le conviene hablar, Burton. ¿O prefiere que le acusemos de asesinato?

—Yo no lo hice... Se lo aseguro. Diré todo lo que quieran, pero no la maté.

—¿Que tramabais?

—Nada... Cada cual iba por su lado...

En resumen, aquello en nada parecía relacionarse con la muerte de mis tres amigos.

Burton acusó a Georgette de haber matado a su novio (inglés) para hacer recaer las sospechas sobre James. Y luego, a cambio del silencio, sacarle dinero con las fotos que hizo Burton. O sea que corroboró, más o menos, el relato de la enana Margareth.

Toda la culpa la cargaba a Georgette. El solo se atribula el haberse quedado con las fotos dándole esquinazo a ella que naturalmente con un crimen en su conciencia nada podía hacer, pero trabó amistad con Irenne al saberla novia de un amigo de James. El cambio de peinado (peluca). Lentillas invisibles que cambiaban la tonalidad de sus ojos, unas cejas postizas llevadas de modo distinto de las habituales consiguieron desfigurarla.

Antes de la desaparición de James, Burton la vio con alguien (y la descripción del hombre era demasiado corriente para determinar su personalidad). Pero Burton acababa afirmando.

—Sé que ese hombre era amigo de James... Por eso, después de su muerte, creí que todo había sido algo planeado por Georgette y ese hombre y fui a verla para saber la verdad, pero no la maté...

Carlton volvió atrás la cinta para repetir:

—Sé que ese hombre era amigo de James...

Aquellas palabras también resonaban en mi mente.

—Se refería a uno de ustedes...

—Imposible, Carlton, sólo quedo yo.

—¿Qué otros amigos tenía James?

—Bueno, conocidos... del club, amistades de otros círculos, pero en realidad amigos, sólo nosotros cuatro.

—Pero alguno de esos posibles conocidos lo era también de todos.

—Los del club sí, pero no existía ninguna clase de confianza.

—Eso podría ser muy importante, Oswald.

—Me doy cuenta, pero no acierto con la verdad. —Bien... Vuelva a su casa a esperar esa llamada.

Dejemos que el asesino siga su juego. Ya le cogeremos la vez.

Fue puntual. Llamó a las doce en punto.

—Quiero estar seguro de que los alrededores del caserón quedan limpios de policías, Frank —dijo con su voz extraña y deforme—. Me cercioraré personalmente. Cuando no quede ni un vigilante volveré a llamarte.

Y colgó.

CAPÍTULO XXIII

—Tiene que hacerlo, Carlton. Es por Lorna. Tiene que hacerlo. Retire a sus hombres.

—No sea ingenuo, Oswald... Ella ya sabe demasiado; la matará también.

—Soy yo el que le interesa... Prefiero correr el riesgo solo, Carlton. Olería cualquier trampa, quienquiera que sea es listo.

—Piense que ha matado por lo menos a cinco personas. Sus tres amigos, el enano y Georgette. ¿Cree que le importará demasiado matar a dos más? No, Oswald, déjeme hacer las cosas a mi modo. No se dará cuenta de nada.

No había forma de convencerle. Carlton fingió sacar a sus hombres, pero lo que hizo fue colocarlos en la carretera. Para cualquiera hubiesen sido obreros de una empresa de asfaltos, pero no para el asesino.

Sólo había un modo de despistar a Carlton. El asesino me había llamado la primera vez en el club, quizá porque no me encontró en casa y conocía (tenía que conocerlas) mis costumbres; quizá si otra vez no me encontraba volvería a llamar al club y allí no había ningún teléfono intervenido. Así que decidí probar fortuna.

Tuve suerte.

A las doce del mediodía siguiente me llamó.

—Sólo tienes de plazo hasta esta noche; si no sacan a los policías mataré a Lorna.

—Escuche, sea quien sea... Mi teléfono está intervenido y no puedo convencer al superintendente... Llame después, cíteme en otro lugar; será la única forma de alejar a los policías. Yo le prometo que iré solo.

—Está bien, Frank, pero si es una trampa...

—Le doy mi palabra de que no... Quiero rescatar a Lorna.

—Está bien. Esta noche a las once en el caserón.

—Pero no se le olvide de citarme en otra parte por el teléfono de mi casa.

—Serás complacido, Frank, y celebro que colabores.

Colgó.

Una vez más me preguntaba quién podía ser.

Burton estaba detenido. ¿Qué amigos comunes quedaban? Ninguno con el que tuviéramos gran confianza.

Pasó por mi imaginación el recuerdo de Peters.

Lo rechacé. ¡Peters!

¿La enana Margareth?

Y al pensar en enanos... Si Hank había muerto antes de empezar aquella comedia macabra, ¿quién demonios cerraba por dentro y se escondía? Porque una vez más aquello quedaba bien claro. Alguien se quedaba para cerrar, mientras por la puerta trasera desaparecía la gente. Luego descorría el pestillo y se escondía. ¡Tenía que ser otro enano!

¿O no?

¡Un momento! James y sus chismes electrónicos, algún invento que pudiera correr y recorrer los pestillos a distancia. ¡Sí! Aquellos pestillos no eran viejos. James pudo hacerlos poner de manera que obedecieran sus aparatos...

Bueno... Era una posibilidad, pero James estaba muerto. ¿De qué le había servido en todo caso?

Se me ocurrió llamar a Peters, desde el club. No estaba.

Lo probé diez minutos más tarde y tampoco estaba.

Decidí regresar a casa y volver a llamar. Al fin contestó.

—Peters... Sí, soy yo, Frank Oswald... Escuche... ¿Por casualidad se ha fijado si falta alguno de los aparatos electrónicos del señor Hilton?

—¿Qué clase de aparato, señor Oswald?

—No sé... Alguno.

—Que yo sepa, no... Por cierto, ya sabe que le pertenecen. ¿Cuándo vendrá a por ellos?

—No sé, Peters. Ya le avisaré.

—¿Desea algo más, señor Hilton?

—No, nada más... He llamado antes, pero no estaba.

—Es posible, señor. Salí fuera a arreglar un poco el jardín.

A las seis recibí la llamada telefónica convenida con el asesino.

Aquella vez, no sé por qué, su voz me sonó a conocida. Sin embargo, no acerté a adivinar.

—Frank, olvídate del caserón. Ya no volveré a llamarte más. Si no cumples mis instrucciones atente a las consecuencias. Recuerda bien el nuevo lugar. El estudio de Harold Flanagan A las once.

Y sin más, colgó.

La mentira era ingeniosa. La casa de Harold, deshabitada naturalmente, tenía un emplazamiento un tanto estratégico; formaba parte del ensanche de la capital hacia la periferia en un sector de apartamentos o *bungalows* individuales. Claro que yo sabía que tenía que ir al caserón.

Hice la comedia cerca de Carlton para que no enviara a ningún policía al nuevo punto de cita.

Como esperaba, el policía manifestó:

—No se preocupe, Oswald. El nuevo lugar es mejor todavía. Le aseguro que ni usted mismo se dará cuenta de nuestra presencia cuando llegue.

Bien. Había conseguido engañarle. Como nada tenía ya que hacer, decidí ir a casa de James.

Llamé y Peters no contestó.

«Otra vez se ha ausentado, pensé».

Di una vuelta por el jardín. Estaba bastante descuidado, como si llevase meses sin que nadie le echara una mano.

Esperé cosa de diez minutos. En vista de que Peters no venía iba a marcharse, después de comprobar que la puerta trasera también estaba cerrada igual que las ventanas.

«Peters debe tener miedo», pensé.

Entonces llegó el coche. Me sorprendió ver que Williams bajaba de él.

—¿Qué hace usted aquí?

—¿No lo sabe, señor Oswald?

—No soy adivino.

—La última llamada se efectuó desde esta casa.

Estuve a punto de pegar un brinco.

—No puede ser...

—Completamente cierto, señor Oswald.

Cuando Peters regresó no pudimos aclarar gran cosa. Venía de la

tienda. Llevaba un par de bolsas de provisiones y aseguró haber salido veinte minutos antes.

—¿Por qué no entró por la puerta trasera, señor Oswald? —concluyó.

—Porque estaba cerrada.

—Es extraño. Yo juraría que al marchar no la había cerrado.

Williams quiso efectuar una inspección ocular y sobre todo recoger posibles huellas.

Posteriormente se sabría que en el teléfono no había más huellas que las del criado.

Yo, por mi parte, repasé personalmente los objetos electrónicos. Mandos a distancia, controles remotos y una serie deartilugios cuyo funcionamiento no conocía bien.

Regresé a mi casa y me dispuse a esperar la hora de la marcha.

Carlton volvió a llamarme a las diez en punto.

—¿Nervioso?

—Lo justo.

—Tranquilo, Oswald. Seguiremos a la escucha hasta el último momento, no sea que nuestro hombre cambie de planes.

—Bien, Carlton.

Colgamos. Pensé que si me volvía a llamar y no contestaba sospecharía. Bien. De todos modos saldría con el tiempo justo. Esto me daría una cierta ventaja.

Calculé cuarenta minutos. Así que a las diez y veinte minutos salí de casa, cortando antes el hilo telefónico. Si alguien llamaba creería que se trataba de una avería y mientras la localizaran o se dieran cuenta de la verdad yo estaría lejos.

¡Ah! Salí por la azotea. Salté un par de terrados y bajé por la escalera de la casa de la esquina para evitar que cualquier posible guardaespaldas me siguiera.

Adrede había dejado el coche dos manzanas más abajo. Corrí hasta allí y me introduje en el vehículo. Pisé a fondo el acelerador.

CAPÍTULO XIV

Los alrededores estaban desiertos. No, no había un solo policía. Carlton había concentrado a todos sus hombres en el punto de la falsa cita.

¡Estaba colaborando con un asesino y quizá en perjuicio propio!

Pero tenía que salvar a Lorna y presentía que podía conseguirlo...

Eran las once y dos minutos. Salí del coche y comencé a ascender la suave colina. El silencio y la oscuridad eran mis compañeros.

No sé por qué aquel trecho se me hizo larguísimo. Casi eterno.

La noche sin luna hacía que aquel maldito caserón apenas se recortase en el cielo.

La intuición me llevaba. Y así al fin llegué frente a la puerta. Dudé un instante y di la vuelta para comprobar la puerta trasera.

Introduje la llave con todo cuidado y giré lentamente. El cerrojo quedó abierto, pero la puerta no cedía. Estaba echado el pestillo.

Daba lo mismo. Volví hacia la parte de delante. Y ya sin precauciones abrí. Empujé y la puerta cedió con su clásico gruñir.

Dentro sólo silencio y tinieblas.

Cerré la puerta y...

Por cuestiones que ya irán sabiendo, el presente relato lo concluirá el superintendente Carlton.

Aquí pongo punto final a mi narración, cuyos datos he ido recopilando y dejo constancia de ellos en ciento cinco folios.

Sí, soy el superintendente Anthony Carlton, de Scotland Yard, y precisamente ahora que ha concluido todo tengo en la mano unos informes que ha de tenerlos en su momento Frank Oswald. Dichos informes me llegaron en los últimos momentos y se refieren a los

últimos propietarios del caserón. En realidad el propietario era uno solo. Un tal John Bronson. El nombre en sí no dice nada, ni tampoco el que fuera pintor como Harold Flanagan, pero lo que resultaba chocante es que una cuñada de Bronson se apellidaba Flanagan. Sí, sí, como Harold, y ambos se conocían debido a un lejano parentesco, pero por lo visto no congeniaron. ¡Ah! El tal Bronson, según supe más tarde, tenía cuadros muy interesantes, pero lo que no tuvo es la suerte de encumbrarse como su lejano pariente. Pero en fin...

Vayamos por partes. Estábamos en el momento en que Frank cruzó el umbral del misterioso caserón.

Cerró la puerta y...

Prácticamente no tuvo tiempo de oír nada. Alguien le golpeó la cabeza y cayó como un fardo.

No tardó, sin embargo, en despertar. El golpe le había adormecido el tiempo suficiente para que alguien le sentara en una silla y le maniatara brazos y piernas, pero sin sujetarlo a su asiento.

Lo primero que vio al volver en sí fue la luz que iluminaba su rostro. Y la voz del asesino. La misma que oyera por teléfono, sólo que al natural.

—No es casualidad, Frankie, que te haya dejado para el último. No, no lo es. Tú, de los cuatro, eras el más listo, o te creías serlo. Escribías novelas. ¡Basura! Pero se vendían... Se vendían porque el mundo ha perdido el sentido de la calidad. Sólo triunfan los mediocres, los verdaderos genios se ven arrinconados... ¿Qué tienes tú más que yo, Frankie? ¡Je! Nada, pobre infeliz... Morirás como los otros... Como Harold, el pintamonas. Una mancha que llevara su firma se cotizaba más alta que el oro, y James... el millonario, el hombre que nada sabía de los sudores... ¡Basura!

Tras una pausa, el asesino siguió:

—Sólo Jack Torent valía... Mucho más que vosotros y le teníais como a un pobre diablo, a quien se dan las migajas. Jack os odiaba..., os odiaba por ello, os odiaba porque habíais triunfado sin merecerlo; estaba harto.

—Si apreciabas a Jack —cortó Frank—, ¿por qué lo mataste?

—Formaba parte del juego.

—¿A matar llamas un juego?

—Lo es para mí. Para demostraros que soy el más listo, que me

he burlado de todos, hasta de la policía, y tú has colaborado para salvar a Lorna. ¡Pobre imbécil! No eres tan listo, Frankie... No eres tan listo.

—¡Vamos, basta de comedia! ¿Quién eres?

—Todo a su tiempo, Frankie... Quiero que reconozcas mis méritos por ti mismo, que juzgues mi inteligencia... Hay tiempo.

—Está bien. Esto lo empezó James. Lo sé...

—¿Ves como no sabes nada?

—Pues entonces...

—Lo empecé yo cuando conocí a cierta chica llamada Irenne. Georgette era su nombre verdadero... Me contó una historia interesante de chantaje. Nos llevábamos bien, ¿sabes? Ella no tenía escrúpulos... En este mundo sólo triunfan los que no tienen escrúpulos... Estaba harto de ser honrado y morir de hambre. Bien, sigamos... Con la historia que me contó Georgette supe del pasado de James y le propuse, entiéndelo bien...

Fui yo quien le propuse que la mejor manera de terminar con un chantaje es desaparecer. Al principio se rió de mí, pero al final meditó sobre las ventajas de mi proposición. Y guardamos el secreto.

Otra pausa y prosiguió con el mismo tono, con la misma extraña voz:

—El pensaba en un vulgar accidente, a mí para mis planes me interesaba algo como el caserón... Sí, ese caserón que descubrí yo también y le incité a comprarlo. El me había hablado de la forma en que dejaría las cosas y a una pareja de enanos amigos suyos. Todo trabajaba en mi favor, pero me estorbaban los posibles testigos...

—¿Mataste a Hank?

—Ya llegará... Primero quiero que sepas cómo tramamos la broma de las desapariciones. Primero Jack saldría explicando una historia de fantasmas. Por cierto, en una cosa acertaste. Fue él quien cometió el robo en la Warners. Jack. James no podía sospecharlo. No.

—Pero había alguien más en la casa, el que soltó a Jack.

—Claro, pero no te precipites.

Era un loco, un paranoico que gustaba de deleitarse en su obra, en autoensalzarse. Frank le dejó seguir, no tenía otro remedio.

—Luego fue James. Tenía que hacer una comedia en honor tuyo.

—Las manos que vi... —volvió a interrumpir Frank.

—Eres un impaciente. Está bien, lo sabrás... La idea de que el enano se escondiera en el pequeño baúl fue de James, pero yo no quería cómplices suyos sino míos, por eso tuve que matar a Hank; pero lo del enano me convenía. Georgette me proporcionó uno. Lo utilizaban en el estudio publicitario. Le hice poner un antifaz y unos guantes de boxeo. Tú solo viste las manos enguantadas por la escasa estatura del enano, lo que pasó después ya lo sabes, encontraste la puerta cerrada mientras James huía con su «Rolls».

—¿Y Harold?

—Exactamente lo mismo, pero estuviste a punto de estropear me el juego. Tu maldita novia quiso meter las narices; menos mal que Irenne me avisó a tiempo.

Tuve que escribir unas notas para que supierais que había entrado en la casa y quitarme posibles sospechas de encima.

—¡Cielos! —Frank había descubierto la verdad—. Entonces tú eres...

Otra linterna iluminó el rostro del asesino, que ya no necesitaba disimular ni fingir más la voz.

—¡Jack!

—Aparecieron tres cadáveres... Sí. El de Harold, con el traje y los efectos personales de James. Supuse que lo descubrirían, precisamente por la hematoma de la pantorrilla; de este modo pasaba a ser sospechoso. La suerte me jugó una mala pasada sacando a flote el cadáver de James. Habría preferido que no se moviese del fondo del río.

—Bien, ¿y el otro, el que supusimos que era tuyo?

—Es de un pariente lejano de Harold. Un tal John Bronson. Teníamos la misma estatura; fue una suerte, porque vino a husmear por aquí para conocer a los nuevos propietarios. En realidad ya sabía que uno de ellos era Harold... Me vino muy bien porque así, una vez bien «tostadito», nadie dudó que se trataba de mi propia persona. Bronson no era más que un pobre diablo al que nadie echó de menos.

—¡Claro! Harold debió creer que se trataba de ese pariente lejano, de ese Bronson, quien le cortó sus telas.

—Exacto. Eso fue lo que creyó.

—Pero fuiste tú.

—Sí, fui yo...

—¡Jack! Y todo esto..., ¿para nada? Un robo de doce mil libras. ¿Y cuántos crímenes?

—Siete con el tuyo, Frankie, y perfectos. Primero el enano Hank, luego el vigilante de la fábrica. James hizo el número tres, Bronson el cuarto, cinco Harold, seis Irenne, sabía demasiado... Tú serás el último; después desapareceré, pero no de vacío como tú crees. La herencia de James Hilton será para mí. ¿Quién es más listo ahora?

—Estás loco —replicó Frank, que estaba haciendo esfuerzos tan desesperados como disimulados para deshacerse de sus ataduras—. ¿Cómo piensas conseguirla?

—De un modo muy sencillo. ¡Margareth! —exclamó—. Margareth cobrará la herencia. Y será mi octavo asesinato. Pero ¿quién se preocupará de una enana? Y ahora se acerca el final, Frankie...

El arcón produjo un ruido sordo, la tapa comenzó a levantarse lentamente. Un ser enano apareció en las sombras.

—Mi amigo más fiel. Me lo proporcionó Irenne. Ya te lo dije.

El enano avanzó, llevaba en la mano un pañuelo de seda. Frank comprendió. Iba a ahorcarle como a los otros. Hizo un esfuerzo para conseguir desatarse. Las cuerdas estaban demasiado tensas.

—¿Y Lorna? Me prometiste salvar la vida de Lorna —gritó.

—Lorna desde esta tarde está en el apartamento de Harold. Tus amigos policías la habrán rescatado ya... Un trato es un trato y no hay peligro de que pudiera reconocerme. Pero lo habrá si no termino pronto. Dame eso —pidió al enano, que seguía en la sombra. Con el pañuelo.

Frank comprendió que había llegado su último momento. Tal vez se arrepintió de haberme mentado, no lo sé, pero lo que sí sé es que no se dio por vencido. Levantándose con un fuerte impulso se lanzó en plancha contra Jack.

Su cabeza dio de lleno en el abdomen de su enemigo. Hizo otro esfuerzo para intentar librarse, pero Jack ya se incorporaba.

Entonces ambos se quedaron sorprendidos. La luz había dado de lleno en el rostro del enano. No era hombre sino mujer.

Margareth.

De entre el pañuelo sacó un revólver y apuntó firmemente a Jack.

—Quieto, asesino.

—Pero..., no puede ser... —balbució Jack.

Entonces ocurrió otra cosa más inesperada para los dos hombres. Un potente foco iluminó la estancia.

¿Que el caserón no tenía corriente? De acuerdo. Pero la policía había conectado la luz a una potente batería. El foco estaba en el último estante; la altura y la profundidad hubieran impedido verlo aún de día.

Una ráfaga de balas perforó la puerta trasera, por la que penetraron varios policías. Entre ellos el superintendente.

—Todo es posible, Jack Torent —dijo Carlton, al tiempo que sacaba un micro del interior de un jarrón—. Margareth quería vengar a su hermano y yo encontrar a un asesino. Dejé que creyesen que me tragaba lo de la cita en el apartamento de Harold y vine aquí con mis hombres. Antes arreglamos esto... Todo lo dicho ha quedado grabado. ¡Ah! Su enano, Jack, está detenido...

—Si yo he hablado con él por teléfono para decirle que viniera a la casa...

—Entonces ya le habíamos cogido. El enano no hizo otra cosa que contestarle de acuerdo con nuestras instrucciones... No somos tan tontos como usted cree, Jack. Una simple investigación bastó para saber que en el estudio publicitario donde trabajaba Irenne, o Georgette, había un enano...

—Y Margareth...

—Yo también lo he oído todo —murmuró la aludida.

—Fingió irse, pero no se fue, siguiendo instrucciones mías. Entonces se me ocurrió hacer la sustitución, armándola con un revólver; sabíamos que usted no tenía armas de fuego...

—¿Sos... sospechaban de mí?

—Al principio, no. Pero después... Verá, los cadáveres de James Hilton y de Harold Flanagan no ofrecían dudas, el suyo era el menos claro aunque no teníamos pruebas, pero había algo pendiente... El atraco que cometiera. Tenía que haberlo hecho un conocido de la fábrica y tirásemos por donde tirásemos, todos los caminos nos llevaban a usted a pesar de su coartada, coartada que se derrumbó cuando me hice cargo del caso y admití que era perfectamente posible que con la ayuda de otro hubiese salido de la casa.

—¿Por qué no me lo dijo? —preguntó Frank.

—Temía que lo hubiese estropeado todo... Además, repito que era sólo una vaga sospecha; no quiero dármelas de listo.

—¡Oh, Carlton! —exclamó Frank—. Tenemos que rescatar a Lorna.

—Ya está. Cuando fuimos a la casa la encontramos fiada y amordazada. Por cierto que entonces tuve mis dudas. Pensé que la cita podía tener lugar ciertamente en la casa de Harold, pero la detención del enano nos aclaró todo. Supimos por él que Jack no llegaría a ese caserón hasta cinco minutos antes de la hora señalada. ¿Ve, Frankie, como ni usted mismo nos vio?

Sonrió dándome la razón. Fue entonces cuando Jack aprovechó lo que parecía una breve distracción para lanzarse hacia fuera por la puerta principal, pero se encontró acorralado.

Corrió hacia el lateral. Otros policías le salieron al paso. Estaba acorralado pero no se entregaba. Se acercó a la parte del acantilado.

Sus pies tropezaron con el cable de la batería. Cayó hacia delante. Demasiado cerca del precipicio, demasiado cerca del vacío.

Sus manos intentaron sujetarse a algún lugar que no existía.

¡Cayó lanzando un largo y prolongado grito!

Había pagado sus seis crímenes...

EPÍLOGO

Y permítame que sea yo otra vez, Frank Oswald, quien concluya el relato. ¿Y qué voy a añadirles más?

Lorna está perfectamente y no me refiero sólo a su anatomía. Sí, sí..., es ésta que está ahí con el bikini. Claro, es verano. Estamos en Italia. ¡Oh, la romántica Italia! El Mediterráneo y ella. Bueno, mi mujer. Sí, nos hemos casado. Procuramos no acordarnos del pasado, aunque escribí un libro sobre ello. Recomiéndenlo a sus amigos. Lo titulé:

LA COLINA SINIESTRA

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS.

Impreso en España

